LIBRARY OF PRINCETON
1953
THEOLOGICAL SEMINARY
AC
95
.B65
1952

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lavinayelgranoap00bota

LA VIÑA Y EL GRANO

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

1942. LOS PERVERTIDORES (ensayo), editó Cervantes.

1943. ELOGIO DE LA BURGUESIA (ensayo), editó Cervantes.

1943. EL ALMA DE MARUF (teatro). Estrenó y editó el Teatro del Pueblo.

1947. CUENTOS CON ANGELES Y DEMONIOS. Editó Lautaro.

1947. LA SEGUNDA ALEGRIA (ensayo), editó Venezuela.

1950. CUENTOS CON LA MUY AMADA. Editó Vehil.

HELVIO I. BOTANA

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 9 1983
THEOLOGICAL SEMINARY

LA VIÑA Y EL GRANO

APOLOGIA CONTRA LOS HEREJES - ALIVIO DE PECADORES
NORMAS PARA EL OFICIO DE ANGEL

SERVICIOS EDITORIALES AMERICANOS
BUENOS AIRES
1952

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO

He leído por dos veces, íntegramente, este libro. Más aún, sobre algunas páginas he vuelto mi atención, atraído por varios enfoques filosóficos que me son caros. Más aún todavía, ante algunos amigos he señalado varios párrafos aislados, con el propósito de recibir de ellos una aprobación, un disgusto, una réplica. La reacción de esos amigos nunca fué la que esperaba. Mi juicio ya está hecho, y eso lo discutiré con el autor. Pero todavía hoy ignoro por qué Helvio Botana se ha empeñado en que yo prologue su trabajo, fruto, lo sé, no de una actitud irreflexiva, pasional, sino de meditaciones arduas, de un largo recorrido espiritual e intelectual, y de una conducta y un valor humanos que merecen los mayores respetos.

Si es por amigo de él, bien que le escriba un prólogo a "La viña y el grano". Si es por psiquiatría —como lo sospecho socarronamente— bien asimismo, aunque esto no es cosa de locos, como no sea de esa "locura de amor" de que habla Sor Inés de la Cruz. Tengo mis razones para sospechar que Botana espera de mí un estudio médico, pues me ha remitido con el original del libro su historia clínica, antecedentes hereditarios y personales y, además, una radiografía de su propio cráneo. Se ha equivocado si cree que encontrará en mí al médico cirujano de cerebro, dispuesto a escribir un prólogo; encontrará, eso sí, al amigo.

Si es por carencia de otro introductor de más vuelo —lo que no creo, porque Helvio Botana tiene a su vera una pléyade de altos valores intelectuales—, bien igual. No puedo negarme. Y aquí estoy, tratando de cumplir con el amable reclamo, sin caer en la austeridad crítica y sin caer tampoco en el batir de palmas, pero agradeciéndole su requerimiento, porque si él tiene su teoría del "tiempo", yo tengo mi teoría de la "evasión". Y vaya la una por la otra.

"La viña y el grano" es, indiscutiblemente, un bizarro libro polémico. Por eso, y desde ya, me gusta. Hay bastante estancamiento en lo que podríamos llamar el lago de la inteligencia como para no recibir con albricias una piedra que rompa el cristal y comiencen así los círculos concéntricos hasta llegar a las orillas límites. El libro de Helvio Botana me vuelve a los años mozos, cuando discutíamos sobre el ser y el no ser, el espiritualismo, el deísmo y el diabolismo también, y sus relaciones, concomitancias y gravitación en la vida de la pensión estudiantil, en el bolsillo flaco, en el destino de cada cual y —¿por qué no decirlo si es verdad?— en el manejo de las cosas del mundo y en el escudriñar del misterioso trasmundo, epifenómeno indescifrable.

Eramos cartesianos o kantianos, como podíamos ser russonianos o tolstoianos. Bergson, Ferrero, Gentile y hasta nuestro Ingenieros nos tenían a mal traer. Y salíamos de Pascal para dar con Veuillot, o del Padre Bonaiutti, al Padre Gemelli, uno fuera y otro dentro de la ortodoxia, y debatíamos nuestras largas sobremesas —gratas a Botana— entre un agnosticismo de cortina de hierro, y un esoterismo que nos llevaba a las fronteras del disparate. Y sólo escapábamos del sortilegio de lo abstracto para engolfarnos en deglutir bolillas concretas, unos días previos a los exámenes.

Aquello pasó, claro es. Y he aquí que "La viña y el grano" me sumerje en viejas preocupaciones. Y me dan arrestos de polemizar, nada más que por el regusto de lo "contradictio".

Porque este espíritu revolucionario, en el mejor sentido del vocablo, que es Helvio Botana, se proclama caballero andante en procura del Reino de los Ángeles y, al propio tiempo, se declara burgués católico, o católico burgués. Y entonces me acuerdo del "pauvre" León Bloy, y de sus sarcasmos, y me río. Aunque llego a la hermosa teoría del "tiempo libre", un hallazgo original, y ya no me puedo reír y me encuentro garabateando ecuaciones yo también, para ver de hacerme un magnífico "tiempo libre" mío que, al fin y al cabo, es tal vez la única manera de no perder el tiempo.

Porque tampoco se pueden leer las páginas que siguen con ligereza y aturdimiento. Cuando el autor afirma que quiere ser Ángel, y que para realizar su vocación angélica ha llegado a construir un sistema de ideas que van de lo filosófico a lo metafísico, de lo político a lo histórico, de la heterodoxia a la ortodoxia, y que en tal sistema de ideas tiene cabida el demonio, debe convenirse en que la formulación conceptual de Botana podrá admitirse o no, pero no puede dejar indiferente a nadie.

Siguiendo el derrotero del libro, y aunque el autor no se ocupa mucho de él mismo, puede advertirse que es coherente con su ámbito de principios y que ha superado las dubitaciones de toda iniciación. Van der Meer en su "Nostalgia de Dios", el epistolario entre Jacques Riviere y Claudel, las cartas de Raisa Maritain, los "cahiers" de Péguy, las estridentes conversaciones de Papini y Giuliotti muestran lo que es el periplo que puede denominarse "de las Tinieblas a la Luz", periplo doloroso, receloso, lleno de angustias. Helvio Botana no lo sufre. Va en derechura ágilmente, siguiendo el rastro del Diablo, en las herejías tanto religiosas como sociales y hasta políticas. Y no podrá negarse, siendo casi pánico, casi fáustico, su concepto del individualismo griego, y ortodoxo su concepto del libre albedrío, que hay en las páginas a leerse, una hilación excepcional y un rigorismo crítico de primera agua. Botana se ha propuesto "desenmascarar a quienes nos apartan de nuestra posibilidad de ser

ángeles" y hasta traza un verdadero plan de guerra para llegar a su objetivo. Su crítica al marxismo, en este sentido, es valedera y substanciosa, y no es lo único nuevo del libro por cierto.

Tomo este párrafo: "En una vida dedicada a la contemplación y el ingenio, cuando, de vez en cuando, preciso algo que se obtiene con dinero salgo a buscarlo y lo encuentro. Pero si me dedico a una vida de dinero, ¿quién me puede asegurar que cuando necesite ingenio o contemplación, salga a buscarlos y los encuentre?" Hay en esto una profundidad ontológica que, lindura de frase aparte, vale por sí como una perla. Y tiene la redondez, la pulcritud y la transparencia de una perla.

Pero no debo analizar nada. Lo que rebosa "La viña y el grano" es alegría. Si se le escapan al autor algunos adjetivos fuertes, están bien puestos y son saludables, porque el que quiere ser ángel no puede ser blando, ni puede ser triste —como es triste el arte sin formas, o es triste la arquitectura meramente funcional, que es la arquitectura sin alma, que yo rechazo para los hospitales, como es triste el trabajo que vaya más allá de la necesidad cotidiana y perentoria.

Hace poco, releyendo a la Doctora de Ávila, que "no era amiga de gente triste" y escribía "Dios me libre de santos encapotados", y cuyas reacciones eran siempre llenas de gozo, encontré la misma euforia que se desprende de este libro. Chesterton odiaba, como Botana, lo hosco, lo apagado, lo lúgubre de la herejía, esto es, de la confabulación racional contra la "sancta simplicitas" tremenda de la fe. Por eso empleaba los colores como un maravilloso pintor, y siempre entre alegorías de nubes violetas, púrpuras, azules, amarillas, veía cruzar los escuadrones de ángeles, arcángeles y serafines, huyendo de lo negro. Botana tiene también su teoría del color. Y tiene más: una prosa suelta, fácil, rica, y cuando lo quiere, de un brillo franciscanísimo.

Y a propósito del "Poverello" y del contento que se desprende de estas páginas, recuerdo que el tercer medio que acon-

sejaba Francisco a sus "fratres" para alcanzar la paz, es decir, la plenitud, era la "permanente alegría" que trasciende de sus "Laude". Lo que una profesión de fe —y esto es lo de Botana— tiene de eficaz, es que suscita inquietudes. Uno se encuentra con verdaderos estallidos. Botana además de detestar a Arrio, a Huss, a Mahoma, a Lutero, detesta a Smiles y a toda su crematística, y a Carlyle y a sus "Héroes", y tiene toda la razón. El ahorro es la negación de la Providencia. Y Botana, que es ferozmente individualista, rechaza de plano al sórdido y extravagante escocés panegirista de Napoleón, de Rousseau, de Cromnwell, de Calvino. Me sorprende y me vuelvo entonces a Taine, que estaba allí descansando en la biblioteca, y sigo la secuencia del autor. "Aquí, en "Héroes", todo es nuevo; las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario. Él lo toma todo al revés, lo violenta todo, cosas y expresiones. Te sientes como transportado a un mundo nuevo, cuyos habitantes caminan con la cabeza en el suelo y los pies en el aire . . ."

Luego de releer esto en "Idealismo Anglais" y las profecías de Jeremías, con aquello de que el mal viene del Norte, cosa a que me ha obligado Botana, declaro cuál es la ventura de su libro: no dejar estancado al lector culto. Porque a este autor hay que seguirle el rastro, como nuestro rastreador, seguros de que el rumbo va firme, aunque vaya por lo desparejo.

A mí me ha hecho bien leer y releer "La viña y el grano" y meditar sobre él. Y he ganado un bello "tiempo libre" que dedico al escritor amigo, con la seguridad absoluta de que es mejor leerlo a Botana y no a Kierkegaard, o a Sartre, o a Camus, o a Malaparte, que están de moda intelectual, porque, al menos en el lago de la inteligencia —que no sé en qué círculo de la comodidad puso el Alighieri—, siempre es recomendable, higiénico y salutífero, remar contra la corriente.

Yo ando penando hace rato entre expedientes, decretos, resoluciones y rutina pavorosa, con mi Cibernología: el gobierno técnico, el de las ciencias, el del espíritu, el de la conjunción

armoniosa de los valores trascendentes, dirigidos al bienestar integral del hombre. Helvio Botana, barbudo y original, me ha traído una llamarada de fe, simple y rotunda, que trataré de ordenar con la decisión en que él está, como en milicia y servicio de una causa.

Y concluyo con una sentencia de Giusti, que ahora tendrá que rastrear Helvio Botana, porque ese Giusti no es de estos pagos, pero que viene al pelo de su obra:

"Il fare un libro, é meno que niente,
se il libro fatto non firá la gente".

O en nuestra prosa: "Nada vale escribir un libro si él no sirve para aleccionar al hombre".

RAMÓN CARRILLO

UMBRAL

Antes de cruzar este imaginario umbral, sabe, ¡oh lector!, que este libro pudo fraguarse gracias a la amistad generosa de Arturo S., a quien está dedicado.

Soy católico, más que por lo que la Iglesia me manda, por lo que me perdona.

Este libro dislocado coincide estrictamente con sucesos históricos y con el curso de éstos. Ergo: la historia es dislocada.

ATENCIÓN DE NICOLÁS MAQUIAVELO, CATÓLICO Y CALUMNIADO CABALLERO FLORENTINO.

(Para reforzar esta puerta).

"Aunque por la natural envidia de los hombres haya sido siempre tan peligroso descubrir nuevos y originales procedimientos como mares y tierras desconocidos, por ser más fácil y pronta la censura que el aplauso para los actos ajenos, sin embargo, dominándome el deseo que siempre tuve de ejecutar sin consideración alguna lo que juzgo de común beneficio, he determinado entrar por vía que, no seguida por nadie hasta ahora, me será difícil y trabajosa; pero creo me proporcionará la estimación de los que benignamente aprecien mi tarea".

INTRODUCCIÓN

"Habéis recorrido el camino que va del gusano al hombre, pero todavía hay en vosotros mucho de gusano."

FEDERICO NIETZCHE, por boca de Zaratustra.

¡OH, incauto lector!, concuerdo contigo en que sólo de Dios es la palabra final que decidirá sin apelación qué es lo realmente bueno y lo realmente malo. Sabiéndolo, únicamente, debía atreverme a decir esto me gusta o no, sin caer en el atrevimiento de discernir sobre las verdades trascendentales que nadie más que Él puede develar. Pero no es así, irrespetuosamente me defino. De cualquier manera, corro ese riesgo por bien servir la verdad y acepto las consecuencias de soltarla: lo que defiendo es bien, lo que ataco mal; y no lo digo en frío, sino fanática y agresivamente.

No voy a decir que espero solidaridad y comprensión general. De ninguna manera; pero sé que hay muchos como yo, católicos latinos y burgueses, que han pasado o están pasando las mismas zozobras que sacudieron mi imaginación hasta que hallé la paz en esta guerra sin cuartel que he declarado.

Estoy avergonzado de comprobar que la palabra prudencia ha llegado a ser la más importante del diccionario y la suprimo del mío. Me horroriza el oír que la frase "no te metas" puede usarse como mote de heráldica y como consejo, y escupo sobre ella.

Lo útil y lo bueno se han convertido en sinónimos y los zajo en dos.

Los libros de contabilidad y de estadísticas de producción han sustituído a los libros de gesta, a las vidas de santos, a Plu-

tarco, a todos los buenos libros que hacían bullir la sangre y daban justificación a nuestras vidas.

Algo está mal, y tratando de buscar las causas he escrito este libro, y en él creo develar algunas.

No campea aquí la paz de la filosofía. Estas páginas son abruptas, agresivas, intolerantes, apasionadas. ¿Cómo podrían ser de otro modo sino exaltadas, cuando se tiene la convicción de que lo defendido es la clave de la olvidada vida heroica? Es el alma latina y católica plasmada en el Mediterráneo y a cuya destrucción propenden juntos o separados los representantes del mal en la tierra.

Nuestro fin de "hombres" es trascendental. De tal modo lo juzgué así, que en un principio —en resonancia con amigos prudentes y autorizados— comencé la redacción de este libro conformando mi tesis con profunda seriedad y mesura. Por fortuna, logré rectificar a tiempo, al descubrir que si había de granar mi fruto hasta colmarse de honda y densa sustancia, razonando con austera sobriedad negaba desde un principio lo que deseaba demostrar: probar que el burgués católico, el burgués indolente, alegre, superficial, sensual, lleno de debilidades, representa al hombre tal como debe ser, como existió en Grecia, como fué cuando Dios mismo lo consideró digno de sacrificarse por él en su propio Hijo, para guiarlo.

Llevar esta obra por sendas ponderadamente razonables era convertirla en una operación matemáticamente fría, rígida, y consiguientemente sus resultados tenían que ser fallidos, pues la razón puede dar un denominador común a cualesquiera elementos, siempre que no converja sobre el hombre.

El hombre está fuera de toda medida, de todo canon; es demasiado sinuoso, demasiado complejo para intentar aplicarle un metro rígido, para querer abarcarlo sólo con lógica, con cálculo, con razón.

La razón podrá servirnos para domeñar la naturaleza, pero jamás para agotar el contenido de todos nuestros actos, que en

mayor porporción son regidos por la Fe, por emociones, por pasiones, por impulsos instintivos, por sueños, por algo que está fuera de toda medida, de todo cálculo, de toda estadística, de toda prefijada clasificación.

Así, pues, a los métodos de fría dialéctica los usaremos con prudencia, esto es, que éste tan cacareado sistema sólo nos servirá contra ella misma. En este libro hemos de dejar entrar el ambiente, el clima, el Demonio, el paisaje, la literatura, las leyes, los amigos, el vecino, la feria, la historia, la ficción, lo real y lo imaginario, y aun lo que pueda considerarse trascendentalmente serio, sin abusar de ninguno de esos elementos.

Hoy, cuando herejes inhumanos se disputan el poder de la tierra, mi meritoria tarea es recordarle al hombre medio, que aunque razonablemente todos somos antropomorfos, nuestra igualdad es aparente, nuestros problemas y sus soluciones no serán jamás comunes. Tan profunda es la diferencia entre hombre y hombre que al brujulear mis primeros descubrimientos, me pregunto: ¿Es que son verdaderamente hombres estos meros accesorios de sus máquinas, de sus negocios, de sus Estados?

No lo son. Por tal razón es importante conocer las causas que los apartaron de la humanidad, para evitarnos caer en sus mismos errores.

No nos debe hacer mella la develación de que su vida es más mecanizada, más balanceadamente alimentada, que son más austeros en sus hogares, más honrados en sus negocios, más serios en sus empresas, más respetuosos de sus leyes y Estados. Reconozcámosles todas las virtudes imaginables, pero recordemos que somos distintos. Sin moralizar, expondré nuestros conceptos de vida para recordar nuestras características y amarlas, al igual que en la medioeval historia del Buen Amor, aquella que cuenta del reino de Tule donde la pareja más enamorada la formaban un ciego y una monstruosa contrahecha. El Rey quiso probar hasta qué punto llegaría el amor, la pasión del hombre, si en vez de ser su pareja la fealdad personificada fuera la más bella

dama del país. Una noche le cambiaron al ciego la compañera por la más atrayente de las hembras.

El ciego acarició con sus manos tan sensibles el rostro de la hermosa y luego las deslizó por las perfectas espaldas hasta la tierna ladera de la grupa. Con un salto se apartó asqueado, exclamando:

—¡Qué monstruosidad! . . . ¡Tiene la espalda lisa! . . . ¡No tiene las graciosas curvas de mi mujer!

Quizás seamos como el ciego y nuestras cosas sean monstruosas como su mujer. A semejanza de él, amamos ciegamente lo nuestro. En este caso, no sólo porque es nuestro, sino porque es mejor.

Con qué sensual alegría he terminado el párrafo anterior, refiriéndome a nuestro mundo. ¡Con qué naturalidad escribí "porque es mejor"!

Pero únicamente yo sé los esfuerzos realizados para descubrirlo, para demostrarlo, y luego el valor que debí juntar para afirmar "porque es mejor", y decir, como digo, que "el hombre" sólo merece tal calificativo siendo burgués y católico, o católico y burgués. El mejor exponente de la grandeza humana lo da el burgués católico. Unicamente el católico burgués es hombre: los demás son deformaciones suyas. Si un hombre ha de estar sobre los otros, debe ser el burgués católico.

Qué mal hemos de andar los católicos burgueses que para llegar a afirmar nuestros insuperados valores, uno se ve obligado a preparar el terreno con metáforas y circunloquios a través de largas páginas. Tan desmoralizados hemos llegado a estar que, en verdad, pese a la íntima convicción que me asiste de esa superioridad, no he podido sacarla a relucir de sopetón. Y ahora, para completar mi tesis, debo tomar impulso como si saltara a un abismo, a algo cuyas consecuencias afronto, sin saber de qué calibre son. Y lo digo, y no me vuelvo atrás, y lo comprobaré.

"Los católicos burgueses" no sólo somos lo mejor de la tie-

rra, sino que poseemos un destino en el cielo a la par de los ángeles.

A estas consecuencias he llegado y como el trabajo es mío y la responsabilidad plenamente mía, no eludo, en muchas partes, escribir en primera persona, y por ello mismo es natural que el libro sea dislocado, abrupto, desigual, emotivo, ligera y respetuosamente sensual.

La tesis que expongo en este volumen es simple y clara, tanto que no parece un descubrimiento; parece más bien un prontuario de antiguas verdades olvidadas.

No hay complejidad en nuestro siglo, no hay incomprensibles innovaciones de alcances no calculables por el hombre. Nada de eso, estamos viviendo aún en la etapa histórica llamada comúnmente de "La Reforma y Contrarreforma". La complicación estriba en que se olvida que esta época no es más que un incidente de la gran batalla comenzada en el mundo intangible de los Ángeles y continuada en la tierra por la serpiente y sus múltiples transfiguraciones.

Son tantas las variaciones, tantos los detalles, tan complejas las apariciones del demonio luchando contra Dios, apariciones que hay que conectar aunque sea sumariamente, pues en esta gladiación está la esencia del libro, que parecería al bosquejarlo, una obra imposible de abarcar. No voy a mentir modestia, diciendo que la exposición total es superior a mis fuerzas; no siendo así, el problema es claro, los resultados brotan sin dificultad.

Lo único que me apura es el tiempo, el no poder diferir mi declaración de guerra contra el demonio en sus contemporáneos disfraces.

Digo guerra, y es guerra. Frente a él me repugna la Paz.

MI VOCACIÓN DE ÁNGEL

"Diré de vos que sois Dios —y de mí que no soy hombre— que aun no merece ese nombre —el que no os conoce a vos."

LOPE DE VEGA.

HACE muchos años mi familia tenía una cocinera italiana llamada Yolanda, a cuyo cuidado quedé muchas veces. La recuerdo rubia, casada con un cartero; le gustaba contarme que había tenido un hijo bellísimo, muerto a los tres años, que ensuciaba las paredes haciendo garabatos con carbón, mientras en su media lengua decía que aspiraba a ser escribano. Como yo la molestara en sus quehaceres, me sacó a que jugara solo en el jardín.

La buena mujer no supo, ni creo que llegue a saberlo nunca, que a causa de esa su sencilla acción, logré la experiencia más importante de mi vida, mi más nítido recuerdo de infancia; el cual, tras larga maduración, decidió mi vocación de Ángel, llevándome a convertirme al catolicismo.

En busca de aventuras, escalé la copa del aromo que aún crece contra el muro del muy amado y minúsculo jardín de la calle Virrey del Pino 3075; me deslicé al tapial entre cuyas rendijas vivían miles de arañas, que salían golosas cuando con una ramita urgaba su tela, simulando el vibrar de una mosca prisionera. Salté al baldío vecino. El sol de enero calcinaba la tierra y me llamó la atención, en el suelo seco, un pequeño y oscuro círculo de humedad. Desde ese perfecto agujero vi reptar una cigarra pegajosa, blanduzca, opaca, casi un gusano, que dejando un rastro acuoso se aferró a una ramita para secarse al sol. Embelesado, contemplé el milagro. La vi abrirse como una caja de

sorpresas, la vi secarse, estirarse, dejar su caparazón inútil, luego abrir sus alas y convertirse en la más bella, metálica y sonora chicharra.

Perdí la noción del tiempo. Y sólo mi "padrecito" aceptó luego la explicación que di por las horas pasadas fuera de casa. Sólo él creyó —y era cierto— que ese tiempo estuve sordo a los llamados familiares, hipnotizado, pendiente del primero de la serie de milagros que en mi vida iba a contemplar. Adaptando su entendimiento al mío, me explicó aquello dándome el nombre. ¡Qué palabra extraña, sonora, mágica, musical! Sólo el oírla evoca en mí misterios y secretos: ¡metamórfosis! Metamórfosis, fenómeno natural que conduce a la transformación de un gusano en mariposa. Tanto me impresionó ese fenómeno, que secretamente esperé llegar a sufrirlo. Deseé, entonces, convertirme en cosas absurdas y dispares: Tarzán, Alejandro Magno, Superhombre, D'Artagnan, pirata, químico, boxeador, ser, en fin, algo extraordinario. Pero jamás concebí que con los años pudiera aumentar tanto mi ambición ni que fuera tan larga y tan penosa la metamórfosis elegida.

En mi adolescencia me abandonó este recuerdo admirativo y acepté la primera calumnia proletario-literaria: la fábula de la cigarra y la hormiga. Calumnia antientomológica aprovechada para denigrar el canto al sol y enaltecer el trabajo oscuro, penoso, subterráneo.

Desde niños se nos engaña con fábulas falsas semejantes, con premisas convencionales y tontas, apartándonos de los goces de la realidad. Llevado yo también por ese error, llegué a despreciar al alado juglar que me mostró el primer milagro. A despreciarlo como símbolo del ocio y a respetar en cambio la laboriosa, económica, egoísta y seriada hormiga.

Luego Fabre, al explicarme el misterio de la calumniada cantora, la reivindicó, aclarando que, en la verdad científica, la cigarra es explotada por la hormiga. Así, en tiempos de sequía, la hormiga aprovecha de la capacidad que posee la música, con

su milagroso címbalo diminuto, para extraer agua de las plantas.

Pero lo más sorprendente me fué ofrecido por la cigarra en la develación de su vida subterránea: como larva vive bajo tierra, en la oscuridad y el misterio, período que según las variedades oscila entre siete y veinte años. Luego, sólo unas semanas al sol, pletórica de cantos, de amor, de fecundidad.

¡Qué símbolo! Haberlo tenido frente a mí por tantos años y no haberlo comprendido hasta ahora. Me sentí, a mi vez, en el ciclo oscuro y terreno, seguro de despertar un día, en la plena y alada alegría de la chicharra, borracho de luz y sol.

¡Cómo no estar loco de Fe, loco de alegría viviendo en este Dios tan sin exigencias que nos permite llegar a Él por la fe o por la historia natural!

La chicharra —gran amiga mía— me enseñó que es un error el creer que esta vida rastrera y la otra alada sean dos cosas distintas. El gusano que hila su capullo y la mariposa que resplandeciente alegra al sol, son una sola cosa. También los humanos somos "uno", como hombres y como almas.

Dada la importancia de la etapa alada, en vida solamente somos custodios de nuestra propia alma y responsables de su perfeccionamiento, de su jerarquización, todo lo cual depende de nuestros cuidados.

Como quien goza una metamórfosis y abandona su seca armazón de crisálida para emprender el vuelo con otra forma, policroma y perfecta, así metamorfosearemos el cuerpo cuando haya cumplido su terrena misión.

La misión del cuerpo estriba en que para apreciar el vuelo es necesario haber sido antes gusano, y como gusano se adquieren las múltiples ansias, los miles de deseos que sólo con alas podrán luego saciarse. Así, los que por usarlas en su total capacidad alcanzan a conocer la torpeza de los sentidos para llegar a abarcar la obra de Dios, podrán valorar la grandeza de sus almas. El buen cuerpo, basto, frágil, torpe, como pequeño gusano terráneo, nos sirve para adquirir los conocimientos

que recién develaremos cuando a su debido tiempo nos libremos de él.

Con el cuerpo, ese bueno y alegre camarada, comenzamos a otear los cielos, a escudriñar las mil y una formas de vida, a amar los dones del Creador, entre ellos el sol y el verde de las plantas, y el agua muda en los lagos, cantarina en los arroyos y rugiente en el mar. Pero llega un momento en que el cuerpo resulta insuficiente para dominar todo lo amado, incapaz para contestar todos los interrogantes de nuestra ansiedad. Los ojos sólo sirven para ver el pequeño mundo circundante. Son como un tamiz que deja escapar lo más y retiene lo burdo. Y el oído, el gusto, el tacto, el olfato, son de tal manera insuficientes para nuestra perfección, que si no es por la metamórfosis no podemos completarnos plenamente.

El cuerpo sobrará, pero siendo tan amigo nuestro, duele separarse de él. Y al hacerlo, hay que pensar que el buen camarada de cien años tiene derecho a descansar de los trajines a que lo obligó el alma, de los sinsabores que tuvo que sufrir, de los lugares adonde lo llevó arrastrado en su alegre y loca pujanza.

El cuerpo es bello, cálido, fuente de miles de satisfacciones reales y principio de todas las demás inmaginables, y no puede ser de otra manera desde que está hecho a semejanza del mismo Dios. Por eso, mientras tengamos oportunidad de usarlo, no podemos despreciar ninguna de sus posibilidades. Usémoslo para honrar a quien nos lo ha dado y como el único medio existente para abarcar la maravillosa creación, para preparar con el calor de los conocimientos nuestra triunfal metamórfosis, la que nos llevará, si la logramos, a confundirnos cerca de Dios, dentro de Dios.

LA ANGUSTIA DE NO ESTAR EN NINGUNA PARTE

"Príncipe lo conozco todo; en suma, conozco lo colorado y lo pálido, conozco la muerte que todo lo consume; todo lo conozco, menos a mí mismo."

FRANÇOIS VILLÓÑ.

¡CUÁNTO sufrí la angustia de no estar en ninguna parte! Angustia de una edad y de una generación, angustia que no deseo para mis hijos, ni para mi enemigo el día que pueda darme el lujo de gastar mi preciosa energía de diletante latino en proveerme de uno.

En un principio me sentí sabio y feliz, creyendo que los conocimientos y las experiencias me llevaban inexorablemente a la develación de la verdad, a la ciencia infusa; creí que todo problema se resolvía con dedicarle atención y tiempo.

Con la confiada alegría de los cornudos que nunca han engañado, dejaba transcurrir mis días, feliz en la creencia de que cada hora, pasada, me acercaba más a la develación. También creí, inficionado por "Las Vidas Paralelas", que el fin del hombre es una acción a realizar, una acción "de tal suerte que viva quede en la muerte", y que a ella podía llegar con la emulación de los prohombres. Pero los héroes y los próceres fueron cayendo de sus pedestales. Recuerdo mi tristeza cuando descubrí que el gran Cortés no fué el conquistador absoluto de México, sino que el agente resultó un negro bembón, marino, esclavo o soldado de Pánfilo de Narváez, tan insignificante que ni su nombre recuerdan las crónicas. Este moreno anónimo trajo sobre sí el contagio de la terrible viruela negra que azotó a la tierra de Quetzalcoatl. Los europeos eran indemnes por haberla sufrido ya, pero el organismo de los indios, sin inmunidad natural, no aguantaba la dolencia y murieron por millares, facilitando la conquista.

Sin esta peste nada habría hecho Cortés.

Dios, con su sabio humorismo, usó del invisible virus transportado por un negro para humillar a los crueles aztecas, despiadados sacrificadores de hombres; no para enaltecer a Cortés, sino para que la Santa Cruz fuera plantada en la fértil América.

Así también, los demás héroes que agitaron mi mocedad fueron desmoronándose. Así cayeron Alejandro, César, Juliano, Napoleón. Aprendí a descubrir lo casual de sus victorias y lo inexorable de sus derrotas. Pues siempre al fin es derrotado quien cree adueñarse del hombre.

Habiendo perdido el respeto a los héroes y a sus hazañas, nada tenía ya para imitar. Sin meta, me sentí peor que perdido. Comprendí que no iba a ninguna parte, que no estaba en ninguna parte. Había destruído a los héroes, a los fantasmas que respaldaron mi adolescencia, y mi soledad se hizo espantosa, tanto que hubiera deseado seguir en el feliz engaño de creer en algo que siendo humano fuera permanente, absoluto, seguro.

No por spleen, sino por ambición, por desmedida ambición, saltaba de una vocación a otra. Tuve la negativa constancia de apartar todo concepto que me diera soluciones transitorias. No pude militar en partido político alguno. Me sabía no obrero, no industrial, no ario, no judío, no fascista, no democrático, no todo.

Cuando todos, amigos y conocidos, próximos y remotos, estaban en alguna parte, yo, únicamente yo, sólo yo, no estaba en ninguna. Tuve el valor de quedarme en ninguna parte y seguir buscando. Y, tanto más buscaba, tanto más erraba; cuanto más subía, más aumentaba mi soledad. Viví solitario espectador de un juego donde todos, menos yo, tomaban parte. Por fiel, parecí inconstante. Por creyente, parecí incrédulo. Por amar la verdad, que me esquivaba, parecía cínico. Por no aceptar ideal ajeno sobre mis hombros, parecía indiferente. Por tozudo en mi búsqueda, me imaginaron indolente. Todo lo acepté, afrontando agravios y molestias, cuando más fácil y cómodo me hubiera

sido enrolarme en cualquier partido, donde habría estado en compañía de alguien, aunque militando sin fe ni alegría.

Las angustias de mi pasada soledad me permiten comprender a quien las sufre y también a quien las oculta en locas posiciones esotéricas, en exaltaciones, en claudicaciones. En la angustia noble de los hombres que saben que no se vive sólo de pan, de los supremos ambiciosos que desean lograr el máximo de sus posibilidades, de los que desean contestación a todas las preguntas del ser, de los que descubren que la imaginación es pobre en parangón con la realidad y desesperan ante el frustre de una ambición que pretende poder abarcar el Universo.

Estuve "en ninguna parte" y estoy en el camino. Dueño de mi destino, me enorgullezco de ello, y gozo el premio de haber sabido abandonar muchas aparentes buenas posibilidades de usar el tiempo y halagar mi vanidad.

Sé que no seré concejal, ni diputado, ni aviador, ni relojero, ni banquero, ni emperador, ni rey, ni jefe de oficina, ni sabio. Pero desde mi mediana burguesía, poseo la convicción de que superaré a todos si cumplo las posibilidades vitales que vislumbro, si llego a completar el oficio elegido, la vocación que colma mi ambición, la vocación de Ángel.

Este oficio de Ángel, tan poco oído, tan olvidado, es fin y razón del mundo católico, cuya meta es llegar a estar en el Paraíso, donde seré tanto y más que los ángeles, pues ellos gozan la gloria de Dios sin haber sido antes gusanos, y nosotros, cuando lleguemos, lo haremos habiéndolo logrado por méritos, no por nacimiento.

Este oficio de Ángel es llegar un día a merecer la transformación del torpe cuerpo y lograr así penetrar en toda la obra de Dios, conocerlo, gozar de Él y quizá hasta ayudarle en pequeños quehaceres: como colorear flores y resguardar a los pájaros, como los colibríes recién nacidos y las feas urracas. O encender estrellas y moldear nubes con formas caprichosas, o tornear gotas de lluvia.

Este extraño oficio no sólo requiere vocación; lo engorroso es lograr realizarse en él, cuando tanto error y espejismo existe para desviarnos.

Antes de definir mi vocación de Ángel viví carcomido por una ilimitada cuanto difusa ambición que me incitó a desechar todos los oficios imaginables. Así cambié mil veces de afición, de oficio, de tema y de meta. Todo me parecía poco. Ahora continúo con la misma aparente versatilidad, pero fundamentalmente distinto. Es un 'diletantismo' voluptuoso, porque deseo informarme, aunque superficialmente, de todo lo que lograré profundamente cuando pueda, como ángel, recorrer el Universo.

Confieso: mi conversión al catolicismo no fué por tristeza, ni humildad, ni modestia. Sólo la fe de Roma es capaz de dar lo que supera todas las dignidades de la tierra, únicamente ella es capaz de saciar la suprema ambición.

Me pasó lo que a la ratoncita de una profunda fábula infantil japonesa.

Se trataba de una ratona ambiciosa. Vivía en una cueva horadada por generaciones de roedores en las rocosas laderas de una montaña. A la edad de formalizar su vida en el matrimonio, desdeñó, por insignificante, a un ratoncito de brillante ojos que la querellaba de amores.

Deseaba ella hacer tan gran casamiento, que su ambición la llevó a ofrecerse por esposa al Sol, diciéndole:

—¡Oh, astro ardiente!, a ti, que eres lo más poderoso del mundo, te ofrezco mi amor.

El Sol, avergonzado por no ser tan poderoso como lo creía la rata, pero halagado porque lo creyera, le contestó con honradez:

—Gustoso te aceptaría, pero más fuerte que yo es la Nube que tapa mi rostro y empaña mis rayos.

La ratoncita, sin titubear, cambió de candidato y se ofreció a la Nube, obteniendo una contestación igualmente modesta y negativa:

—Más poderoso que yo es el Viento que me arrastra, despeinándome a su capricho.

Desechada la Nube, la casquivana requirió de amores al Viento, el cual debió confesar que a su vez era dominado por la Montaña que desafiaba sus embates. Y la montaña también tenía un amo implacable: era . . . el ratoncito, el que la señoreaba, desgarrándole las entrañas al profundizar la cueva donde vivía.

Al igual que el ratón del cuento, todos los que anhelamos lo más alto, tras gustar nuestra ambición, nos encontramos como después de recorrer un círculo, en el punto de partida. Y parece imposible salir de él, cualquiera sea el oficio que ensayemos.

Recuerdo a Odoacro, el bárbaro jefe de los herúleos, el que acabara en el 476 con el Imperio Romano en la persona de Rómulo Augústulo.

Odoacro, que tuvo el mayor poder concebible en su época, emperador sin nombre, encontró la salida de este círculo sin fin, pero no lo logró en sus momentos de gloria, sino cuando vencido y aprisionado por Teodorico se vió perdido frente al genial caudillo de los ostrogodos, quien, luego de darle falsas esperanzas de libertad, lo asesinó.

En trance, pues, de enfrentar la muerte descubrió la meta de las supremas ambiciones. Cuando la afilada espada de Teodorico caía sobre él, para henderlo en dos "como si no tuviera huesos", profirió la pregunta por cuya contestación vale la pena gastar el último segundo de vida:

—¿Dónde está Dios? —preguntó a tiempo que le arrebataban la existencia.

Sabiendo dónde está Dios se comprende que todo oficio es oficio de ratón.

Sabiéndolo, nada hay comparable a buscar su compañía, nada es superable a estar dentro de sus cosas. Tan unidos como si estuviéramos prendidos al borde de su clámide. Como los ángeles, como los bienaventurados, ¡como yo estaré!

Capítulo II

EL MONO INSACIABLE

"Yo estoy en ellos, y tú estás en mí a fin de que sean consumados EÑ LA UNIDAD *y conozca el mundo que tú me has enviado, y amándolos a ellos, como a mí me amaste."*

JESÚS. San Juan XVII - 21 -

COMENCÉ a ordenar los elementos del odificio de Ángel y olvidé que para aspirar a tal dignidad es necesario previamente ser hombre. No caeré en el absurdo de pensar que el vocablo "hombre" sea un nombre genérico común a los antropomorfos, el "pitecantropus erectus".

Hombre es una denominación ambiciosa, un estado previo indispensable para aspirar posteriormente a transformarse en Ángel.

De forma, somos unos monos sin cola, tan sólo diferenciados por la voracidad sin límites, por el sexo utilizado fuera de la estación procreadora, por el insaciable deseo de conocimientos, por la capacidad imitadora y por el dedo pulgar capaz de convertir la pata o la torpe mano de los pitecos en una herramienta insuperable. De todas estas características, la única realmente común al hombre es el dedo pulgar. Hay que tenerlo siempre en cuenta: es el único distintivo específico de la especie, lo único que hermana a un hombre con otro hombre, lo único en que no nos diferenciamos del prójimo.

Cierto buen ciudadano ginebrino, por cuyas obras podemos considerarlo, sin temor a errar, como el inventor de los picnics, en una de ellas, "El contrato social", estampó una de las más bellas, tontas, falsas y huecas frases que haya proferido el labio humano. Dijo: "El hombre nace libre y sin embargo vive

encadenado". La realidad, por lo menos en lo que a mi experiencia corresponde, es en todo contraria a tal apotegma de Juan Jacobo Rousseau. Nací desnudo, inerme, sujeto a una y mil servidumbres. No solamente fuí horro de ropas, fuerza y movilidad, sino de toda capacidad, de toda virtud. Fuí un sucio intestino aullador.

No afirmo, pero presumo la comunidad de estos antecedentes. Únicamente a fuerza de voluntad propia y ajena podemos ir puliendo los instintos delictuosos de nuestra niñez: iras, arrebatos, deseos de comer sin compartir, de vengar las ofensas, de inferirlas impunemente. Por mi parte, nací desnudo y me he vestido solo. Con Plutarco aspiré a convertirme en héroe, con Byron en cínico, con Voltaire en Pangloss. Mi carácter lo he moldeado por mi sola cuenta. Nací esclavo y llegaré a ser libre.

Concibo definir al hombre de una única manera: es un ser de larguísima vida, es inmortal. A semejanza de las cigarras y las mariposas, sufre una metamórfosis, pero tarda largo tiempo en realizarla —según Luigi Cornaro, cien años y más— y yo lo creo. Recién entonces, al dejar su tosca envoltura, puede dominar, sutil, los espacios y atravesar la materia, indagándola en sus más recónditos misterios. La capacidad —cuya plenitud logra después de abandonar su cascarria—, depende de la preparación que tuvo, de los esfuerzos perfeccionadores que realizó, del modo como dispuso de su tiempo en beneficio de su alma, que es única razón y único fin del transitorio período que llamamos vida.

No todos logran realizar el ciclo. Unos mueren gusanos, otros enquistados en el capullo, ignorando los goces de la luz por no atreverse a romper la envoltura que consideran segura y protectora.

Cuando se ama la creación, todo el tiempo de lo que llamamos vida, es efímero, pues aún con la mayor dedicación no alcanzaremos a abarcar a aquélla ni en una mínima parte. Por ello, sólo por ello, por la incapacidad de llegar a penetrar todas

las cosas con la traba de nuestro cuerpo, podemos tener la seguridad de que lograremos la verdadera vida; y la alcanzaremos y la disfrutaremos en la proporción de los esfuerzos con que la hayamos preparado.

Si no hay efecto sin causa, no podrá haber curiosidad ilimitada sin la posibilidad de ser ella ilimitadamente saciada; así, nuestra vida anímica es una exigencia causal.

El querer adjudicar el título de hombre a todos los humanos es un error que nos lleva a peligrosas encrucijadas. Hombre puede llamársele a quien posee una vocación de eternidad, que solamente se logra por y con el amor a Dios, el cual infunde un deseo de superación que sobrepasa la tierra.

El objeto del que ama la obra de Dios no es más que conocerlo en su mayor extensión, y más grande será la gloria cuanto más se inquiera, más grande será la gloria de aquel que más preguntas tenga que hacer cuando se encuentre en comunión con "el que posee todas las contestaciones". Así en el "Paraíso" se reunirán quienes ganaron el derecho a la vida eterna, quienes cumplieron su destino de hombres.

Hombre es un ente aislado, afrontando sólo la responsabilidad ante el Creador. No lo es quien no aspire a sobrepasar su forma, aunque exteriormente se nos confunda a todos.

Esta confusión se acentúa más y más con el uso indiscriminado de vocablos colectivos. Dos de esas palabras capciosas, acaso las peores, son Humanidad y Humano. Estas abstracciones suponen la inclusión del "hombre" cuando en verdad lo hacen desaparecer dentro de ellas, en su gelatinosa masividad. Podemos asegurar que Dios creó al Hombre y en cambio el Demonio inventó la Humanidad para borrar la creación divina.

Cuando tomamos un libro de historia, sus relatos extraordinarios, los sucesos que superan toda imaginación, nos llevan a creer que a través de aquella se puede conocer mejor el destino del hombre. Pero, en realidad, la historia nos enseña a descubrir lo olvidado que está el hombre en los materiales de todo suceso

aparentemente memorable, realizado en nombre de las ficciones humanidad, pueblo, raza, clan, partido o gremio.

En muy pocas partes se encuentra el hombre. Se olvida que está hecho a semajanza de Dios, y que la destrucción de una sola de las criaturas es una ofensa a Él, un sacrilegio, quizás únicamente justificable por razones de defensa propia. Se habla de batallas, saqueos, victorias y derrotas. Con fríos guarismos, más o menos abultados, se marca la importancia del suceso. Con el número de muertos se ocultó a la criatura; para no dejar oír su dolor se le quita el rostro y el nombre, convirtiéndolo en un número.

En guarismos, dichos al socaire, se expresa, como accidental accesorio de la frase, el número de destinos frustrados, de muertos en acciones bélicas: mil, diez mil, cien mil, y cada uno de ellos representa una posibilidad de hombre, una vida, y cada vida perdida, una tragedia sin reparación posible. Campesinos que aman su tierra, su vaca, su caballo, que han sido niños antes de llegar a mayores. Adultos, adolescentes, con triunfos, con fracasos. ¡Cuánto, cuánto encierra la más insignificante de las vidas perdidas en la demoníaca concepción de la historia! Sólo es aceptable la autobiografía, la memoria, la biografía, donde podemos comprender y amar a un ser individualizado completo y no perdido como una oveja en un rebaño tras el nombre de un jefe.

De nada sirve la historia de hoy día, sino para envolvernos más y más en el error de olvidar al hombre.

Otro solapado intento de prescindir del hombre es el reducir sus hechos, sus violencias y su genio a meras necesidades de orden económico, a reflejos condicionados. Pueden pueblos enteros desplazarse y actuar como accidentes de mercado, pero no son hombres. Hombre, es vocación de Dios, es particularismo, es actuar y vivir para algo fuera de sus pequeñas, momentáneas, accidentales medidas.

En su mayor parte, los historiadores son herejes; olvidan

que lo primordial es el alma y buscan soluciones de pueblos y no de hombres.

Se han justificado miles de cruentos sacrificios en nombre de estériles abstracciones colectivas, por creer que las soluciones podrían darlas algunos para la colectividad, sin comprender que habría que actuar para cada uno en especial.

Toda abstracción, toda generalización, todo intento de interpretación colectiva es peligrosísimo, es demoníaco.

Sólo Cristo, que es Dios, nos ha dado la clave, dirigiéndose al individuo y no a los pueblos. Fué muerto e infamado por el pueblo, no por el individuo, que, uno a uno, en distintos grados, lo comprendió.

Sólo existe el hombre y sin embargo se lo desplaza por ficciones creadas por él mismo (yo sé por quién inspiradas).

Aristocracia, masas, proletariado, clases, razas, humanidad, pueblo. Todas figuras huecas y sumamente cómodas, pues con sólo invocarlas se puede prescindir de cualquier razonamiento y atropellar a quien perturbe al detentador del poder.

"Sólo existen hombres". Es tan sencilla y clara la noción que resulta una perogrullada explicarla, pero he aquí que miles de fantasmales conceptos nos rodean en marañas ideológicas. Cargas de frases hechas, de abstracciones, tapan al individuo de tal manera, que podemos invertir la frase y resultará más concorde con la hora en que vivimos.

"Los hombres no existen sino como elementos integrantes de una ficción jurídica". Esta definición va en camino de ser la realidad, la colmena, la cárcel perfecta. Ha llegado a ser el summun para una gran parte de los habitantes del planeta.

Actuando como colectividad, no como hombre, pensando en la humanidad, no en el alma personal, puede repetirse el caso de un pueblo que se puso de acuerdo para solucionar todos sus problemas físicos y, para lograrlo, derribó todo obstáculo opuesto a sus propósitos. Exterminaron sin piedad a todo aquel que conscientemente o por casualidad pudiera quebrar la armonía

política a que llegaron. Así mataron a los débiles y a los excesivamente fuertes, aniquilaron todo acto individual que pudiera entorpecer cualquier engranaje de la nación. Para resolver el problema del transporte, por medio de provocadas mutaciones, consiguieron munirse de alas. También consiguieron una casa-habitación tan funcional, en la que nada faltaba, aunque tampoco sobraba nada, ni un adorno; y ni siquiera permitieron una flor en los balcones. La comida llegó a ser un plato único, alimento completo, sintético, justo para las necesidades, exacto para reponer las energías. De tal manera, que no hubo más flacos ni gordos. Con matemática lógica, con ciencia extraordinaria, suprimieron el dolor y las angustias que traen aparejadas la vida familiar. Llevaron al común los hijos y su cuidado. Hasta el sexo, amable tirano, fué relegado a especializados que cumplían su función en lo mínimo estricto, sin poesía ni pérdida de tiempo. Sacrificaron los pequeños goces que son el resultado de los grandes errores. Lograron no equivocarse nunca. Tan perfecta fué su organización que la palabra pasó a ser un acto superfluo, pues ya todo estaba dicho y regimentado. Y se olvidaron de ella. Tan perfectos, tan uniformes fueron sus días, que el buen Dios les quitó el libre albedrío y con ello el alma, porque ya no les era necesaria.

A estos seres, los hombres de hoy, los que nos debatimos en el error, los que huyendo de un mal caemos en otros, los que perseguimos algo que supera toda paz, toda comodidad, les llamamos "abejas".

Esta frenética idea de convertir la tierra en un ordenado panal y de arrebañar al individuo se repite perpetuamente. Las democracias, las autocracias y los totalitarismos, todos los sistemas políticos y todas las leyes no buscan otra cosa. No podemos execrar a aquellos que aspiran, como meta de sus afanes, primordialmente, a asegurar su techo, su casa, su comida, su estabilidad, su orden; a una vida exenta del dolor de las equivocaciones. No estamos autorizados a negar ninguna forma de vida, pues

ésta es siempre sagrada en homenaje al común creador, pero de ninguna manera a esa latencia vital puede llamarse hombre. Por lo tanto, en caso que se quiera influir sobre nosotros o se nos quiera sumir en esa condición debemos defendernos, no porque seamos mejores, sino sencillamente por ser diferentes. Lo que para ellos significa la máxima de las realizaciones, para nosotros puede resultar el mayor de los oprobios.

Definirse hombre, mantenerse hombre, es el primer paso de quien aspire a ser Ángel. La gran dificultad de realizar tal logro es que en contra nuestra se cierne el enemigo de Dios, el Demonio, cuya mejor venganza es impedir que lleguemos a Él. De este modo, las dificultades del hombre son enormes, tantas como la maldad y la astucia de Satán que ha plagado nuestro paso de trampas hábilmente ocultas, pero, en compensación, los goces del triunfo sobrepasan toda dimensión conocida.

Enfrentémosnos con el Demonio, descubramos sus argucias y sus amaños y habremos adelantado gran parte del camino a cuyo término nos espera lo único que saciará nuestra insaciable ambición: la Gloria de Dios.

Capítulo III

EL DEMONIO NO ES UN POBRE DIABLO

"Poca ciencia aleja de Dios. Mucha ciencia acerca a Dios."

PASTEUR.

TAN absorbentes eran mis razonamientos, que, ensimismado, olvidé el mirar por dónde andaba y atropellé a mi buen amigo Arturo Bullrich. Al excusarme, expliqué que la causa de mi distracción estribaba en que las indagaciones sobre el verdadero rostro del Diablo me habían concentrado tanto que dejé de ver lo que me rodeaba. Me contestó con su muy magnífica y sana carcajada y entonces comprendí lo grave de la situación.

¡Nadie cree en el Diablo! Hasta los hombres más instruídos han llegado a dudar de su existencia. Mi vanidad de buen conversador me obliga a variar los temas, pero arriesgando prestigio repetí la pregunta por días, con tenacidad de compilador de estadísticas. Comprobé la realidad de mis terribles sospechas; verifiqué que, en efecto, la gran mayoría niega rotundamente la existencia del Demonio, y para los menos, que la aceptan, es un "pobre Diablo", dicho como muestra de fino humor, sin convicción real alguna.

Esta negación de existencia física del Demonio representa su mayor y más atronador triunfo. Ha logrado disfrazarse con tanta perfección que se ha llegado a dudar de su realidad, pudiendo así obrar oculto en el anónimo, sin riesgo alguno. Impune, pues nadie imagina culparle sus crímenes. Por imitación es quien ha enseñado a los delincuentes a desfigurarse el rostro y a borrar las señales de su identidad personal.

Como es el más feroz de los pistoleros, el peor de los criminales, no puede dejársele actuar bajo disfraces inocentes. Hay

que tratar de descubrirlo, no por deporte ni por venganza, sino en defensa propia, pues nunca queda tranquilo en sus guaridas, sino que actúa con implacable maldad y con una eficacia aterradora. Él, Satanás, es quien frustra nuestra suprema ambición, quien roba nuestro futuro. Conociendo su rostro y sus arterías, es más fácil librarse de sus garras y obtener el diploma de Ángel.

Desde hace siglos se ha suprimido el factor "demonio" de nuestros razonamientos, olvidando que los fundamentos de nuestros conocimientos fueron enunciados en tiempos en que los hombres aún no se habían atontado del todo y daban plena fe de la existencia del Diablo.

De manera que, sin él, no podemos analizar ningún fenómeno histórico, ni tampoco el desenvolvimiento de ninguna norma moral o estética. Sería como pretender quitar los cimientos a un edificio sin que se venga al suelo.

Querer suprimir al Demonio de nuestros silogismos es como si en el álgebra quisiéramos prescindir de la "equis" para las ecuaciones. El Demonio y la equis existen en el mundo y en el álgebra, aunque luego, al tener los resultados, les quitemos importancia poniendo de lado esos factores presuntivamente imaginarios, pero insustituíbles en la razón.

Si esas fórmulas se hubieran expurgado en busca del Demonio, muchos de los ismos que nos han acechado y acechan no hubieran prosperado.

Aun ignorando al Demonio, debemos aceptar una fuerza extraña que lleva —en un momento dado— a torcer la razón del hombre y a precipitarlo a situaciones anormales.

Seres razonables, piadosos, de pronto fallan y no vacilan en actuar con crueldad inaudita. Hombres honrados y generosos, en un segundo de codicia y de extravío, destrozan toda su vida. Todo esto es la equis, el Demonio.

Quienes deseen ignorarlo, no por eso pueden ignorar que el mal existe y tampoco pueden negar la comodidad para atacarlo si lo colocamos bajo el guarismo Demonio, Satán o Diablo.

No pido que el incrédulo fuerce su razonamiento, sólo que acepte "la idea del diablo" para facilitar la ecuación, así como acepta la incógnita en los problemas del álgebra.

Bajo su nombre colocaremos a todo el mal, y contra él uniremos nuestras fuerzas, exactamente como quien desea resolver una ecuación.

Yo creo en el Demonio; es una exigencia de la Fe católica. Quien no cree en él puede seguir el razonamiento como una verdad matemática. La ecuación es perfecta, y el resultado de la incógnita equis, quieran que no, es el Demonio. Pero pueden llamarlo como deseen. Este libro lo desenmascara en alguna de sus actuaciones; no puede aspirar a que sea en todas. Uniendo los esfuerzos, quizás esterilicemos su última estratagema.

La idea de la no existencia del demonio induce al terrible error de creer que todo lo razonable es justo. Cualquier innovación se acepta sin la reflexión que representa pensar, ante todo, en la fórmula ¿el Diablo, dónde está? Durante los últimos siglos "liberales", se han ensayado sin éxito miles de fórmulas lógicas, razonables, que llevaban ocultas en ellas a Lucifer. Por no creer en el Diablo sólo se pregunta: ¿es lógico?, y se olvida el más serio interrogante: ¿es ortodoxo?, ¿sus resultados serán piadosos?

El Demonio existe y le hemos de dar caza, otearemos sus refugios, develaremos su figura. Es un noble deporte, digno de caballeros andantes. Con nuestros esfuerzos impediremos que hiera a los débiles, que corrompa doncellas, que envilezca las artes. Es la única bestia que debemos destruir, que debe quedar encadenada para siempre en prisión perpetua.

¿Dónde se oculta? ¿Qué no desea? ¿Qué no es?

Los prontuarios que de él poseemos son de antigua data; en ellos se le presenta rojo, atlético, azufriento, rabilargo y pezuñudo, de barba negra, bigotes enhiestos, labios libidinoso en boca irónica. También le hallamos en antiguas planchas de madera, brutalmente sensual, en frenéticos aquelarres, rodeado de

mujeres enloquecidas. Hoy, por equivocados razonamientos, se lo suele representar a menudo como un viejecito insignificante, con galera y bastón. Pero jamás como el ente más temible y peligroso de la Creación.

Ignoramos su rostro, hemos perdido su filiación. Para volver a sindicarlo podemos ir exponiendo las cosas que no puede ser, y, por sucesivos descartes de imágenes, hemos de llegar a la que le corresponde.

Por ser la negación de todo, jamás se podrá describir al Diablo con afirmaciones. El Diablo es el resultado de muchas cosas que no son. Es una resta total. La forma externa puede adaptarla a gusto, pero por sus costumbres, que son constantes, le descubriremos.

No puede ser mujeriego, pues la mujer es creación de Dios y requiere ternura, pasión y paciencia, y el Diablo está horro de toda exaltación. No puede amar, no puede desear. Su soberbia se lo impide. No puede amar más que a su persona o a las obras de sus manos, que es una manera de amarse a sí mismo y por tanto de negarlo todo.

No puede beber vino, ni emborracharse con alegría, pues el vino es creatura de Nuestro Señor, a quien le plació multiplicarlo para que abundara en las alegres fiestas, donde, encarnado en hombre, gustaba charlar y reír. Recordemos su primer milagro de Dios Vivo. Fué en las bodas de Caná; allí transmutó el agua en óptimo vino. Jamás se le ocurrió el convertir todo el vino en agua como desean los austeros herejes contemporáneos.

El Diablo no es un tronera, no es una cabeza loca. Lucifer no fué precipitado del cielo por pícaro alegre, sino por soberbio, por rígido, por sentirse capaz de juzgar al prójimo, de tal manera que al mismo Dios convirtió en reo de su austeridad. No se alzó contra Dios en una loca, bella y desordenada aventura a lo latino —al estilo de caudillo anarquizador—, sino buscando imponer un orden rígido, uniforme, único.

No puede ser varonil, pues el hombre es la semejanza de

Dios. Así, apoyándonos científicamente en Otto Weininger y los psicoanalistas, sabemos que lo malo del hombre es la feminidad aflorante. El Diablo con figura de hombre debe ser blanduzco, feminoideo, y tanto, que, dado a elegir entre un espectáculo de atletismo y una alcoba pecadora, pide de seguro el stadium. Tan poco hombre es, que otros lo han intuído. Heine lo supo y creó una Mefistófela. Pero tampoco puede ser femenino del todo. El Demonio es híbrido, no es ni carne ni pescado. Es un reprimido. Si es casto lo es por frialdad, no por amor a cosas superiores, como los Santos vírgenes.

Como no es tolerante, no cae en los pecados en la forma mínima en que nosotros solemos precipitarnos. El pecar sencillo implica creer en la enorme tolerancia divina y afrontarla, y el Diablo no se atreve a nada. El demonio es un contenido. Sus pecados no son de acción, son de omisión.

La voz del demonio no puede ser de gravedad y seguridad viril, por lo que es dueño de una voz atiplada y enérgica.

Juzgando al caído es implacable, no concibe la tolerancia ni con él mismo, no se perdona obligación alguna, jamás falta a las citas, siempre llega a horario. Su intolerancia para con los demás la ensaya consigo mismo. Come, pero no saborea la comida. Odia los sabores, por ser regalos de Dios. Así que come vitaminas rápidamente, repugna de las saboreadas sobremesas, se las arregla con píldoras y agua de Seltz.

Es abstemio y cuando cata el vino lo hace sin gracia, sin sensualidad, sin conversación. Las mujeres no le atraen, pero suele tenerlas, pues precisa tener algo que le impida ser casto, aunque no tanto como para permitirse ser sensual.

Prácticamente no peca, no puede hacerlo por la sencilla razón de que él es el pecado mismo, la esencia del mal, el impulsador, el motivo. Su actuación no da motivos de juicio, no por decente sino por frío. Es cuáquero, teme el "qué dirán" y eso lo contiene, pero ¡guay del que a su lado caiga! Es —y no

lo dudo— la viva imagen de un pastor protestante que dice tener todo y no tiene nada.

Para atrapar al demonio, para resolver el valor de la equis, es imprescindible conocer previamente sus objetivos; qué busca y cómo actúa, capacitándonos para deducir su presencia, cuando, disfrazado, desea sorprendernos, precipitándonos a errores.

El Diablo es el enemigo de Dios. Enemigo acérrimo, resentido, sin posibilidad de concordia ni de triunfo, pero implacable, pues no olvida que en un tiempo fué Lucifer, el primero de los ángeles, el encargado de portar la luz. Y no hay peor adversario que quien en un tiempo fuera amigo.

Su triunfo mayor hipotético sería acabar con la obra de Dios, y no pudiendo quebrantarla, no teniendo capacidad de destruir una pulgada de la creación, en su esencia, se complace sutilmente en desviarla de su meta, en encauzarla a la perdición. De esta manera actúa distrayendo la atención de los servidores del Señor. Incitando, no a la impasividad, sino a la acción, a una acción errada y violenta que lleva dentro de ella los gérmenes de la destrucción.

Su artificio estriba en convencer al hombre de que sus fuerzas son ilimitadas y hacerlo afrontar tareas sobrehumanas, que los incautos aceptan impulsados por soberbia y vanidad. Por lo tanto, desproporcionadas a sus fuerzas. Tan grandes, que quien las enfrenta, agotado, pierde las alegrías de su alma.

El Diablo es padre de campeones, incitador de records de esfuerzo, pues todo esfuerzo excesivo es destructor.

Para lograr engañar al hombre hasta se atreve a utilizar el divino nombre de Cristo, pero, temeroso de la forma divina, aparta la imagen del Señor de sus maquinaciones. Su mayor acierto —su casi único vehículo— son las herejías que siempre son iconoclastas, enemigas y destructoras de imágenes.

Siendo el único fin del hombre llegar a ser Ángel, el único motivo del Diablo está en procurar impedir tal propósito. Aplicado a ese objeto, sus actividades son múltiples, actúa en todas

partes. No solamente en las cosas de fe, en los dogmas y los ritos, sino en todos los actos del hombre, al parecer ajenos a ese fin, pues, aunque se lo haya olvidado, nada hay ajeno a nuestro divinal destino. Todo gravita en favor o en contra.

Nada hay extraño al único esfuerzo lógico de nuestra vida. Todo, todo sin excepción, debe contribuir a ello. No hay oficio, arte, pensamiento, que pueda eliminarse. En todo está la búsqueda de Dios y también en todos los lugares está oculto el demonio con sus artimañas para impedirnos llegar a Él o para demorarnos.

No es posible denunciar todas sus transfiguraciones, pero sí las principales que permitirán buscarlo por propia cuenta a quienes deben contribuir a aniquilarlo.

Cuando las Sagradas Escrituras nos hablan del Espíritu de Dios flotando sobre las aguas, no especifican sobre qué aguas, pero es fácil dilucidar que era sobre las cálidas, azules, transparentes aguas del Mediterráneo, y no sobre las gélidas, opacas aguas de los mares polares.

Dios ama los climas cálidos, los mares tibios; por eso su hijo nació en Asia Menor, no en el polo o en sus inmediaciones.

Por lo contrario, su enemigo se domicilia en las zonas frías, y el rechinar de dientes de los condenados puede ser por causa de aterirse en hielo.

Podemos asegurar que su guarida y el campo de sus grandes éxitos son las zonas de la tierra que por su clima áspero dificultan la plantación de la vid, pues sin viñas no hay vino y sin vino no hay misa.

En las regiones sin viñedos es donde domina y donde gusta el Diablo de hacer burla del Creador. Creyendo sustituir al sol en invierno con calefacciones excesivas y despreciándolo en verano con refrigeradoras congelantes; por llevar la contra al Creador logra que se sienta frío en verano y calor en invierno.

☆

EL DIABLO, SUS TRAJES, LA MODA Y LA TEORÍA MULTICOLOR

Indagando la vestidura del Demonio hallé misterios cromáticos de insospechados alcances; descubrí actos al parecer inocentes que derivan en gravísimas consecuencias; en fin, una serie de hechos verificados que expongo con el nombre de la Teoría Multicolor.

Los colores son la alegría de la naturaleza, son regalos de Dios, y para sus criaturas, para sus animalitos, poderosas armas de atracción.

Aquél de más rico colorido es eróticamente más agresivo. Generalmente, el macho. Cuando la policromía se encuentra en la hembra, es ésta la buscadora, la enérgica. En ciertas aves, ella ocupa el lugar del caballero en el tan agradable pero tan antiestético momento esencial.

Siempre el dueño del colorido es el que lleva la energía.

En la naturaleza, todos los animales corroboran la teoría multicolor. Tenemos ejemplo entre las aves: la que tiene plumaje brillante, es quien posee la iniciativa amorosa, quien ataca y exige. El faisán macho, el ave del paraíso y el cuervo marino presentan un pronunciado diformismo y decromatismo sexual a favor del término masculino de la pareja. Es el macho el que danza, pelea y acosa a la hembra, la cual, por contraste, tiene el plumaje deslucido y es tímida y sin iniciativa. Pero, cuando la hembra es andromórfica, es decir, que tiene mayor tamaño, más vistosos adornos y plumaje mejor coloreado que el macho, ella es la que lleva la iniciativa, detenta el carácter agresivo y delega en su consorte los deberes domésticos. El ejemplo más típico lo presenta una hemipodas, de la familia de las rállidas, llamadas Turnix Taigor, conocidas en la India y Malasia con el nombre vulgar de "codorniz combatiente". En la época del celo, la hembra, que es más grande y más vivamente coloreada que

el macho, lanza llamadas sonoras, y cuando atraído por ellas surge un candidato, las hembras se traban en dura lucha para conquistar sus favores. La triunfadora obsequia al elegido con una golosina y lo arrastra al pecado. Inmediatamente lo abandona, dejándolo al cuidado del nido donde ha puesto dos huevos fecundos, que él se encarga de incubar como se encargará mas tarde de la crianza de los pichones. Ella, poliándrica y paranoica, sigue repitiendo estas aventuras fisiológicas, dejando maridos engañados y cargados de hijos.

Lo mismo ocurre con la Ranchaea Capensis, una zancuda semejante a la becacina, y con los Falaropos Superbóreos.

Lo curioso es que en la pareja de aves en que macho y hembra tienen plumaje semejante, sin predominio de uno sobre el otro, la iniciativa y agresión amorosa es mutua y el ataque puede partir tanto del macho como de la hembra. Los dos incuban alternativamente y colaboran para criar los pichones.

En tanta erudición plumífera he olvidado el noble, generoso y polígamo gallo, tan bueno que, encerrado varios días y sin alimento, no come hasta que lo hacen sus esclavas, las cuales, como es sabido, no tienen ni cresta ni espolón.

Los colores son armas poderosas de incitación y los animales que no los poseen, no corren, no bailan, no revolotean, tratando de inducir a su pareja, sino que, apáticos, son dominados. No importa quién sea el macho, quién la hembra, la ley es inexorable: "El opaco es un impávido motivo de los ataques de los policromos".

El que lleva en sí más colores posee la capacidad de atraer y atrapar más individuos del otro sexo para su solaz.

En el hombre, la ornamentación es no sólo un regalo de Dios, sino también el producto de su propio albedrío, de su voluntad, y según ella se adorna, se caracteriza, cumpliendo una obligación estética. Tan importante es la ornamentación que la falta de ella es decadencia.

Mientras que a las bestias las ha llenado de color, en

cambio no les dió variación. El hombre, aun sin mayores adornos naturales, posee la ventaja de colocarse en el marco que desee, por su propia y libre voluntad.

La alegría cromática corre paralela con el vigor en dominar la vida como un peldaño en busca de Dios. Por eso es lógico que Satán trate de desviarlo, de opacar los ornamentos. En el abigarramiento de los templos católicos y la frialdad de los heréticos hay una prueba.

En lo que nos fué dado estudiar de la historia del Occidente, con respecto a la vestimenta masculina, vimos que el hombre, hasta mediados del siglo XIX, fué mucho más policromo que la mujer en el vestir.

En la Edad Media, el uso de los cosméticos era reservado exclusivamente a los caballeros, que marchaban a los torneos con la cara pintada como coristas, matando y dejándose matar para impresionar a las pálidas mujeres.

Los trajes femeninos casi no varían en lo fundamental en los últimos treinta siglos. Siempre se usaron faldas más o menos amplias, ocultando alternativa o conjuntamente pecho y cola, pero indefectiblemente largas hasta 1918. Las galas de los hombres fueron de un extremo al otro hasta esa fecha. Usaron polleras cortas y largas, pantalones ajustados y flotantes, sobrios o con puntilla, pelo largo y corto, rizado y lacio, bragas púdicas o impúdicas, y todos los colores del iris.

Puedo precisar la fecha de la transformación: fué en el año 1799; a partir de entonces, la mujer se apropia del color y la forma, y con esos dos talismanes, de todas las virtudes cromáticas. Desde ese momento, la mujer, abigarradamente adornada, está en vías de ser la que lleve el cetro. Hoy en día es común que sean ellas quienes pidan casamiento y quienes lo deshagan, las que buscan y llaman, las que inician la corte, las que dominan en todo. Al culpable de esto lo identifiqué en un inglés anglicano y homosexual, que murió soltero y loco, llamado Jorge Bryan Brummell. Fué quien impuso la moda del hombre

sin colores. Fué un ataque terrible, por lo victorioso y por sus consecuencias. Con su belleza física, con sus desplantes esotéricos, proscribió el color de la vestimenta de los caballeros. Un gris, como una niebla, cubrió los chalecos balzaquianos, los pantalones amarillos chillones y las casacas de terciopelo rojo. El triunfo del hereje Brummell fué rapidísimo. La humanidad masculina, convertida en un rebaño, lo siguió.

Sólo ahora, después de un siglo tan puerco, en que el homosexualismo llegó a ser una característica amable y tolerada por la sociedad, parece que recuperaremos los colores. De no hacerlo, me atrevo a declarar, con soplo profético, que el hombre perderá la energía creadora.

La misma facultad de crear derivada del sexo está vinculada a la táctica de la fascinación y conquista de la hembra.

EL DIABLO Y LA MODA

Al desenmascarar el ataque de que nos hiciera víctima el demonio, por medio de su agente Brummell, nos enfrentamos con un mecanismo que usará y usa en sus tortuosos procederes: "la moda".

Gramaticalmente, la moda es el modo o costumbre nuevamente introducido, en especial sobre trajes y adornos; o es el dominio o influjo que ejerce sobre la sociedad la afición a esas mudanzas.

La moda, la inocente moda, es una de las más eficaces armas de Satanás. En efecto, su impulso gregariza, unifica, predestina. Cuando ella asoma la nariz, el libre albedrío desaparece.

La perpetua sumisión a la moda ejercita a sus víctimas a obedecer, a desplazarse, no ya individualmente, sino en masas;

las acostumbra a imitar y a tomar como propio el error del vecino.

La propaganda es el arte de imponer un uso o un producto. No es más que la habilidad de imponer una moda y, lógicamente, por ser maniobra demoníaca, culmina esta especialidad entre herejes luteranos.

Un buen jefe de propaganda sabe de antemano cuánto cuesta y hasta dónde llega la idiotez colectiva.

Pero así como la "propaganda" herética nos lleva a ansiar beber Coca-Cola o fumar Lucky Strike, o a leer "Selecciones" del Reader's Digest, la moda es la que influye sobre el cuerpo.

También por moda se llega a los suicidios en Alemania cuando Goethe publica su Werther e impulsa a matarse a más de cien idiotas rubios el primer año, identificados con el héroe del adulterio sin consumar.

Goethe, el mensurado hereje, no imaginó que sus páginas las dictaba el demonio para aprovechar el mecanismo de "la moda" en su cosecha de almas perdidas.

El demonio odia la luz, el color, y sobre todo la forma del hombre, por estar hecha a semejanza de Dios. Hace siglos, como serpiente, tentó a Eva, la engañó, induciéndola a comer el fruto prohibido. Es que le repugnaba la forma de ella, la forma develada en su inocencia, y gozó al verla, llena de vergüenza, cubrirse de hojas. En ese momento, Luzbel crea la profesión de modisto e inicia los zigzagueos de la moda femenina.

Aunque sobre el hombre también ejerce sus embrujos, más destacados son los que ejecuta con las mujeres: las negras del plato en la boca, las de cuello de jirafa, las chinas de pie equino, los corsets estranguladores de la occidental del siglo pasado, los zapatos deformantes y juaneteadores de hoy día son pequeñas muestras de su arte.

¿A quiénes usa de agentes el demonio? A modistos putos, maricas, homosexuales. La mujer ignora a sabiendas que quien

dicta la moda es su enemigo natural y que por no amar a las mujeres trata de destruir, no de enaltecer sus formas.

Recuerdo mi angustia al leer el año pasado la última orden de uno de los más famosos modistos franceses: "Este año las mujeres no usarán pechos, ni caderas". Temeroso de que se difundiera rompí en minúsculos trozos el escrito.

¡Oh, los pechos de nuestras mujeres en las manos de maricas!

Año tras año cambiando de tamaño y lugar. ¡Cuántos artefactos de tortura, con los que las pobres mujeres no hacen más que deformarse y relajar sus músculos tensores! ¡Qué obra destructiva ha producido la simulación! ¡Cuántos estragos en tan bella arquitectura, cuánta falta de respeto, cuánta falta de amor! ¿Cuándo exorcisarán al demonio las mujeres y volverán a lucir lo que tienen?

Otra parte femenina suculenta, víctima de los modistos homosexuales, son los hombros ocultados tras absurdas y varoniles hombreras. ¡Y qué digo de las caderas y de los pies!

¿Cuándo recuperará la mujer autoridad sobre su propia ornamentación? ¿Cuándo quitará a sus enemigos el cuidado de su belleza, cuándo comprenderá, hojeando la moda pasada, el ridículo, la deformación de que se la hace víctima?

La prueba de las periódicas locuras colectivas se tiene al hojear los álbumes de fotos familiares. ¡Horrores!

¿Quién no recuerda los sombreros ocultando los ojos, las bellas frentes desaparecidas, la cadera en las rodillas y las rodillas en la cadera?

¿Cuándo descubrirá al demonio y volverá a ser cada mujer lo que es?

Pero peor que la moda en la ropa, que puede quitarse, es la de los gestos. Así cuando el romanticismo amasaba las cabezas, las mujeres se desmayaban con facilidad y un regalo de buen gusto era el de un frasco de sales aromáticas para hacer reaccionar a quienes perdían el sentido; adminículo éste que no po-

día faltar en el bolso de ninguna dama. Hoy día no creo exista ninguna mujer que se desmaye por aquella causa. En la Argentina las mujeres tienen por bien llevar un rostro displicente y ponerlo casi nauseoso de indiferencia, en cualquier nuevo lugar que entren. La vista la llevan fija, perdida. Nadie debe darse cuenta si miran o no miran.

Otra característica de la mujer argentina es la de vestir de riguroso negro en las cenas importantes. En un momento creí que era para mostrar la firme vocación de viudez que al casarse adquiere toda mujer. Pero no es un color de intención, pues las intenciones las llevan siempre ocultas; es la moda demoníaca, gregarizadora, que las iguala a todas en una.

También los caballeros, a fuerza de uniformarse por fuera, llegan a uniformarse por dentro. De donde proliferan los peinados cachetada, tan en boga entre los "orilleros", igual que en otra época los ranchos o los chalecos de piqué uniformaron a una generación.

El diablo y sus putos maricas acólitos seguirán dictando la moda como lo hicieron por milenios, e imponiéndolas especialmente a las mujeres, con la excepción de las túnicas griegas y de los saharis hindúes, únicas vestimentas que develaban lo develable, tal como Dios lo hizo para alegría de los ojos e impulso de las sanas intenciones varoniles. Lleno de fe, espero que llegará el momento en el cual, libre de las trampas herético-demoníacas, pueda el hombre buscar en la bellaza la verdadera imagen de Dios.

☆

Después de estas observaciones sobre color y moda, es fácil dilucidar cómo viste Satanás.

No es posible que lo haga con el abigarramiento alegre del hombre sano y libre, ni en copia de las coloridas criaturas de Dios.

No puede estar de acuerdo con la policroma liturgia católica, sino con los blanqueados muros, con las sobrias y monocrómicas iglesias protestantes.

No puede usar barba, pues este ornamento es la aceptación y el aprovechamiento de un don de Dios.

Usa sombrero, pues cuanto más puede ocultar de la forma, más le placerá. No se lo saca ni en lugares cerrados.

No puede llevar toga, ni manto, ni capa; viste sobriamente a la moda y en ella goza ocultándose entre otros. Todos iguales como rebaño.

Para despistar es posible que en las corbatas o pañuelos se llene de color, pero no lo hace para diferenciarse, sino para igualarse al prójimo.

LA INÚTIL BÚSQUEDA DE LA OTRA EVA

La literatura francesa hizo del "amantazgo" una institución insustituíble. El adulterio, por influjo literario, dejó de ser pecado para ser moda, y como moda perdió la gravedad por considerárselo de uso pasajero.

Es de meditar el porcentaje de uniones irregulares determinadas simplemente por cumplir con un requisito de novela picaresca. Yo confieso que en la gran mayoría de los casos he caído porque "estaba bien el hacerlo". Porque el prójimo lo hacía y no queriendo ser menos que él, caí en algo peor que ser menos: fuí igual.

Al meditar sobre el adulterio como moda, descubrí otra causa infernal. El demonio infiltra la idea de la existencia de otra Eva distinta de la única conocida. De esta manera, el engañado trata de hallar en otra mujer lo que no encuentra en la propia y es, al parecer, un adúltero cuando sólo es un optimista que intenta encontrar la perfección imposible. Y en esta búsqueda pierde su tiempo, hasta que, iluminado, adquiere la tierna tolerancia que lleva a amar los defectos junto con las virtudes que tienen nuestras mujeres.

El hombre cree posible hallar una mujer que no se preocupe básicamente de la ropa. ¿Dónde la encontrará? En todos los idiomas, latitudes y alturas existe la frase hecha de: "¡No tengo qué ponerme!" Este modismo es superior a ellas. Trátase del llamado "complejo de la hoja de parra". Desde el momento que su pecado le hizo sentir su desnudez, tan profundamente precisó la mujer cubrir su vergüenza, que desde ese preciso instante toda ropa le parece poca y siempre cree que "no tiene qué ponerse".

Por extremo de maldad el diablo sugirió la hoja de parra, hoja caduca que debe cambiarse todos los años, y no una hoja perenne.

Capítulo IV

NORMAS DEMONÍACAS

LA LEY DE PIGMALIÓN Y GALATEA

Esta ley encierra otro de los artilugios del Demonio; más que la repetición de un mito, es una de sus más hábiles maniobras.

El loco impulso que lleva al artista a amar la obra de sus manos, tanto que no hace más que repetirla, conviértese en rutina tal que se veda a sí mismo toda otra posibilidad de búsqueda, pues la renovada creación artística no es más que búsqueda, camino.

Embelesado con su criatura, olvida que a Dios hay que amarlo en sus múltiples imágenes, y el dominado tiene una sola idea, una sola forma, preso de su monomanía.

Los modernos llaman a una exteriorización de esta posesión demoníaca, deformación profesional. Son presa de ella todos los creadores que no tienen el valor de matar y negar su propia obra en la constancia de que lo visible es superado por lo espiritual y que toda obra, por perfecta que sea, no es más que un peldaño para acercarnos a Él, peldaño que hay que trasponer y olvidar.

Recordemos. Pigmalión modela la figura sin alma de Galatea. Del duro mármol brotan los senos túrgidos a la vista, surgen los muslos, se descubre el vientre, y es tan bella que enloquece de pasión a su hacedor.

Tanto gime Pigmalión y tanto ora, que el Demonio, no los dioses olímpicos, como creyera, le juega la broma más cruel

que puede concebirse contra nadie, broma que estriba en darle lo que pide, pues el hombre nunca sabe lo que quiere. Así el diablo infunde vida a la piedra, y Galatea —la hechura de Pigmalión— consuma cruelmente su conquista del hombre, lo subyuga, lo domina, lo toma para sí, y el escultor pasa a ser un desgraciado esclavo de su propia creación.

El mecanismo de este mito se repite con mil disfraces. Desde Ícaro —víctima de las alas de su invención, cayendo destrozado al querer llegar al sol— hasta el moderno Frankenstein y todas las historietas de robots que destruyen a su inventor, son aceptadas con gran beneplácito por la mayoría, pues está latente la convicción de que el hombre desencadena fuerzas superiores a él mismo.

El hereje Bernard Shaw trata de engañarnos quitando peligrosidad al mecanismo diabólico. Así nos da en su Pigmalión una versión optimista, sin variar la moraleja "el hombre es dominado por su creación". Apoyándonos en los viejos mitos o en las nuevas comedias, en sucesos reales históricos o contemporáneos o en novelas de pura imaginación, enunciamos y denunciamos un sistema demoníaco a que da lugar la que llamaremos "ley de Pigmalión y Galatea".

DOS EJEMPLOS LITERARIOS

UN VENCIDO: CONAN DOYLE

Sir Arthur Conan Doyle, en sus conocidas novelas policiales, crea un personaje: un detective, deductivo y valeroso, Sherlock Holmes. Tanto éxito tiene, que debe dedicar sus horas y su ingenio a nutrir al insaciable perseguidor de criminales. El autor comprende el peligro que implica tal éxito para su genio creador y entonces aparece el archicriminal coronel Moriarty,

quien mata al héroe inmortal en el cuento titulado "El problema final".

Los miles y miles de seguidores de Sherlock Holmes se rebelaron contra esta prematura, justa y forzada defunción. Se hicieron manifestaciones de protesta frenta a la casa del autor y de los editores, exigiéndoles la resurrección del héroe de la pipa. Sir Arthur no tuvo energía suficiente para dejar muerto a quien, como un vampiro, le chupaba vida creadora y, a diez chelines por palabra, lo devolvió a la vida en "La resurrección de Sherlock Holmes". Fué un error que Conan Doyle pagó carísimo, pues la posteridad sólo lo recuerda a él a través de su ficción.

Su imaginación, capaz de producir cuentos como "La muerte del mundo" o extraordinarias novelas del tipo de "El mundo perdido", fué uncida al personaje policial y jamás pudo salir de allí.

Por debilidad, el creador de Sherlock Holmes fué dominado por su creación, perdiendo la oportunidad que no perdió Heriberto G. Wells, de ser el creador de las magníficas historias de fantasías que exige el hombre moderno, capaces de exaltar su imaginación creadora.

Hoy, Conan Doyle es sólo el padre del detective Holmes. Nadie lo recuerda; hasta su propio rostro se desvanece entre sombras frente al nítido perfil de gorra y pipa curva . . . Su nombre se pierde tras el de su creación. Conan Doyle no existe, ha sido absorbido por su robot, por su Galatea, por su Sherlock Holmes. El demonio triunfó matando un talento.

UN VENCEDOR: WILLIAM SHAKESPEARE

William Shakespeare venció al demonio. Es la prueba que tengo de que Shakespeare fué católico.

A los personajes del Cisne de Avon no puede dárseles ni quitárseles mérito, ni puede compararselos entre sí. Todos son inmortales, también el fanfarrón Sir Juan Falstaff. Pero su vida, su génesis, tiene un mérito especial que lo eleva sobre sus hermanos de creación. Más que las razones que le dieron vida son valiosas las que se la quitaron.

Por primera vez aparece Falstaff en la primera parte de "La vida de Enrique IV", como mal compañero del príncipe heredero. Shakespeare comprende el vigor de su personaje, tanto que en el epílogo promete hacerlo actuar como figura central de una comedia que nunca escribió, pero que se anticipó a intitular "Catalina de Francia". El éxito del gordinflón fué tan fulminante en "La vida de Enrique IV" que, como Shakespeare no cumplía su promesa de volverlo a las tablas, el público reclamó la reaparición del fantoche como personaje principal.

Rowe, el primer biógrafo de Shakespeare, nos cuenta que la Reina Elizabeth, queriendo complacer a sus súbditos en algo que a ella no le costaba nada y que por milagro nada costó a sus colonias, le ordenó a Shakespeare que cumpliera su promesa de presentar a Falstaff como enamorado y aquél escribió, en catorce días, "Las alegres comadres de Windsor" con éxito fulminante. Todo hacía presumir que esto llevaría a Shakespeare a repetirlo en otra ficción donde el arquetipo de los fanfarrones también actuaría como personaje principal, mas no es así, pues en "Enrique V", acto segundo, escena tercera, Shakespeare mata a Falstaff sin piedad, sin tener la gentileza de dejarlo presentarse en público por última vez. Lo mata entre bambalinas y de sus últimos suspiros sólo tenemos noticias a través del relato de uno de sus camaradas.

Lo mismo que a Conan Doyle, el público le exigió continuar el personaje, pero Shakespeare era Shakespeare y no se dejó dominar por ninguna de sus creaciones. Consciente y fríamente, lo aniquiló. Lo llevó sin razón a la obra y lo mató sin causa alguna, con las agravantes de premeditación y alevosía. No me atrevo a afirmarlo, pero creo que en toda la obra del dramaturgo éste es el único personaje invisible e ilógico. Es un "chorizo", como decimos los argentinos, en la jerga del teatro. Este episodio es suficiente para demostrar el genio incomparable del dramaturgo, quien pudo eludir victorioso la trampa mortal en que cayó Pigmalión.

Era Shakespeare dueño y señor de su imaginación y sabía que crear exige un gran esfuerzo, pero más grande es el que hay que usar para no dejarse cautivar por la propia creación.

La pigmalionización fija a los artistas en un estilo, en una forma, en un trazo que les impide elevarse sobre lo que crearon. La forma más cruel que conocemos es la de los industriales que no pueden abandonar el mecanismo al que dieron vida. Unos y otros, artistas e industriales, fueron profetizados: son los que adoran las obras de sus manos.

LA PIGMALIONIZACIÓN DE LA RAZÓN

Jorge me hacía notar que en la historia de "Aladino y la lámpara maravillosa" no dejaba de ser chocante que Aladino, el quídam, el nadie, se impusiera al genio, al ser todopoderoso, haciendo que éste realice toda clase de portentos, merced a los cuales aquél obtiene la mano de la hija del rey. El narrador explica el hecho sencillamente, diciéndonos que el genio es esclavo de la lámpara y que siendo Aladino quien posee la lámpara posee tam-

bién el genio, lo cual, según mi amigo, no es una explicación sino más bien un escamoteo.

La historia habla de un genio, y genio es la palabra con la cual en árabe, lo mismo que en todos los idiomas, se expresa la inteligencia monstruosa.

Pues bien, la historia de Aladino —dice Jorge— nos presenta el caso de un hombre que no es un esclavo de su inteligencia, sino que, por el contrario, él, aunque no sea más que el oscuro e ignorante Aladino, es quien la domina y la pone a su servicio.

En Aladino brilla el fuerte individualismo, pues él no es gregario, es un ser libre, altivo, fanfarrón, personalísimo.

En efecto, la razón debiera ser como el "efrit" del cuento, a quien podemos enviar adonde deséemos y hacerle cumplir nuestros más insignificantes deseos.

He dicho "debiera ser" y no "es", porque debido a una aberración que se explica aplicando la ley de Pigmalión y Galatea, la inteligencia, la razón, suele convertirse en ama cruel de quien debiera ser su dueño.

Es el diablo que ha metido la cola. La razón, regalo inapreciable que Dios nos ha hecho para que lleguemos a Él, es empleada por Satán para extraviarnos, como ocurre, en efecto, tanto cuando abusando de ella y sacándola de su propia órbita la empleamos para discutir los problemas de la fe, como cuando la aplicamos a fabricar ideales, a los cuales los descreídos librepensadores suelen rendirle culto, el culto que le niegan a Dios.

El racionalista es como el solterón que termina casado con la sirvienta; de tal modo actúa monstruosamente en ellos la razón pigmalionizándolos.

En esos casos la razón deja de ser el elemento flexible, sumiso, apto sobre todas las cosas para buscar a Dios y a sus obras y se convierte en un muro opaco que impide ver, oír, oler, sentir.

Su fruto primero, el "ideal", no acepta discusión, no es dogma, sino algo fundamentalmente malo.

Los ortodoxos aceptamos los dogmas como verdades indiscutibles, reveladas por Dios, como el único medio de conocer la intimidad de Dios, los secretos inaccesibles de su esencia.

Con los dogmas no matamos el pensamiento, lo liberamos, ampliamos sus horizontes. Con ellos enjaulamos lo indescifrable y nos vedamos el peligro de perder el tiempo en raciocinios fuera de nuestra posibilidad mental.

La dogmática, que es buena para definir a Dios, dando libertad al pensamiento profano, se convierte en brutal al intentar delimitar al hombre fuera de Dios, pues el hombre, hijo de Dios, no puede ser delimitado por nada ni por nadie, excepto por Dios mismo; precisa su libertad para con ella aceptar a Dios o para negarlo. Y bajo su propia responsabilidad, escalar el cielo o precipitarse en el purgatorio.

Los ideales hacen olvidar que la solución del hombre está en lo real y no en creaciones abstractas; así con códigos, leyes, planificaciones, se desea solucionar los problemas nuestros, cuando de nada sirven ni servirán, si previamente no arreglamos a cada uno por separado. Con hombres impíos las mejores leyes fracasarán y con hombres piadosos las más alocadas han de dar buenos frutos.

IDEAS E IDEALES

El libre albedrío desaparece cuando cambiamos el raciocinio por ideales preestablecidos, cuando por comodidad se respetan ideales prefabricados en vez de ganar a Dios, buscándolo lenta y seguramente con la inteligencia e ideas propias, no fabricadas en serie, para cada fenómeno que debamos afrontar.

Influído por el diablo, el hombre moderno que quiere suprimir toda fe religiosa, no puede librarse de esas otras fórmulas indiscutidas —"slogans"—, que son los modernos ideales, inmunizados contra todo juicio y posibilidad de discusión.

Los prejuicios no consisten solamente en aferrarse a normas reaccionarias y retrógradas recibidas sin revisión, sino también a otras que siendo bellas y generosas son malsanas y nos han sido inculcadas arteramente.

He aquí algunos ideales modernos, bellos, justos y falsos que han tomado vida propia como Galatea:

Todos los hombres son iguales.

Clases oprimidas y opresoras.

Las mujeres son iguales que los hombres y entre unos y otras debe haber interdependencia, no dependencia.

Igualdad ante la ley.

El ocio es el padre de todos los vicios.

La democracia es el gobierno del pueblo.

Noble proletariado.

Burguesía opresora.

Los ideales son superiores al hombre.

La virtud del ahorro.

La dignidad del trabajo.

Humanidad.

Juventud bondadosa.

Inocencia de la niñez.

Ario. Judío.

Delicadeza femenina.

Bondad de mujer.

Libertad religiosa.

Virtud.

Hogar, dulce hogar.

Intuición femenina.

Siglo de las Luces.

Antirracismo. Racismo.

Antisemitismo. Filosemitismo.
Democracia.
Comunismo. Trotskismo. Fascismo.
Cubismo. Naturalismo.
Racionalismo. Materialismo.
Existencialismo. Idealismo.
Ateísmo. Deísmo.
Oscurantismo medieval.
Claridad de la ciencia.
Inspiración poética.
Libertad de pensamiento.
Superioridad de la ley.
Leyes.
Constitución.
Valor civil.
Pundonor militar.
Y todos los ismos que definen escuelas rígidas.

Todas estas fórmulas hechas pueden ser veraces accidentalmente y únicamente en relación al lugar y a la hora en que ocurren.

No intento hacer el catálogo de errores, pero sí indicar que incluyen toda abstracción generalizadora, que siempre es falsa por ocultar al hombre, por colocarlo bajo un común denominador.

No importa cuáles son los ideales que se invocan, no importa si son religiosos o políticos, si democráticos o totalitarios, buenos o malos. Quien los esgrima no piensa sino que pigmalioniza. Los ideales son el culminar de una colectivización de distintas ideas, que, amalgamadas en una escuela o en una doctrina, no aceptan discusión, no conciben la posibilidad de innovación. Para los que poseen "ideales" todo está dicho, todo hecho.

La peligrosidad de los hombres de ideal es superior a toda

concepción. Gracias al apoyo "moral" que han logrado, poseen la fórmula perfecta para no respetar al vecino.

Nuestras contemporáneas experiencias, así como toda la que puede aportarnos la historia, coinciden en que los extremos de crueldad los realizan hombres respaldados por la demoníaca invención de los ideales, que los hacen creerse superiores a todo bicho viviente, verdaderos oráculos de la verdad, capaces de sustituirse al juicio de Dios, capaces de discernir inapelablemente sobre el bien y el mal.

Todos conocemos horrores cometidos invocando a Cristo, invocando al Estado en los totalitarismos, e invocando al pueblo en las democracias.

No hay elemento más apto para mudar un hombre en una fiera que un ideal. Lo irresponsabiliza, autorizándolo a dejar de obrar con su albedrío para hacerlo en nombre de fantasmales abstracciones.

El mejor ejemplo que tengo a mano es el del autor de este buen alegato contra la pena de muerte: "Es un error creer que al malvado se lo detiene en su criminal carrera con el rigor de los suplicios: la imagen del patíbulo se borra en breve de su mente . . . El ejemplo de penas moderadas reprime de la misma manera que el de las penas de exagerado rigor, cuando no se conocen otras mayores. Al hacer los crímenes capitales se ha pretendido aumentar el temor al castigo, y en realidad se le ha disminuído. Castigar de muerte es dar un ejemplo pasajero, y los ejemplos deben ser permanentes. De otro modo ha sido defraudado también el fin propuesto. La admiración que inspira un héroe despreciando la muerte en el acto de recibirla, un malhechor cuando la sufre con valor, también inspira a los resueltos malvados . . . ¿Por qué, pues, continuar contra los gritos de la razón y las lecciones de la experiencia, vertiendo sin necesidad la sangre de multitud de criminales? No basta con satisfacer a la justicia; es necesario además corregir a los culpables. Si fueron incorregibles, hacer que su castigo reporte provecho a

la sociedad. Empléeselos en los trabajos públicos más peligrosos, asquerosos, malsanos".

El autor de estas líneas fué Marat, "el amigo del pueblo", mismo que, meses más tarde, imbuído de ideales de bien público, no vaciló en pleno delirio patriótico en guillotinar a cientos de gentes. Y formula esta frase donde apunta su nuevo estado de ánimo: "El hombre no tiene derecho sobre el hombre; pero los ideales tienen derecho sobre todo, porque vienen de Dios".

He aquí el ejemplo de un caballero, antes y después de tener ideales.

De todos los hombres matados por violencia, los únicos que lo fueron en actos justificables son los devorados por antropófagos, que matan sin ideales, solamente por comer, digna y única razón aceptable para derramar sangre. Mientras que los civilizados lo hacen por razones retóricas, en demostración de su "idealismo".

Mi Padre, Yo y los ideales

(confidencial)

La falta de ideales la heredé de mi padre, que también carecía por completo de ellos. Gracias a esta circunstancia, podía mi padre ser anfitrión amable y llevar a su mesa a sus más enconados accidentales enemigos ideológicos, a los más opuestos caracteres, siempre y cuando fueran ingeniosos y educados. No aguantaba a los tontos, por más antinazis y democráticos que fueran.

Fué su falta de ideales lo que le llevó a amar y a respetar al hombre, cualquiera fuese su investidura. Así amó al cura Trellez y a monseñor Bottaro, siendo anticlerical; tuvo grandes amigos militares no siendo militarista. Es que quien en verdad

es respetuoso del hombre, le respeta su investidura o, mejor dicho, hace caso omiso de ella.

Cuando la última guerra entre bárbaros, apoyó finalmente a las democracias, tanto que, en su agonía, al perder el habla, se despidió haciendo el signo de la V de la victoria.

Su posición fué personal, fué el resultado lógico de su actitud antiestatal. No transó jamás con los Estados absorbentes ni aun cuando Inglaterra y Francia pactaban en Munich.

Apoyaba a las democracias porque éstas eran menos malas que las otras, y en ese momento defendían el libre albedrío (corrijo: parecían defenderlo).

Tan personal fué su actitud, que cuando representantes ingleses quisieron valorar con dinero su apoyo publicitario, los expulsó y jamás volvió a recibir a ninguno. Sus palabras fueron: "Si creen que por putas los apoyamos, es bueno que sepan que en el Río de la Plata hay putas gratis".

Creyó que los gobiernos en guerra no habían hecho más que plegarse a hombres particulares que se oponían a la presión colectivista del Estado. Por lo tanto, a las potencias como potencias, las sabía elementos secundarios a los pensadores.

Sólo creía en las ideas con rostro.

Su libertad completa se debía a que no poseyendo "ideales", éstos no reaccionaban sobre él y no lo dominaban. Podía conmulgar con las masas izquierdistas argentinas y ser en la República del Uruguay blanco tradicionalista. Fué este último su mayor y casi único partidismo, quizá porque ser blanco en la tierra de Oribe no es cuestión de ideas sino de herencia, de respeto al padre y a la familia. Se es blanco en Uruguay, no porque se sea mejor, sino porque se es.

Recuerdo que siendo yo muy niño, por enseñanza de mi tía Tirza, al despedirnos de noche, después del clásico: "La bendición tatita", y su ritual contestación de: "Dios lo haga bueno, m'hijito", nosotros debíamos decir: "¡Antes que colorados, ladrones!"

Yo también acepté ser blanco, como mi padre, en la política uruguaya. Años más tarde, al conocer a honorables caballeros colorados y hasta batllistas, tuve ocasión y motivo de rectificar, pero no lo hice. El "slogan" estaba demasiado metido en mi sangre, era el nudo que me unía a la tierra americana.

Feliz, agradezco una vez más a mi padre el haberme educado desconfiando de los ideales, con la convicción de que no hay más elementos que el hombre y que sólo pueden ser divididos por su capacidad y simpatía.

Transcribo una carta suya, donde define al hombre perfecto, y es una demostración de nuestra común falta de ideales. Como es natural, no menciona ni el bien ni el mal, sino sus posibilidades de creación. Dice así esta carta que me dirigió, respondiendo a una "manga":

"Mi querido sinvergüenza:

"He ordenado a la administración que le entreguen los dos mil pesos solicitados con tanta retórica y tan pocos puntos y comas.

"Si no fuera por su hijo —que es el nexo entre nosotros dos en este largo viaje a la inmortalidad— lo echaría al carajo, etcétera, etcétera.

"Pero como siempre, la persona aquella está sirviendo de chivito emisario, de chivito lustral y osito lavador de los pecados casi unánimes de dos generaciones.

"Que los dos mil pesos le sirvan —¡oh, truffatore del alma!— para engañarse a sí mismo.

"Todo está bien, pero no olvide que el hombre perfecto debe tener:

"1º Un sentido avasallador de las cosas prácticas (sentido terrenal del árbol que desparrama sus raíces en el suelo y lo domina). (Le falta).

"2º Una imaginación inquieta capaz de hacer surgir el "elam" o grito de victoria. (La tiene).

"3º La aglutinación de ambas cosas. (Le falta, le falta).

"4º Un alma apasionada y una comprensión feliz de las pequeñas vanidades de los otros. (Esto le sobra).

"5º Una ínfima reserva de amor y de dinero. (¡Canalla!).

"Y nada más.

"Que su hijo sea peor que usted y que pueda enfrentar la vida sin un déficit de generosidad.

N. Botana.

("El hombre que va a tomar calor cerca de las nieves del Aconcagua").

Hoy sé que el hombre libre de toda sujeción ideal, libre de toda atadura, está en condiciones de poder guerrear contra lo que le impide llegar a Dios. Únicamente el hombre libre de ideales puede burlar al Demonio.

Los católicos no tenemos ideales, tenemos un dogma de Fe que nos impide caer en ellos, y luego, dentro del dogma, la más completa libertad, que es la libertad de equivocarnos si nos place hacerlo.

LA PIGMALIONIZACION DE LA PALABRA

"La palabra es una creación preciosa de Dios, pero la grámatica y la sintaxis son del dominio del Demonio."

La palabra es el más preciado regalo de Dios, es el superinstrumento con que nos ha munido para que podamos, intercambiando razones, llegar más fácilmente a la ruta que nos devolverá al Paraíso perdido.

Fué creada para ser una dócil herramienta, para representar ideas, conceptos, imágenes, sentimientos, para ser el vehículo que nos llevará a una mayor comprensión y afinidad. Pero la palabra ha caído también bajo las argucias del demonio, que la ha perturbado con el ya conocido mecanismo de la pigmalionización.

La palabra se ha independizado. El lenguaje ha dejado de ser un medio; es ahora una potencia con valor propio.

El léxico, por sí mismo, califica, denigra, ensalza, se lo usa sin pesar ni ajustar la palabra a lo que en realidad se quiere o se debe decir.

Hemos heredado un léxico teológico —por ejemplo— y nos es habitual oír, hasta en los sermones, una serie de repetidos sonidos usados por costumbre, más que por su significado.

Cuántas veces nuestra fe debe ponerse a prueba ante un palabrerío mil veces repetido. Es común oír hablar de dolor, tristeza, llanto, para referirse a la tierra, y si bien es cierto que comparada con la futura gloria celestial, la vida no es tan buena, desde que Cristó cruzó por el mundo, la vida es bella, la tierra no ensucia, el aire acaricia y el universo entero es para el católico como un salmo vivo de admiración y amor a Dios.

No estamos ya en un valle de lágrimas. Desde que Cristo llegó, para el católico, el dolor estéril ha muerto, como ha muerto la misma muerte.

Me refiero al léxico clerical por ser donde con más cui-

dado deben pesarse las palabras, pues lo que se dice desde el púlpito se dice en nombre de Dios. Pero más grande es el desconcierto a que nos llevan los filósofos y filosofantes, muchos de los cuales con oscuras voces sibilinas prometen conducirnos a la verdad cuando en realidad nos alejan de ella.

Un palabrerío complicado aparta al hombre de la verdadera luz. Voces abstrusas, complejas, alejan al hombre medio de la filosofía. Los pigmalionizados vociferadores crean círculos herméticos, esotéricos, donde solamente los iniciados pueden entrar.

¿Quién ha tendido esta trampa de las palabras para extrañarnos? Sólo hay un culpable, el que lo bastardea todo, razones, artes, palabras: es el demonio cumpliendo su único fin, apartarnos de la verdad, apartarnos de Dios.

Capítulo V

EPÍTOME DE LA GUERRA ÚNICA

Hombre Contra Bárbaro

"¿Qué persecución es esta? No es otra cosa que la continuación del combate de Lucifer y de sus ángeles contra el Verbo Encarnado. En la tierra como en el cielo hay como al principio y hasta el fin del mundo, los mismos combates, las mismas armas, el mismo fin. Ahí está toda la filosofía de la historia pasada, presente y futura. El que no comprenda esto no entenderá jamás ni una palabra del grande enigma que se llama la vida del linaje humano sobre la tierra."

I. Gaume. (Tratado del Espíritu Santo, 1877).

Los esfuerzos dedicados a descubrir al Diablo, al hombre, en su destino metafísico, no fueron realizados en busca de paz, sino para poder —con ventajas— tomar parte en una guerra, una guerra santa que se desarrolla desde hace miles de años, y el delimitar las fuerzas de uno y otro bando y adiestrar y alertar a los nuestros es para poder aprovechar en su máxima intensidad nuestra capacidad de agresión.

El mundo está en guerra, lo ha estado siempre, desde el principio de los siglos, pero es un error creer que la exteriorización de esa gran conflagración la constituye la perpetua pugna entre las naciones, los sucesos bélicos que dan nombre a distintos momentos históricos. Las guerras médicas, púnicas, de los cien años, de los treinta años, las napoleónicas, etc., no son más que accidentes insignificantes en la única lucha que desde que el hombre es hombre se está librando contra los demonios que intentan desviarlo de su divinal destino, de su senda única,

de la que lo llevará, si no varía su rumbo, a ser como los ángeles, a reconquistar el paraíso perdido.

Las más decisivas batallas de esta "guerra única" no han sido cruentas, ni libradas arma en mano. Las de mayor importancia han sido y son las meramente dialécticas, y son ellas las que por sus resultados han hecho adelantar y han fortificado trincheras del hombre contra los representantes del demonio. Los coloquios del paciente Job son más importantes que Lepanto, Waterloo o Stalingrado.

El que el santo Rey David descubriera la alegría de amar a Dios y bailara desnudo en su honor ante el Arca, sin preocuparse de la opinión de la chusma ni de su mujer, es más importante que todos los choques armados de los últimos cinco mil años, pues con sus hijares transpirados, con su cabeza coronada de flores, con su rostro arrebolado, desterró el terror de Dios-Jehová, premostrando las fuentes de ternura del "Padre Nuestro".

Cristo mismo nos informa que esta guerra que en su nombre libramos no se vencerá con armas y sangre. Al ordenarle a Pedro que envaine la espada, nos proveyó de las armas imbatibles que debemos oponer a sus enemigos, que son inteligencia, caridad y fe.

Para simplificar nuestra exposición develaremos los entretelones de esta guerra única, a partir de Grecia. Y lo haremos en homenaje a quienes, por su perenne juventud de corazón, por su impulso aristócrata, por su amor a lo bello, por su locura de creerse merecedores de que los Dioses alternen con ellos y se preocupen de sus líos domésticos, nos han dado facilidades para creer que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza.

Comenzaremos nuestro epítome con las escaramuzas de los helenos con sus guerras Médicas.

El hombre estaba en Grecia. Ignoramos la serie sucesiva de milagros que permitieron forjar su idiosincrasia, que permitieron al hombre precipitado por sus pecados reptar a tanta altura, tanta que si Dios había elegido por su fe a Israel para que

su hijo naciera de él, eligió a Grecia para que de su madera se hiciera la cuna de esa Roma que iba a crecer por la eternidad.

El hombre griego amalgamado al primitivo, dió origen a la catolicidad. En este momento, se le llamó bárbaro a todo el que no fuera griego, y nosotros seguimos y seguiremos llamando bárbaro a todo el que no sea católico. Porque si sólo los griegos se consideraban hombres, hoy día sólo los católicos pueden serlo.

¿Quiénes fueron estos defensores del campo donde Cristo iba a florecer en la Santa Madre Iglesia? ¿Qué hacían? ¿Qué pensaban? ¿Cómo eran? ¿Cómo se comportaba ese puñado de locos frenéticos, indolentes, chismosos, implacables en el amor y en el odio, que cuando Cristo nació ya eran un pueblo vencido, pero que en Cristo iba a resucitar?

Sabían que sus dioses estaban huecos y por eso perdieron el norte de su existencia, pero lo recuperarían cuando fueran iluminados por la luz de la verdadera fe.

Eran estos antecesores del catolicismo un pequeño grupo de hombres, que gozaban, a costa del trabajo de esclavos, de una honesta y despreocupada medianía.

Tenían esclavos. Otros pueblos han tenido también esclavos que trabajaban para ellos, esclavos en mayor cantidad y mejor organizados, pero los atenienses realizaron un milagro: no se esclavizaron a sus esclavos; como esos otros pueblos, no cometieron la locura de aumentarlos, de organizarlos en empresas poderosas, no se los disputaban. Se conformaron con librarse del trabajo servil para aprovechar el tiempo en conversar, discutir, equivocar, acertar, pensar, reír, crear toda forma de belleza, buscar soluciones para todo, errar, volver a empezar.

Lo mismo que los pueblos católicos de hoy día, estos nuestros antepasados morales solían despedazarse entre ellos, llevados por sus impulsos creadores, por sus conceptos de vida.

Tuvieron para alquitarar sus valores, el perpetuo peligro de Persia. Los persas intentaban deslumbrar a los griegos con sus lujosas vestimentas, con sus cosméticos, con el refinado con-

fort de sus casas. En verdad, los superaban grandemente a los griegos en civilización. Comían más y mejor, eran más austeros en su trato, eran púdicos, honrados. En sus casas poseían baños con agua caliente. En cuanto a religión, eran iconoclastas, despreciaban a quienes adoraban a Dios a través de imágenes en forma de hombres, teniendo por insensatos primitivos a quienes lo hicieran. Consideraban vituperable pedir algo a los dioses en particular.

Tenían por malo los bárbaros persas —a igual que los herejes de hoy día— que los hombres orinaran en común, como a semejanza helénica suelen hacer los de origen hispánico, tanto, que según es proverbio "polla española no mea sola". Sus jueces eran severos y justos. Aborrecían los persas la mentira y la consideraban el primer mal, igual que Washington de niño. Si hachaban un cerezo lo confesaban y afrontaban el castigo. En cuanto al segundo mal: era para ellos el contraer deudas y el no ahorrar.

Al lado de las covachas atenienses, los palacios de esos bárbaros eran apabullantes para quien no tuviera una justa medida de las cosas. Los helenos sólo creaban construcciones de belleza insuperable cuando en la piedra honraban a sus dioses; mientras sus templos estaban atestados de riqueza, de mármoles preciosos, de oro y pedrerías, sus casas eran oscuras e incómodas.

Los griegos adoraban a los más bellos y atrabiliarios dioses, bellos y atrabiliarios porque personificaban sus propias pasiones.

En su paganismo no llegaron a tanto como nosotros los católicos; apenas se atrevían a adorar a dioses con forma y vocación de hombres. Mientras que nosotros hacemos mensajeros y partícipes de nuestro culto a los santos, que son hombres con vocación de dioses.

Los persas, pese a sus progresos materiales, eran "bárbaros" porque ignoraban los valores trascendentales, y los ignoraban por despreciar la charla vana, por haber sacrificado su ocio a un rígido orden estatal.

Recordemos que bárbaro, etimológicamente, significa tartamudo, privado del hablar flúido, no inhumano. Civilización no es un vocablo opuesto a bárbaro. Pueden y suelen estar unidos. Bárbaro es quien no sabe el goce de la charla rápida, el que ignora la conversación interminable, las sobremesas, la utilización del tiempo en vaguedades bellas, no útiles.

Las mismas características se muestran en los que ejercen hoy día la barbarie y en los que sólo ambicionan ser hombres. De un lado, el deslumbramiento del poder material, la calefacción, la refrigeración, los lavarropas, las mezcladoras mecánicas, y del otro, en plena oposición, la charla vana, la despreocupación ante las industrias, productos del trabajo de las manos.

Jamás se le ocurrió a un griego darle valor trascendental a algo que no fuera ingenio. No concibió jamás darle importancia a sus propias creaciones, a sus negocios, al dinero. Ni adorar a los creadores de industrias y reverenciarlos como a reyes.

En cuestiones de religión eran intolerantes. Sabían los griegos que la inconmensurable medida de Dios está más allá de todo razonamiento, así la dogmatización religiosa, la prohibición de indagar la esencia del Creador, les evitó desviar la inteligencia a vías intransitables, a rutas sin fin. Por esta misma razón coincide el auge de la inquisición en España con el Siglo de Oro, y el poder Pontificial con el Renacimiento en Italia.

En pleno gobierno del llamado "Grande" Pericles, prohibieron los griegos, bajo pena de muerte, innovar en astronomía. La muerte de Sócrates no fué decretada por colaboracionista y derrotista, sino por impío. En verdad, Sócrates fué el Lutero de Grecia, y, al igual que el gordo blanduzco de Wittenberg, destrozó los conceptos religiosos, que eran los aglutinadores del alma griega, el único nexo de unión entre ellos y sus colonias y los demás pueblos de origen helénico, nexo quebrado por el racionalismo socrático-platónico. Al quebrarse la unión religiosa, que les permitió pelear como un solo hombre en Salamina, Maratón, Platea, no les fué posible sustituir este aglutinante místi-

co por otro político, que les permitiera organizar una común defensa. Y esta anarquía fué lo que aprovechó Filipo para subyugarlos bajo su hegemonía: a igual que los herejes protestantes aprovechan hoy día que los católicos no se amalgamen en torno a su fe, para explotarlos. Dominación posible sólo por la indiferencia en que hemos caído al despreciar el místico y único elemento amalgamador.

El hombre que existió en Atenas, en Corinto, en Tebas, no creía en las construcciones materiales como elemento trascendental; hoy, que sus mármoles yacen destrozados en el polvo, que sus pinturas se han desvaído hasta desaparecer, perdura lo que valoraron sobre todas las cosas: su pensamiento, su ingenio, su alegría.

De los pelirrojos aqueos de nariz sin arco superciliar, de aquellos locos dolicocéfalos, excesivos en sus pasiones, paranoicos por su vocación, nada queda. Pero sí de su espíritu, que les hacía unir a sus actos un profundo sentido religioso y, como apunta Jaegger un intraductible concepto de "areté", que implica una mezcla de sentido aristócrata y aventurero, de orgullo alegre (no soberbia, que es triste) y de un valor temerario motivado por la preocupación del qué dirían los hombres que pudieran sobrevivirles, pues, como nosotros, al enfrentarse con la muerte, tenían la extraña idea de pisar recién el umbral de la inmortalidad.

No nos quedan ni su voz, ni nos quedan sus formas tan bellas, que justifican el que Dios nos haya creado a su semejanza. Pero sí permanece lo que ellos sabían inmortal: su espíritu en lucha todavía con la barbarie, con los bárbaros, que jamás comprendieron ni comprenden su loco desorden, sus banales parloteos, su indolencia, su idolatría.

El mandato helénico, su soplo inmortal, lo trajeron a nuestra América los católicos conquistadores españoles. Los católicos, como los griegos, despreciadores del trabajo servil (trabajo servil es todo aquel que uno realiza pudiendo obligar a otro a efec-

tuarlo), llenos de "areté", despreciadores de todo lo que no fuera grandeza y tan individualistas y tan libres que no encontraban a nadie digno de ser servido; tan sólo a Dios, y sólo por su amado nombre sabían matar y morir.

Esta forma de ser de los conquistadores de América ya había palpitado hacía siglos en Castilla, como que el gran judío converso, don Alonso de Cartagena, Obispo de Burgos, decía en el Concilio de Basilea en 1434: "Los castellanos no acostumbran tener en mucho las riquezas, más la virtud, ni miden el honor por la quantidat de dinero, mas por la qualidad de las obras fermozas; por ende las riquezas non son de allegar en esta materia (según hacían los ingleses) ca si por la riqueza midiésemos las precedencias, Cosme de Medicis u otro rico mercadero, precedería por ventura a algún duque.

" . . .El señor Rey de Inglaterra, fase la guerra, pero non es aquella guerra Divinal, nin es contra los infieles, nin por ensalsamiento de la fe catholica, nin por extensión de los terminos de la cristiandat, mas facese por otras cabsas . . ."

La materia que trataban en Basilea era la paz del mundo conocido y se logró por un siglo, pues en aquella época las preeminencias internacionales no se fijaban por dinero ni poder material, sino por honor, por los fines que movían a uno y otro grupo de hombres.

Aspiro a que el hombre, el verdadero hombre, el mejor de todos porque cumple con superiores destinos, porque marcha tras el más alto logro que es seguir a Dios, recupere la noción de su valor, que ha olvidado, deslumbrado, una vez más, por los bárbaros ultracivilizados.

El hombre, en cuyo catolicismo está depositada la bandera contra el demonio, el que es producto de la fusión de lo eterno, de Grecia, Roma y Jerusalem, precisa ayuda para lograr su

destino y llegar a ser como los Ángeles. Precisa tener en perpetua vigilancia los movimientos estratégicos de las hordas del Diablo, que, por siglos, desde las regiones nevosas, amenazan nuestras fronteras y vuelven una y otra vez al ataque, insistentes, tercos, tenaces, pese a las derrotas sufridas por el Diablo, oculto en rostro de asirios, de persas, de egipcios, de hunos, de bárbaros descoloridos, bebedores de sangre y de pócimas inmundas como las bebidas de grano, de los enemigos de la vid, los amantes de la cerveza, del vodka, del whisky y de la Coca-Cola.

El Diablo y sus legiones insisten en la ofensiva, pese a sus derrotas, cambiando sus rostros y armas. Los descubriremos, develaremos sus planes y su estrategia, para evitar el triunfo, para impedirles que nos turben e impidan nuestra carrera de Ángeles.

Cuando Charles Peguy prefiere un fárrago viviente a un orden muerto, no ensaya una defensa de sus pasiones, sino de su catolicismo. Pues los católicos son los depositarios, por herencia, del armonioso caos que fuera Grecia. Herencia recogida en el Mediterráneo y generosamente desperdigada por el mundo. Herencia que impone al mundo católico su destino, que se forja al no poder creer en nada superior al espíritu, lo cual hace libres a los hombres ante la creación material. Sufre una aparente decadencia frente a los que sacrifican todo a su producción industrial.

La herencia de la Hélade está en manos de los católicos, por la sencilla razón de que para ser hombre, en el sentido trascendental de la palabra, es necesario ser católico, pues solamente siéndolo se puede abarcar todas las posibilidades gloriosas que hay en cuerpo y alma.

Antaño, todo aquel que no fuera griego era bárbaro; hoy lo es todo no católico.

☆

La afirmación de que la Iglesia Católica es la representante de la bella e inagotable gentilidad, no es infundada pretensión sino demostración realizada por sus propios enconados enemigos. Así los liberales Gide, Laurent, Reclus, Frazer, me ayudaron a encontrar a mis viejos y alegres dioses remozados. Convencido por la verdad de sus acusaciones "que en la Iglesia estaba el politeísmo pagano", me convertí al catolicismo bautizándome el 28 de septiembre de 1947. ¡Sus acusaciones eran ciertas! Los viejos ritos de adoración a Zeus, a Demeter, a Afrodita, Hermes y los Dioscuros han cedido el puesto a nuestros ritos y aquellos dioses han sido reemplazados con ventaja por los santos, con similares características y similares cultos. Nuestros santos son especializados, como lo eran los mitológicos pobladores del Olimpo, pero son mucho más tiernos, asequibles y condescendientes, y las formas rituales no son más que adaptaciones del culto externo grecolatino.

El concepto de Dios es demasiado complejo para que un hombre o un pueblo o una generación de pueblos forme idea aproximada, siquiera, de Él. Como dos corrientes y cien arroyos forman un río, así sumaron sus formas Palestina, Grecia y Roma para que el espíritu de Dios profetizado y hecho carne entre judíos llegara a nosotros, tal como es, Verbo humanado.

Cuando Cristo se hizo hombre, los que lo trataron, en su mayoría, no lo reconocieron, no pudieron saber que era Dios.

Hoy día el hombre común comprende mejor al Maestro que los que fueron sus contemporáneos. Su realidad es tan inmensa que sólo la Iglesia es capaz de lograr su conocimiento, sin premura, meditando por siglos, para entronizar sus definiciones en formas de dogmas de fe, como hizo con la Virgen, que esperó dieciocho siglos para que se definiera como dogma su Inmaculada Concepción. Esta prudente acumulación de conocimientos comenzó a la vera misma del Salvador. Los que a su lado estaban no podían poseer la comprensión plena que hoy día tenemos de Él. Pedro lo negó, aunque luego llorará amar-

gamente su flaqueza; Tomás dudó de su divinidad; Judas lo traicionó.

Basilio Serrano me señaló que Cristo Jesús eligió a Pablo, aunque Pablo no conoció al Maestro, pues en él se amalgamaban Grecia, Roma y Jerusalem.

San Pablo, nacido judío, fué ciudadano romano y apóstol de los griegos.

En San Pablo comenzaron a reunirse los elementos dispersos que forman luego la Santa Iglesia y que desperdigados por el mundo esperaban desde hacía cientos de años el nacimiento de Cristo, los cuales aún no se han reunido del todo, como deben estarlo en el momento del advenimiento final.

Dios, como buen padre que prepara de antemano la cuna de sus niños, había preparado las más bellas formas del culto, las más coloridas, las más musicales, para su unigénito.

Pero hubo que juntarlas, seleccionándolas con paciencia milenaria, obra que todavía no ha terminado, que la Iglesia realiza con la conciencia de su eternidad. La Iglesia es la corriente donde unidas todas las aguas forman el mar en que flota el espíritu de Dios. Llegan a ella, ávidos de justicia, hombres innúmeros, santos y pecadores, y no precisan matar en ellos nada, pues en la Iglesia nada se pierde, todo se gana. No hay que dejar nada en la puerta, sino entrar con todo; Dios no discrimina para aceptar en su seno a quien lo ama.

Con mi conversión al catolicismo no maté mis alegrías; antes al contrario, las extendí al máximo, perfeccionando mis locos elementos. Por mi origen pagano, por las dificultades que debí sobrepasar hasta encontrar a Dios, conozco la enorme alegría de la conversión, de la Seguridad de la Fe, sé que Dios no esclaviza, sino que libera, que vive con nosotros en permanente y alegre contubernio, permitiéndonos abusar de su bondad como hijos mimados de un padre generoso.

El Dios de las católicos, que es el Dios de David, no es autócrata vengativo; es nuestro gran amigo, siempre bien dis-

puesto, a través de los múltiples santos, a resolver nuestros pequeños problemas humanos.

Dios es tierno, Dios es amigo. Sólo exigente en relación a nuestra capacidad, y no la reclama toda, sino un poquito, y no de balde, pues lo que recibe lo paga al contado, lo paga con creces, con el extraordinario goce que da el servirle.

En un tiempo de mi corta y alegre vida, confundí —por amor a lo creado— a cristianos con católicos, a herejes con ortodoxos. Por repugnancia a los arrianos y a su interminable secuela de austeras herejías, ataqué en aquel entonces a todos, parecí ser enemigo de Cristo, pues ignoraba que el Cristo de ellos no era el mío, no era el católico.

En mi gentilidad, amaba al gran dios Pan, "al que todos querían". Recordaba sus manifestaciones, su euforia, su ímpetu de danzarín enamorado, de borracho exuberante. Sabiendo que nada valen las palabras para amar y mostrar amor a las cosas de la tierra, a su semejanza, no titubée en bailar desnudo, coronado de flores, seguro de que mi sangre caliente tendría suficiente elocuencia para exponer mis más íntimos sentimientos al en ese entonces "Desconocido Creador".

Por haberlo apuntado, recuerdo el día que comenzó mi conversión total, mi sumisión plena a la Iglesia, dentro de la cual no he matado mis ansias, que por el contrario son cada vez más fuertes, más pujantes, más gentiles. Fué el domingo 15 de junio de 1947.

Al lado de la chimenea de leña, mirando el fuego, sintiendo el peso leve de su calor en mi cara y mi pecho, oyendo su crepitar, tocaba la armónica, pensaba en aquel párrafo en que Aulo Gelio repite un relato de tiempos de Tiberio. Dice que el piloto Cadmo sintió detenerse misteriosamente su nave, mientras las sollozantes voces de las ninfas marinas hacían oír su trágico mensaje: "¡Cadmo! ¡Cadmo! ¡El gran Dios Pan ha muerto!" Imaginé al Gran Dios muerto, tendido en una pradera; la abarcaba toda su incomparable gigantesco cuerpo, que

lentamente se diluía en luz, tanto que a través de él crecían espigas de trigo maduro, absorbiendo pausadamente su esencia.

Lloré, lloré asustado, no por temor a desvariar, sino porque comprendí que en realidad mi dios estaba muerto.

Sabiendo muerto a mi gran dios Pan, me resigné a su pérdida. Pero luego, al intuir que lo que de Él amaba, lo inmortal, estaba al alcance de mi mano, corrí a buscarlo. Recuerdo cuando obligué al Padre Trellez a indagar frenéticamente las dispensas necesarias, porque no pude demorar una hora más mi bautismo, mi reencuentro con la gentilidad, con el único dios Pan de la alegría, al que todos amaban muerto y resucitado, pues su sangre había abonado la tierra donde se asentaría la Santa Madre Iglesia y entre sus paredes está Él.

El día que por primera vez comulgué, reconocí en la hostia la espiga madura donde mi visión de Pan muerto se había diluído y sentí la profunda y total alegría del encuentro con Dios.

Había amado a Pan por representar la tierra, y hoy amo a Cristo, que es al mismo tiempo tierra y cielo.

¡Cuántos siglos, cuánto amor de Dios para madurar los frutos en que hoy nos solazamos!

El hombre seguro de Dios está obligado a ser alegre, pues nuestra felicidad contribuye a que el dolor de Cristo aminore, nuestra profunda euforia demuestra que sus sacrificios no fueron en vano. La tristeza caracteriza al demonio, que se infiltra disfrazado hasta usando el nombre y rostro del Maestro.

¿Cómo es posible que quien conozca a Dios tenga un segundo de consciente tristeza? ¿Cómo ignora que es pecado grave "dejar pasar por alto partícula alguna de Dios" y que no está bien presentarse ante Él con la cara triste y atribulada?

Lo sé y estoy en la Iglesia en plena alegría. Como buen hijo pródigo abuso de toda prebenda, de todo regalo. Mis impulsos no tienen freno. Es que lo he visto. Es que conozco su generosidad, su tolerancia.

Sé que me perdonó cuando pegué a un desconocido que

comulgando a mi lado mostraba el rostro y el gesto en extremo compungidos. Sé que está mal pegar y pretender ser juez del prójimo. Pero, ¿cómo excusar a quien sintiéndose en Dios no tiene impulsos de cantar y de bailar?

¡Qué difícil es contenerse después de comulgar! Qué difícil es contenerse para no apartarse del comulgatorio dando volteretas, saltando por encima y por entre los bancos, torciendo los sombreros de las viejas beatas, haciendo, como un payaso, reír a los niños y sonreír a los grandes.

Hasta aquí parecerá que este libro trata de religión. No es así. No me atrevería jamás a ocupar el lugar de santos teólogos (soy demasiado claro en mi expresión para imitarlos). Parezca lo que parezca, es un libro de política.

Confieso que este ensayo loco e impolítico, tiene, como fin, un fin serio y político.

Capítulo VI

LAS HUESTES DEL DEMONIO

Las Herejías

"Porque aparecerán falsos Cristos y falsos profetas y harán grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos (si posible fuera) caerían en error."

Evangelio de San Mateo. 24-24.

Los enemigos del hombre han cambiado sus títulos, sus nombres y sus armas, pero son los mismos; hasta moran en ya profetizadas latitudes. Sus normas también son constantes, tanto que es fácil descubrirlos por más que ya no sean los bárbaros que intentaron otrora dominar con armas; sino que, disfrazados, adaptados a guerras más sutiles, se agrupan hoy bajo el común denominador de herejes.

El demonio comprobó con la experiencia de sus derrotas que las victorias logradas con armas, dinero o industrias son transitorias.

Convencido de la ineficacia de la fuerza, cambió su táctica empleando armas más poderosas, más efectivas. Siendo su odio, no contra el cuerpo sino contra el alma, para domeñarla intenta desviarla de sus fines con engañosas y siempre hermosas razones. El mal jamás se presenta como tal y el malvado maniobra para parecer bueno, noble, perfecto, pero llevando oculta dentro la verdadera y única muerte. Pues muerte no puede llamarse a la metamórfosis en que tramontamos en alma, sino cuando estando aún en vida perdemos el fin divinal que ha de guiarnos.

La lucha jamás interrumpida es de compleja estrategia, y por ser metafísico el botín, pocas veces se sabe cuándo se pierde y cuándo se gana. Hay tantos tipos de batallas, hay tantos presuntos triunfos y presuntas derrotas, que muchas veces los falsos resultados hacen caer en el error a hombres bienintencionados.

Empero, esta lucha que tendrá fin sólo con el Juicio Final es imprescindible para el perfeccionamiento de nuestra alma. Como el diablo templó con sus argucias el alma de Job, también el hombre católico templa la suya dejándose esquilmar por agentes del demonio: empobrecido, lleno de lacras, bloqueado por herejes que muestran sus riquezas exteriores como si fueran pruebas de preferencia divina.

¡Qué recia lucha nos envuelve y qué difícil es definir la victoria pues triunfador no es quien aprisiona, quien extenúa, sino quien logra convertir a su opositor en su imagen y semejanza! Una de las más grandes victorias que se recuerda de esta guerra a muerte es la del señor San Francisco, que triunfó sobre el feroz lobo de Gobbio, contagiándole su dulzura. Si le hubiera quebrado con violencia, con rayos, con cadenas, el triunfador hubiera sido la fiera, por haber logrado imponer sus hechos de violencia, de saña, de sangre derramada.

El éxito del enemigo del hombre consiste en deslumbrarlo, fascinarlo, imponerle una conducta que ciega el alma y lo condena a imitarlo.

Todos los días nos es dado observar a presuntos dominadores tomando sobre sí los hábitos que en el comienzo de su contienda intentaban destruir.

La más sutil y efectiva de las tretas del demonio no es la que de frente nos incita a litigar fuerzas, sino aquella que hábilmente nos desvía de nuestras normas; y esta táctica es ejercida en forma de herejía, donde culmina el ingenio maléfico del demonio, donde logra su obra magna en falsas representaciones del bien y del mal.

El Maligno jamás actúa al descubierto, sino solapadamente; oculta su infamia tras aires beatíficos de santo excesivo.

La Iglesia de Dios tiene sus normas; su dogmática no admite discusión ni concesión de especie alguna. Por haber sido formuladas sobre la base de la palabra de Dios, está en ella todo lo necesario para regularnos en nuestro intento de llegar a Él.

Aparte de los dogmas, su doctrina es elástica y comprensiva.

Pero no debemos confundir al que custodia con lo custodiado. Nuestra Iglesia es como el jamelgo lleno de máculas que sostuvo a Cristo sobre su lomo en la entrada de Jerusalem. La Iglesia vale por lo que es, pero más por lo que lleva, y lo hace con paso seguro y lento de asno tozudo, no de caballo árabe brincador, piafante, caracoleante. Ante el terco pollino que es la Iglesia, fácil es crear bellos y austeros conceptos para atacarla y debilitarla. Pero, en verdad, ¿por qué Cristo no se hizo llevar en andas? ¿Por qué no entró bajo palio? ¿Por qué no entró en la ciudad jinete en brioso corcel de sangre ardiente? ¿Por qué Cristo entró en Jerusalem sobre un jumento?

La Iglesia, el pollino de Cristo, cumple su misión con asnal paciencia. Se la ataca por lenta, se la hiere por azuzarla o porque apure el paso, y ella continúa impertérrita, consciente y responsable de lo que lleva sobre sí.

No importarían los ataques a la Iglesia si ésta fuera sólo una institución jurídica. La Iglesia, con sus defectos, con su voluntad de bien, es el hombre, el hombre con todos sus atributos, que caerá mil y una vez, pero que por amor divino volverá mil y una vez a marchar en pos de Dios.

Sin temor de errar podemos decir:

Toda acción contra la Iglesia es contra el hombre.

Toda acción contra el hombre es contra la Iglesia.

No es un juego de palabras; son en verdad la Iglesia y el hombre una sola entidad, una misma cosa. Cada una de nuestras caídas se produce a costa de su dolor y cada vez que ella flaquea, somos los hombres los que sudamos dolor. Y ambos, con todos nuestros defectos, estamos bajo la suprema misericordia, siempre dispuesta a perdonar y a dejarnos probar otra vez.

La Iglesia es el capullo protector de nuestra metamorfosis. Cualquier obstrucción a nuestro divinal destino es en su detrimento, por ser su único fin el ayudarnos a moldear nuestra alma para que lleguemos a portar alas.

Para seducirnos, el enemigo usa de la herejía. Es ésta bella y peligrosa, bella y criminal, bella y terrible, bella, pues sin belleza no se puede engañar.

En un momento admiré "la herejía", por creer que un hereje era un rebelde y a mí me repugnan las sumisiones. Creí que ser herético significaba reaccionar contra los dogmas de defensa de un individualismo celoso de sus prerrogativas. No es así. El hereje jamás ha sido individualista; todo lo contrario, siempre es adocenado y generalizador; enemigo del extremo individual que es el libre albedrío, sustitúyelo por fórmulas que engloban colectivamente al hombre, que despersonalizan todas sus acciones y propósitos.

El hereje intenta trastocar lo divino, que nos cubre sin aprisionarnos como la sombra protectora de un árbol una tarde de estío, y a cambio intenta imponer fórmulas universales humanas, que nos traban y obligan, no en relación a Dios, sino a otros hombres.

Al orden divino, que es tolerante y lleno de excepciones, lo cambia por el rígido orden colectivista estatal, que jamás acepta excusas, que jamás perdona al equivocado. En su falacia, en su luciferina belleza, no hay virtud que no prometan superar las herejías. En verdad, lo logran. Las herejías son en alto grado virtuosas, pero la capacidad del hombre para la virtud, como para todas las cosas, es limitada.

Rememoro a los soldados de Hernán Cortés, huyendo en la noche triste de México. Tan cargados iban de oro que se ahogaron al intentar vadear los canales. Tal es el peso de los excesos, que todos son pecados, hasta cuando se incurre en el exceso de virtudes.

Cristo lo sabía. Queriendo que su Iglesia fuera ante todo humana, no la fundó sobre el angelical San Juan, su discípulo más amado, aquel que reposaba en su pecho en la última cena, el que le acompañó en su martirio, el que no lo abandonó nunca y a quien dedicó sus últimas palabras recomendándole Nuestra Señora.

A Juan, al puro, al Santo, al perfecto, no le encomendó los hombres; los encomendó a San Pedro, aquel que por miedo lo negó. Y Cristo lo sabía, Cristo mismo le anunció lo que iba a ocurrir antes que el gallo cantara tres veces. Pese a tanta debilidad conocida, Dios le entregó a él las llaves de la verdadera Vida. Y Pedro las tiene, Pedro el claudicante, el débil, el que sollozara amargamente después de haber pecado. No las guarda el prístino Juan, el inmaculado.

Por ser de Pedro, la Iglesia conoce la debilidad del hombre y nunca le exigirá a éste que lleve sobre sus hombros el peso de una cruz más pesada de lo que pueda soportar.

Pero las herejías, halagando la inconmensurable vanidad del hombre, le tienden una trampa tenebrosa, lo hacen creerse fuerte y duro, capaz de sostener a un tiempo el peso de todas las virtudes. El iluso, agobiado por carga tan superior a sus fuerzas, cae en la triste austeridad, en la recia intolerancia con el prójimo y consigo mismo.

El hereje no acepta llanto de arrepentido ni risas de perdonado. Sólo desea rostros severos de atribulados por desconocidos pecados sin redención.

La Iglesia conoce las debilidades nuestras y es puntal permanente, báculo, muleta y apoyo de todas nuestras tribulaciones, aun las más pequeñas. Dios no se molesta si una vieja beata lo llama en su ayuda por habérsele perdido un dedal.

Recuerdo que en mis tiempos de pagano creía calumniada rudamente a la Iglesia Católica al oír hablar de curas y frailes llenos de pecados, leves y pesados; los había sensuales, venales, asesinos; también oí decir que en ella perduraban los ritos paganos y que la religión sólo era para hombres débiles.

Llegó el momento en que puse atención a tales denuestos y habiendo comprobado en muchos, muchísimos casos su veracidad, se precipitó mi conversión. Me entregué a ella al saber que la Iglesia, en los hombres que la componen, es humana, susceptible de caer en debilidades. Por tal razón me sentí có-

modo y me atreví a pedir que me abriera sus puertas. No lo hubiera podido hacer si todos sus sacerdotes hubieran sido santos, dechados de perfección evangélica.

Entré por los frailes que fueron pecadores, expertos en picardías, tanto que impedían que me sintiera incómodo entre hombres distintos a mí. De ahí que no sean los tenidos por mejores miembros de la Iglesia los que más me comprendieron y con más ternura me levantan en cada una de mis caídas.

En la Iglesia está Dios, pero los que estamos dentro de ella somos hombres, cuyo mérito no es el ser puros, incontaminados, sino el levantarnos y volver a marchar después de cada caída.

¡Felices los pecadores a quienes jamás nos falta apoyo! Pues en la Iglesia —viña de Dios— hay de todo, para todos. Y ella siempre está dispuesta, como comprensivo padre, a perdonar, cobijar y guiar.

El demonio aspira, más que nada, a romper esta comunión permanente entre la Iglesia y sus feligreses, que es tanta, que los templos católicos son frecuentados todo el día y a toda hora, no sólo como lugar para orar, sino como lugar de descanso o para pasar minutos en blanco, entre cita y cita. El hereje relega el templo al domingo, para ir apartando paulatinamente a los hombres de Dios.

La Iglesia es la custodia de nuestras almas en su pro o en su contra y todo suceso incide en ella. De esta manera no hay pensamiento oculto, no hay acto invisible que no gravite sobre ella, que no la haga penar o gozar.

Todo lo que se haga de acuerdo a ella es bien, es ortodoxia; todo lo que se haga en contra es mal, es herejía.

La herejía, el mal absoluto, no hiere de frente sino a traición; es el arma predilecta del demonio. La da con preferencia a los bárbaros, juveniles, entusiastas, arrogantes, llenos de celo y fuerza y virtudes que esgrimen contra el hombre de Dios.

Capítulo VII

PRE HEREJES Y PRE CATÓLICOS

"El conocer la herejía es vencerla; el anteverla ahuyentarla."

TERTULIANO.

SÓCRATES, EL PRE-HERESIARCA

EL demonio, con la experiencia de sus fracasos, llegó a saber que la fuerza jamás podrá vencer al pensamiento porque la fuerza, si bien domina al cuerpo transitorio, nada puede hacer con el alma intangible e inmortal; actúa en otro plano.

En vista de ello, el maligno tomó la figura de los heresiarcas, de Donato, Arrio, Mahoma, Wycleff, Huss, Zwinglio, Lutero, Calvino, Marat, Robespierre, Marx o Engels; siempre es el mismo Lucifer. Tan es el mismo que a sus distintas actuaciones podríamos encontrarles un denominador común y designarlas con un solo nombre. Pero el descubrirlo bajo sus múltiples disfraces nos ayudará a comprenderlo en distintas etapas de su maldad, porque cada rostro distinto, cada máscara, es una renovación, una innovación. Es el desenvainar de un arma nueva que esgrime cuando las antiguas tácticas, por ser ya archiconocidas de sus víctimas, pueden ser neutralizadas.

En cada nueva herejía, Satán se remoza y perfecciona para poder herir impunemente, inesperadamente, para tener la eficacia que tienen las "armas secretas".

Los heresiarcas jamás comienzan su lucha de frente, a campo abierto, sino bajo forma de sutiles desviaciones mentales. Tras

ellos vienen los ejecutores, los simples herejes, los sicarios, los inficionados del mal, que no poseen poder creador, pero sí capacidad ejecutora, y con ciega obediencia realizan la obra planeada.

El primer heresiarca que desenmascararemos es Sócrates, abuelo de la predestinación, asesino del libre albedrío.

En 1942 publiqué bajo el título "Los pervertidores" una serie de apuntes. Es un volumen de anotaciones para un libro gentilmente anticristiano. Hoy, católico convicto y confeso, al releerlo, veo que dentro de grandes errores de razón, sintaxis y teología, están las verdades que me llevaron a amar sobre todas las cosas a la Iglesia, que posee todo lo que amara del paganismo. También contra ella está lo que me repugnó cuando, despierta del todo mi razón, comencé la dolorosa búsqueda de la verdad.

La verdad está en Roma. Yo comencé a buscarla bajo la tibia sombra del Olimpo.

Mi primera jornada en camino a Roma fué descubrir que Sócrates era un canalla. Hoy sé que es más que un canalla: es el antecesor de todas las herejías, es el pre-heresiarca.

Tanta es su importancia como agente de Satán que sin analizarlo es imposible abocarse a develar los errores que con distintos nombres intentan desviarnos a los hombres de la ruta de Dios.

Comenzó mi comprensión del caso en 1929. Mi padre guiaba mis lecturas; a "Las Vidas Paralelas" siguieron los "Coloquios Platónicos", obras ambas que debí leer minuciosamente, lo mismo que otras, para afrontar exámenes familiares.

El primer error que cometí a la sazón fué leer prevenidamente a Platón, es decir, con la convicción "a priori" de que encaraba en la obra platónica al más grande filósofo de todos los tiempos. Acepté de antemano como perfectos todos sus razonamientos. Además, la gran belleza literaria de la obra facilita-

ba el engaño de que fuí víctima. Pasé por alto todo juicio independiente, acepté cerrando los ojos a Sócrates.

No me encontraba todavía preparado para afrontar al primer pre-heresiarca y fuí su víctima. Mi alegría sucumbió frente a una enorme tristeza. En cada diálogo se derrumbaba un concepto que me fuera amado, sin darme otro en cambio. Sin saberlo, me entregué a un razonamiento falaz, demoledor de toda moral, humillador del arbitrio del hombre, pues Sócrates me llevaba al convencimiento de que todas nuestras creaciones eran erróneas.

Temperamentalmente reaccioné contra esa especie de "predestinación" socrática. Predestinación a estar perpetuamente en error, a no poder contar con la posibilidad de llegar a lo justo, a la verdad. Esto continuó hasta que un día descubrí alborozado la causa de mi tristeza. Estaba bajo la influencia socrática. Y volví a tomar contacto con el filósofo, no como con un irrefutable dictador de dogmas, sino como con un reo. Fuí su fiscal. Y descubrí que Sócrates fué matado con toda justicia, aunque a destiempo, tarde. Pero saliendo de un error caí en otro. Lo culpé de lo que me repugnaba del cristianismo. Por falta de conocimientos, confundí a católicos y herejes, y en mi primer ataque contra el heresiarca, ataqué también a quien poseía lo que yo buscaba.

Algún lector juvenil, y por lo tanto tontamente apresurado, se adelantará a pensar que he caído en un anacronismo, pues el ateniense no podría ser heterodoxo por ser anterior a Cristo. Pero afirmo, igual, que lo era.

Sócrates fué enemigo de la Iglesia quinientos años antes de que ésta naciera. Es que el demonio, miles de años antes del nacimiento de Cristo trataba ya de impedir la salvación del hombre perturbando los lugares donde debía crecer el cuerpo místico del Señor. Por esta razón, el demonio había lanzado a los bárbaros contra Grecia, en su deseo de aniquilar al hombre, y como sus huestes fueron derrotadas, como Atenas y Jerusalem

subsistieron para ser cunas de Cristo, lanzó entonces las herejías como arma secreta.

Los helenos eran custodios de la imagen de Dios y estructuraron el pilar más poderoso de la Iglesia de Cristo, pilar que implica su misma existencia, la autodeterminación de cada individuo, el "libre albedrío".

En Salamina, Maratón y Platea defendieron los griegos las bases de la Iglesia Católica; contra los asiáticos iconoclastas salvaron el culto de las imágenes, culto que respeta las formas del hombre por amor a la imagen de Dios.

El demonio alentaba a los bárbaros. Si Grecia resultó milagrosamente victoriosa, fué porque en ella debía crecer El Esperado. Era la Hélade la tierra feraz donde la semilla divina debía fructificar.

El demonio, habiendo fracasado al lanzar contra los paganos pre-católicos griegos las fuerzas mecanizadas de los persas, probó casi victoriosamente el arma de la herejía por medio de Sócrates, quien hizo posible a Alejandro, inaugurador de la etapa de barbarización que aún sufrimos.

Los griegos unían acción e imaginación y las responsabilidades que esto implica; aunque se dejaron sorprender, ya conocían las sutiles argucias de los herejes, que deshumanizan al hombre petrificándolo de virtud. Por eso desterraron a Arístides, demasiado justo, demasiado austero, demasiado puro, demasiado jansenista. Lo expulsaron temerosos de que su ejemplo quitara la alegría de vivir a los hombres de Atenas, en defensa del hombre que es cúmulo de pasiones. Bien sabían ellos que el excesivamente recto, el excesivamente austero, no está capacitado para comprender ni para juzgar ni para gobernar.

Insisto: el destierro de Arístides fué motivado por el público y justo temor de que su austeridad llegara a conmover el ánimo de los alegres pecadores, de manera tal que, por imitarle, perdiera cada cual lo que era más caro al griego de ayer y al católico de hoy: la libertad del alma. Su responsabilidad indivi-

dual jamás delegaba su libre albedrío. Los atenienses temían que la rectitud de Arístides los impulsara a pedirle que él rigiera sus almas, a delegar en él el sagrado derecho de acertar y de equivocar. Esta sanción fué aplicada a tiempo, no así la que recayó sobre Sócrates, demasiado tarde, cuando ya había corrompido a la juventud de toda la península.

Hasta Sócrates, Grecia fué invencible. Los embajadores y espías persas que llegaban a las costas de la Hélade a sobornar a los peninsulares, retornaban a su corte helenizados. Los griegos, indómitos, derrotaban a millares de bárbaros en Platea, Maratón y Salamina. Esos locos pelirrojos, desorganizados y venales, eran invencibles.

El demonio, fracasado en la guerra armada, lanzó con Sócrates la sutil corrupción de la herejía —prédica negativa— que comienza a sembrar la desazón y la duda en los pechos atenienses, destruye la única fortaleza inexpugnable, destruye en el alma helénica toda concepción individual.

Su demoníaca habilidad estribó en crear el sentimiento de que el hombre es incapaz de todo acierto, inapto de comprender lo justo, lo bueno, lo bello; cada diálogo socrático es una destrucción. Después de leerlos tenemos la convicción de un total fracaso moral, de la absoluta incapacidad de nuestra mente para alcanzar el conocimiento verdadero. Tanto gravitó Sócrates sobre Grecia, que los helenos, entristecidos de pesimismo, dudaron de sí mismos, se sintieron torpes y equivocados.

El gran precursor de los heresiarcas consiguió que el sentido de belleza, de justicia, del bien y mal, fueran excluídos de la concepción individual, para pasar a ser ficciones universales, y, por lo tanto, fuera de toda medida. Destruyó en los griegos la convicción de que los problemas morales son personales y que cada uno tiene más que el derecho, la obligación de resolverlos por sí mismo.

Según Sócrates, sólo es verdad lo que afronta a un voto universal, a un consenso general. Según este farsante xantipado,

el hombre, antes de actuar, debe recabar a todo el universo su opinión.

Con este universalismo socrático desaparece el libre albedrío, se destruye la fe en la propia creación, en el juicio propio, el que se subordina a un gigantesco plebiscito. Si no es universal, no existe nada. Y el César, el superhombre, se convierte en una cosa lógica. Es necesario un hombre superior que dicte, ordene, opine por quienes han perdido su voz y su voto, por quien no se siente capaz de elaborar un concepto, un juicio personal, suyo.

La decadencia de Grecia comienza con Sócrates. Sin su heretización jamás Grecia hubiera caído como cayó, pues Atenas no despareció por destrucción física, sino por decaecimiento de su moral.

Sócrates —a igual que Lutero dos mil años después— declara al hombre torpe, ciego, inútil, incapaz de discernir, de tal manera que quien se inficione de charlas académicas no tiene más alternativa que entregarse a la predestinación divina o a la sustitución de la divinidad, por un hombre providencial o un organismo jurídico que obre y piense por él.

El "hombre", fenómeno helénico, por influjo de la herejía socrática, pierde su individualidad, ingresa al rebaño asiático, se desmorona por las sutiles trampas filosóficas que logran lo que vanamente intentaron conseguir los persas con su poder y su oro.

Resulta una locura considerar a Sócrates dentro del helenismo; es una paradoja estudiarlo como una parte fundamental de la civilización griega en contraposición con el Asia.

Sócrates es el avance de Asia sobre Europa.

Pruebas de la "persificación" llevada a cabo por las escuelas socráticas, son las instituciones que Grecia, influída por Sócrates, importa del otro lado del Helesponto. El xantipado filósofo lanza, en efecto, la idea del gobernante omnipotente, la no discusión de los problemas triviales, la falta de respeto al individuo, la divinización de los jefes. Fué Sócrates quien im-

portó estos conceptos, él fué quien buscó fórmulas universales capaces de borrar las divisiones infranqueables de los dos continentes. Tan importante para su logro como la anulación del hombre ante el poder, fué la deshumanización de los dioses, que, de amenas figuras, pasan a ser temibles hados inexorables y vengativos, sin rostro conocido.

Los viejos dioses, a cuya sombra se mantenía intacta la personalidad de cada ser, son sumidos en el ridículo. El antropomorfismo comprensivo y paternal es demolido, y "la nada", con sus angustias, ocupa lugar en los altares vacíos.

Los viejos dioses, que no eran más que el reflejo de nuestras pasiones, son sustituídos por inhumanas abstracciones.

La fuerza de Grecia, lo que admiramos de ella, estriba en el libre albedrío, en la exaltación del individuo a la aceptación de sus responsabilidades. Recordamos que sus leyes, después de las luchas civiles, castigaban a los neutrales, no a los beligerantes, pues creían y sabían que el pecado máximo es no saber definirse, bien o mal, por una u otra causa.

El Diablo, "Daimon", inspirador de Sócrates, realizó una obra maestra con su discípulo, y pudo hacerlo pues el pueblo de Atenas había cometido un pecado gravísimo, el no haber desterrado a Pericles como hiciera con Arístides y Temístocles. El no haber aplicado el ostracismo al inhumanamente dotado, lo preparó para ser un rebaño.

Pericles allegó a su ciudad riquezas nunca imaginadas. La abundancia material corrompió a los primeros hombres: quizás algunos de ellos comprendieron que el sometimiento por un tercio de siglo se dilataría por cientos de años, pero cuando se dieron cuenta, ya era tarde.

Aunque reconozcamos que el largo gobierno de Pericles indicaba una corrupción contra el sentido de la unidad libre en la vida, aunque reconozcamos que el no haber condenado al ostracismo o a la cicuta a su gran demagogo y proxeneta consorte era ya una falla, no puede considerarse esto más que acci-

dental y parcial. Todavía cada uno de los ciudadanos de Atenas reconocíase tan grande como su jefe y se lo hacía sentir sobre la carne de sus amigos. En Fidias, en Aspasia, en Anaxágoras, cayeron severos golpes de atención para que Pericles no olvidara que sólo era el mejor administrador.

Para mantenerse en el poder, Pericles llevó a Atenas a la guerra con Esparta, concibió una conflagración sin víctimas; calculó que abandonando los campos al brutal espartano, éste, en la época de las cosechas, volvería a sus fronteras y que el comercio que llenaba los muelles del Pireo bien podría suplir a los productos de las campiñas asoladas y él podría perpetuarse en el mando como jefe del país en guerra.

A igual que Lutero apoyando a los príncipes herejes alemanes, Sócrates fué un puntal incondicional de Pericles, como lo fué de todo poder posterior hasta su justa muerte. Fué su apoyo el mayor que la oligarquía ateniense pudo imaginar, cuando, a causa de la dirección desastrosa de la guerra, todo faltaba en la ciudad, cuando en el Pireo no entraban barcos, cuando miles de refugiados, hacinados en plazas y calles, eran pasto del hambre y de la peste. Él ayudó a que no se les culpara a los infames políticos que habían precipitado la ruina, sino a hados metafísicos; creó la teoría de la enemistad de los dioses, del pecado que se paga en desproporción trágica con el castigo, y la de la predestinación; y más que inventar esta última impostura la importó de Asia, donde los dioses se calmaban con sangre, donde frente a la opresión sólo había sumisión, sólo había fatalismo.

Fueron Sócrates y Platón quienes restaron al griego la confianza en sí mismo, quitándole el derecho de tener una opinión, un sentido propio y único de las cosas.

La herejía socrática hizo perder a los helenos seguridad y audacia y ese poder de reacción que en situaciones de peligro los hacía lanzarse sin vacilar, sin solemnidad, a la victoria. Nada pasó frente a Filipo, que bajó de la salvaje Macedonia a con-

vertir a los hombres en rebaño, y pudo hacerlo fácilmente porque, pervertidos, asiatizados, dudaron de su unidad —olvidaron su libre albedrío— y aceptaron que un hombre pudiera ser más que otro hombre; porque creyeron en el héroe, en el perfecto, en el infalible; porque olvidaron que los defectos del hombre eran meras características y llegaron a creer que los podían sustituir por virtudes.

Es significativo que Aristófanes, el espíritu más representativo de la Grecia Gentil, se burlara de Sócrates, y también lo es la amistad que unía a este último con Eurípides, el trágico, otra víctima de la sátira aristofánica.

Esta lucha entre lo cómico y lo trágico, lo amable y lo austero, tiene un significado mucho mayor que una mera rencilla literaria: es el divorcio de dos mundos, es la separación de dos sentidos, y ayuda más que nada a comprender la posición de los corrompidos socráticos. Éstos, representados por Eurípides, son el llanto, la muerte, la predestinación, la sumisión a los dioses crueles a quienes se les justifica las mayores iniquidades, como pasa en "Las Bacantes", donde presenciamos una aciaga subordinación a la predestinación, la misma, pese a la distancia, que la de Lutero o Mahoma.

Eurípides y Sócrates son el sentido negativo de la vida frente a Aristófanes, en quien todo no es más que una fuente de risa, de alegre despreocupación, de leve desprecio a los negadores de la alegría de vivir, de confianza plena en los dioses tratados familiarmente.

Aristófanes se ríe de Sócrates, en "Las Nubes", porque Sócrates enseña a no encontrar diferencia entre lo justo y lo injusto. Hemos sufrido esta perturbación de valores por 2.500 años. Sócrates no debió ser motivo de alegría para sus conciudadanos sino de llanto. Tengámoslo en cuenta hoy día, en que su amo, el demonio, de nuevo ha logrado ser tomado en broma.

El genio herético de Sócrates culmina en "La República" de Platón. Se destruye en ella el concepto de lo justo con la

misma sutileza que en otros coloquios tergiversara los conceptos estéticos más felices.

En "La República", Platón, luego de tratar infructuosamente de encontrar una definición de lo justo, propone una república ideal, una república perfecta, y cree definir lo justo y la justicia como virtud y meta del ciudadano que se amolde a esa república ideal. Es, en una palabra, la entera supeditación del hombre al Estado, supeditación de la que hoy, por desgracia, tenemos en el mundo tantos ejemplos.

En los coloquios platónicos, aunque los personajes sólo tengan la misión de enaltecer las razones socráticas o la de ser fácilmente derrotados por las argucias de la víctima de Xantipa, quedan reflejos poderosos de la grandeza helénica. En uno de los personajes: Transímaco, encontramos, nítida, la indignación helénica contra los corruptores que fueron Sócrates y sus discípulos.

Es un hálito de fuerza, de convicción viril, que irrumpe cuando, indignado, interrumpe la exposición de Sócrates y certero plantea la definición de la justicia aplicada desde un punto de vista empírico, práctico. Sócrates y Platón la vaporizan en un concepto abstracto, no buscan la solución a un problema de derecho, tratan de destruir toda fórmula anterior.

Transímaco no puede menos de reflejar a un griego puro, a un ateniense verdadero, individualista, exaltado, violento, lleno de viveza y de fuego.

Pese al peligro de profundizar un tema, sobre el que debemos pasar superficialmente, no pueden ser pasadas sin mención todas las palabras de Transímaco, todas, una tras otra. Sus definiciones son medidas, claras, reales. Tome quien tome "La República" sin preconcebir que va a leer a Platón para conocer a Sócrates, encontrará en Transímaco al único hombre, al único ser noble de los coloquios, al precatólico que defiende su especie, sencilla y fuerte, contra los alambicamientos de los preherejes.

En "La República" no se encuentra nada humano sino en boca de Transímaco, nada que no sea la destrucción de la fe en el hombre, de la fe en las circunstancias, del valor de cada ser contra la fatalidad.

La frase de Transímaco: "¿Crees qua llamo fuerte a aquel que se equivoca, en tanto que se equivoca?" es la de un católico de un día defendiendo la posible mala conducta del clero fuera de su misión o defendiendo la infalibilidad papal, ex-cátedra, en cuestión de dogma, muy otra de su posible humana y débil actuación en cuestiones humanas.

Platón, en la aplicación de la fábula del anillo de Giges, niega la posibilidad de la justicia a quien la tuviera. Al declarar: "Sólo es justo quien es obligado a serlo", destruye el pleno orgullo del hombre aislado, del que siente que, sólo en una hermita, puede llegar a la santidad, y el discípulo de Sócrates abre así las puertas de la ciudad al invasor Filipo que dictará un concepto oficial de lo justo; en suma, Platón destila aquí la "doctrina de la predestinación".

Lo que queda del hombre en "La República" es un engranaje especializado. Sócrates prohibe todo diletantismo, único camino, único bien capaz de hacer sentir al hombre la fuerza de la tierra en sus dimensiones. Toma la idea de Dios apartada de la fantástica mitología pagana, que no era más que una exaltación de la individualidad, y se acerca al concepto teologal persa, sin nada de humano, sin sexo, sin vicios, sin apetitos, sin alegrías, incapaz de crear ni de tolerar nada que sea grato a la especie.

El relator de Sócrates, en frenesí antihelénico, abomina de la realeza de los cantos homéricos, se avergüenza de las pasiones de Aquiles, del grande Agamenón. Platón conjura la aparición de un héroe que no sea hombre, que no sea una estatua falsa y despiadada. Él no lo vió actuar, pero sí su discípulo Aristóteles.

Cuando Alejandro golpeó a las puertas de Atenas no fué lo mismo que cuando los persas cruzaron el mar y arrasaron la

ciudad. Antes, cada ateniense era un hombre capaz de mandar, mentir, negar, guiar y morir. Cuando llegó Alejandro, la semilla socrática era fuerte —había echado raíces profundas— y ya eran legión los que, inficionados por ella, creyendo en Sócrates, dudaban de sí mismos. Ya habían dejado de ser hombres para ser humanidad. Habían dejado de ser ciudadanos para ser pueblo. Buscando una fórmula universal, habían dudado de las suyas, de las particulares, y les pareció natural y aceptable un jefe que por ellos dictaminara.

Alejandro no dominó al pujante helenismo. El helenismo estaba ya falseado, desvirtuado, aunque los atenienses acababan de consumar una proeza, su última obra maestra, la última expresión de su genio: habían ajusticiado al más corrompido de los hombres, al corruptor de la juventud, a Sócrates. Pero demasiado tarde.

La Hélade estaba cansada y Platón vivió para verla dormida. Y Aristóteles para verla muerta, pues él educó y llenó de vileza a quien iba a entregarla a los bárbaros, a Alejandro.

ALEJANDRO MAGNO, EL GRAN PRE-HEREJE

No voy a caer en el error de creer que un general afortunado pueda, por su sola habilitadad táctica, producir perturbación alguna en el alma del hombre. Alejandro, como casi todos los que ejercen el poder, fué meramente el ejecutor de un pensamiento de otro. En este caso, nada más que un sumiso mandatario del primer gran agente de Satán, del canalla, del supliciado con mayor justicia, de Sócrates, el pre-heresiarca que alevosamente inspirado por su Daimon le allanó el camino a él y a todos los herejes que como él creen que el destino del hombre

es transitorio y no eterno. A través de Aristóteles, Alejandro se nutrió de socratismo, tal como su padre lo hiciera con Eusraio de Oreo, discípulo del infame Platón.

Para que actuara Alejandro fué necesario que su padre Filipo dominara previamente a Grecia y la colocara bajo su hegemonía. Pero para que Filipo y sus semibárbaros macedonios dominaran la Hélade, fué necesario que ésta estuviera preparada para aceptar tal servidumbre, y lo estaba, no por una crisis económica o social, sino por una dolorosa crisis moral, por una ola de pesimismo que hacía dudar a cada griego de su capacidad para medir el Universo, para discernir y decidir por su propio albedrío. Esta profunda crisis mental sólo tuvo un responsable: Sócrates.

El demonio oculta celosamente sus concomitancias, pues no le conviene que los hilos de su trama queden al descubierto. Por siglos, los socráticos han pasado por ser antecesores de la Iglesia, fieles exponentes del glorioso paganismo helénico, cuando en realidad son los antepasados directos del arrianismo y de todas las herejías de la "predestinación".

Sócrates-Platón fueron los pre-heresiarcas. De no ser por ellos, Alejandro no hubiera soñado el Imperio. No se hubiera atrevido siquiera a idearlo. Dicen que Homero fué su inspirador, pero podemos asegurar que esto no fué más que una réclame. Tanto en la "Ilíada" como en la "Odisea", sólo hay hombres entre hombres, llenos de defectos y equivocaciones, llenos de pasiones, de humanidad. Las guerras homéricas son conjunciones individuales, luchas por mujeres, en defensa de hogares, de dioses, no en busca del dominio de pueblos.

El héroe homérico, después de cumplidos sus planes, sólo aspira a volver a su tierra, a arar su campo y cuidar su piara. Alejandro se concibió capaz de ser superior, ser árbitro, ser semi diós. ¿Cómo pudo un bárbaro llegar a sentirse capaz de domeñar a Grecia a su capricho, lo mismo que a una provincia persa? Fué Sócrates el inspirador del hijo de Filipo y quien preparó

el camino, quien directamente le sugirió, a través de Aristóteles, el mito del hombre superior, del predestinado, del héroe capaz de encontrar soluciones generales comunes a todos los seres.

Alejandro se sintió ese ser providencial, y los pueblos que habían escuchado la voz fascinadora de la academia estaban esperando a un héroe, a un superhombre, capaz de dictar sin dubitaciones lo que ya ellos, corrompidos por las herejías, no se atrevían a proveer.

La delegación del derecho de cada uno que exige el platonismo, la abdicación del individuo a una razón universal, la negación de los puntos de vista particulares o su subsumisión en la masa, abren necesariamente el puesto a un ser superior, a un Alejandro o a un César, a un Napoleón, a un Hitler, a un Roosevelt, a un Stalin.

Con el auge de la pre-herejía socrática, comienza en Europa la concepción de Imperio, dimensión inconcebible para cualquier hombre libre de la magna Grecia. Es el primer avance de Oriente sobre Occidente, es el avance del Imperio contra la ciudad.

Esto en cuanto a lo político; en lo mental, comienza la ardua guerra entre libre albedrío y predestinación. Únicamente la "predestinación" como doctrina puede conciliarse con un déspota.

Alejandro, el pequeño ejecutor de los grandes planes académicos, tembló de horror después del alevoso homicidio que cometiera en Clito y fué necesario que un filósofo socrático le diera ánimos para continuar y le diera teorías y razones justificadoras de su crimen. Se llamó el tal Anaxarco de Abdia. Este necio adulador le expuso la teoría de la infalibilidad de los monarcas, teoría cuyo corolario fué el desenfreno cesáreo, que lo llevó a Alejandro a no titubear en ordenar la muerte del sobrino de Aristóteles, Calístenes, por haber, con serena grandeza, recriminado a los aduladores Agis, Creon y Clenillo, su locura de

querer adorar a Alejandro, no ya como hijo de Júpiter, sino como Júpiter mismo.

Alejandro no representa el triunfo del mundo helénico sino su caída; con él triunfan las ideas persas, que se infiltran en Europa pese a todas las sanas reacciones aisladas. Con él llega a Grecia la genuflexión ante el rey, la postración del hombre ante el hombre; la satrapía penetra en el Occidente.

Alejandro —cuyo espíritu bárbaro estaba predispuesto por su educación aristotélica— cayó bajo la fascinación asiática, haciéndose adorar como un dios, olvidando que era igual a cada uno de sus generales o al último de los burgueses atenienses. Pero el espíritu griego todavía sobrevivía, y cuando Alejandro, enloquecido, exigió acatamiento divino, sus padres se rebelaron contra él y el alevoso asesinato que cometiera en la persona de Clito (o Cleitos), hermano de su nodriza Lanica, no fué resultado de una momentánea excitación alcohólica sino un cobarde crimen premeditado, crimen mayor que el de matar a un amigo, pues simbolizó al bárbaro hiriendo a la gentilidad por la espalda.

Comentando este incidente, bien apunta Raúl Salinas que este acto fué el lógico corolario de las ejecuciones de Filotas y Parmenion, pues, muertos éstos, Alejandro estaba obligado a entregar el mando de su caballería a Clito, de quien era deudor de la propia vida, pues le salvó de la muerte en la batalla del "Gránico", pero a quien guardaba rencor por sus helénicas burlas, por sus risas cuando se sentía "divino", y a quien temía con el temor que sienten todos los que por haber subido demasiado alto comienzan a dudar de sus propios valores.

Hasta la muerte de Clito parecía que Grecia conquistaba a los bárbaros, pero en ese momento comprobamos que el hombre heleno, el verdadero hombre, había sido derrotado; en ese momento Persia dominó a Grecia. En ese solo acto se ve que la aparentemente conquistada Asia era en realidad la conquistadora.

La persificación de Alejandro no es traición, es herejía. Traidores fueron miles de griegos que servían como mercenarios al gran rey, pero que continuaban fieles a su idiosincrasia. Alejandro, presuntivamente leal, corrompe al hombre, y después de él muchos otros se pondrían al frente de los grandes pueblos para deslumbrarlos con sus victorias y con sus conquistas. De esa misma manera, César traicionó a Roma; Napoleón a Francia; Hitler a Alemania. Son los hombres-héroes que se abrogan el derecho de pensar por el prójimo, pervirtiéndolo, capándole el alma, cambiándolo de ciudadano en súbdito, en masa.

EL XANTIPISMO, UNA CARACTERÍSTICA HERÉTICA

"Qui ne m'entent n'a suivy les bordeaux."

FRANÇOIS VILLÓN.

Demetrio nos informa que Sócrates era usurero. No me extraña, pero por venir el informe de una sola fuente podría ser un error o una calumnia. En lo que coinciden todos los historiadores y todas las tradiciones es en la desgraciada vida marital de este peligroso sujeto. Su mujer, Xantipa, era una feroz representante de la maldad y de la incomprensión conyugal. En este informe tan privado, está la clave de su vida y de sus ideas públicas.

No pudiendo quedarse en su casa salía a charlar a las plazas, y por sentirse "individualmente" cubierto de ridículo, suicidó al individuo que había en él, reduciéndolo en vida a papilla social.

En Sócrates no hay creación; su filosofía es una filosofía de resentido, una reacción contra sus líos conyugales. Sócrates,

con tal mujer, deseaba desaparecer. Por lo tanto, aceptó alborozado la muerte, porque en su caso era una evasión de molestas responsabilidades.

Generaciones de tontos aplauden su suicidio, como si la muerte voluntaria fuera un acto de mérito.

Sócrates, el arquetipo de los herejes, estructura con sus privadas desgracias una escuela, una ley sociológica, que, repitiéndose en casi todos los herejes, nos facilita desenmascararlos. La designaremos con el nombre de "xantipismo", voz derivada de Xantipa, cuyos actos y sus resultados nos permiten develar el mecanismo de esta absurda y triste invención.

Sócrates y todos aquellos a quienes les es vedada la paz en su casa, que no pueden poner orden en su hogar, suelen usar o están dispuestos a usar, por reacción, de una energía extrema en imponer normas a los demás. Normas elaboradas a base de generalizaciones, pues la generalización es el mejor expediente para ocultar su irremediable personal desgracia.

El "xantipismo" se caracteriza —sean los xantipados teóricos o sean prácticos— en fórmulas tendientes a quitar importancia a los problemas individuales, a deshumanizar al hombre.

Los xantipados crean el mito de los héroes para empequeñecer al hombre medio y llevarlo a dudar de sus derechos. Elevan al Estado a una altura tal que el hombre desaparece empequeñecido ante la gigantez monstruosa de las instituciones.

En todos los xantipados se repiten las características del que ha rehuído a la mujer, por miedo, por pusilanimidad, o que teniéndola no sabe o no puede dominarla. El xantipado traduce su bilioso fracaso conyugal en heroicas fórmulas inhumanas.

No se puede discutir la afirmación de que los que se creen o se sienten hombres predestinados y los teóricos enamorados del poder, de las abstracciones deshumanizadoras, son desgraciados con sus mujeres o frígidos. Les falta el buen equilibrio erótico.

Frank Harris cuenta en sus memorias que Carlyle —el enamorado de los héroes germánicos— mantiene a su mujer virgen a su lado por largos años. Nietzche —el preconizador del superhombre— no posee mujer pero tiene proyecciones amorosas "platónicas" hacia Cósima Wagner y Lou Salomé. Kant —el creador de la "razón pura", forma moderna de la herejía socrática según la cual la razón no puede llegar a nada— muere semi o del todo virgen. Esto en cuanto a los teóricos. Repasemos ahora las desgraciadas vidas privadas de Josué, Alejandro, César, Gustavo Adolfo, Federico II, Napoleón I, Napoleón III, Hitler y de todos los delirantes de mando, y todos ellos coinciden en que no pudiendo ordenar y organizar su casa, se meten con las ajenas.

No debe confundirse la castidad de los xantipados con la de nuestros santos. En los primeros es frialdad, incapacidad de comunión con la mujer, incapacidad de tener hogar; en los santos, es el supremo sensualismo. El santo es casto, no porque huya de la mujer, sino porque sus sentidos, tocados por Dios, olvidan los ínfimos pequeños goces comunes. El sensualismo menor desaparece cuando el Señor es alcanzado en orgasmos de plenitud divinal.

Santos y xantipados, en un momento parecen investidos de iguales virtudes, ambos ignoran los goces de la carne. Pero ¡qué diferencia! Unos porque no comprenden y los otros porque comprenden demasiado.

La similitud entre la castidad y la frigidez es otra de las armas del Diablo, capaz de engañar al no prevenido. Yo lo fuí. En un momento de mi vida desprecié a los santos creyéndolos frígidos, cuando eran los dueños de las más ardientes pasiones.

En un párrafo de "La Leyenda Dorada" está la contestación a quienes creen que el católico es un impotente o un reprimido. Dice: "...Y María Magdalena abandonó todo placer carnal para entregarse al placer más perfecto que es el amor de Dios".

La castidad católica no es frigidez, aunque externamente se la confunda. Es el pleno sensualismo, es el sensualismo de Dios que arrebata al mismo tiempo todos los sentidos. Es como la luz del sol que al apagar con su esplendor el de las estrellas, no impide que éstas existan.

Protegiendo este sensualismo divinal, exígese castidad al sacerdote. No porque sea más mérito el ser casto, sino porque estando en Dios, los sentidos se subliman en una sola pasión y no cabe otro amor. De tal manera que no es posible el matrimonio entre religiosos, pues le faltaría la absorción total, el amalgamamiento que debe haber en toda pareja humana, como lo enseña San Pablo.

Gracias al celibato puede el sacerdote no distraerse de su gran pasión, y también se impide la formación de castas, porque éstas hacen caso omiso de la vocación y canalizan el sacerdocio por la herencia.

La contemplación mística es imposible con la mujer al lado, tanto si es ésta en exceso agradable como si es perturbadoramente desagradable. La mujer no es el camino mejor para quien debe poseer el sensualismo pleno de gozar de Dios.

La Iglesia es eterna y requiere continuidad en el culto. Con sacerdotes casados, los bellos y permanentes ritos sufrirían los altibajos de la moda por doméstica imposición. Bien pronto las milenarias capas pluviales llevarían, por el gusto de las mujeres, "puffs", "fichus", etc. Los concilios, con sus salas de espera plagadas de señoras y niños, no llegarían a más conclusiones que al

cisma permanente como las sectas protestantes. Imagino a media colecta, ver salir a una dama apresurada para evitar que quede en manos pródigas el dinero recogido.

A mí me gusta el matrimonio. Me alegran mis hijos y me despiertan sus voces a la mañana, inundándome de felicidad. Pero no le pasa esto a todo el mundo, ni a mí mismo todos los días.

El problema de la castidad es singularmente encarado por los escritores y oradores católicos. Le he oído llamar con tantas metáforas absurdas, como flor, tesoro oculto presto a perderse, que he llegado a la convicción de que abordan el tema sin conocerlo. Deberían opinar sobre el tema sólo los que en otro tiempo fueron expertos pecadores hasta que la inmensa voluptuosidad divina los poseyó.

En cuanto a la castidad matrimonial, la Iglesia no quiere contenidos, quiere alegres parejas cumpliendo asidua, copiosa, limpiamente, con su misión reproductora.

Y si por exceso de temperamento llegan a excederse, siempre tendrán un buen y tolerante perdón.

Exige monogamia en el hombre, no para mortificarle sino para su defensa; recomiéndale reflexión y serenidad antes de caer en el yugo matrimonial. La milenaria experiencia de la Iglesia le señala que si apenas se pueden aguantar las fluctuaciones periódicas de una sola mujer, es locura afrontar la de dos o tres en conjunto o alternativamente.

El adúltero, más que pecador por concupiscencia suele ser un desesperado que intenta dividir el peligro basado en el error matemático de creer que dos mujeres son la mitad de una obligación y olvida que son el doble. O un hombre presa de optimismo loco que cree poder encontrar fuera de la casa la paz y la tranquilidad ideal que se le niega allí, o producto de vanidad

para tener algo que contar a los amigos que no han resuelto su problema sexual.

Con la monogamia no se constriñe al hombre, se lo protege. No es monotonía, es serena cautela.

Una vez visité en su celda al R. P. Hugo Achával (S. J.), mi amado confesor y director espiritual. Una dura tarima rodeada de libros y un pequeño reclinatorio, constituían todo el mobiliario.

—Padre —le dije—, cuántos días llegará cansado a tirarse sobre los tablones. ¡Qué diferencia con nuestra vida! Cuando llegamos agotados a nuestro hogar, nuestros hijos se nos trepan con sus manitas siempre pringadas y sucias, y nuestra mujer, después de habernos expuesto varios problemas domésticos ya resueltos y haber dudado de nuestra seriedad y recordado algún accidente sentimental que nos acaeciera antes de conocerla, nos exige que la llevemos al cine.

En verdad, la Iglesia tierna y generosa nos protege con su sabiduría y experiencia.

Capítulo VIII

LAS HEREJÍAS

Arrio: El Humanizador de Cristo

Después de Sócrates, el más grande heresiarca de todos los tiempos es Arrio. Ambos, en pareja, son el origen de todas las angustias, de todas las derrotas, de todos los ataques de que es víctima el buscador de Dios.

Las herejías posteriores a ellos son agregados, aditamentos, variaciones, siempre apoyadas en los temas iniciales.

Con Sócrates nace la predestinación para ser opuesta al libre albedrío. Y con Arrio, la humanización de Cristo para negar su necesaria esencia divina, consubstancial del Dios padre.

Arrio proclamó sus proposiciones heréticas en el 319. Pero antes de estudiar sus mecanismos y sus consecuencias, conviene informarnos cómo era Arrio personalmente.

Una tonta inquina nos impulsa a injuriar a los enemigos de la Fe, a llamarlos sucios, monstruos, sensuales, infames, etc.

Pero la verdad es que Arrio, a igual que todos los otros grandes herejes, Donato, Montano, Huss, Calvino, Lutero, Robespierre, Marx, etc., estaba justamente irritado contra el mundanismo, paganismo, sensualismo del mundo católico. Era Arrio bello, inteligente, sobrio, asceta, de purísimas costumbres y extraordinario orador. Duro, rígido y naturalmente exigente con el prójimo y consigo mismo.

Ser alegre, despreocupado y tolerante requiere ambiente

cultural, preparación, trato y fe familiar en Dios. De ello careció Arrio como todos los grandes herejes. Era provinciano, contemplador de la tierra desde la Cirenaica (al Este de Trípoli), y como provinciano, no pudiendo participar de la alegría suntuosa de las urbes, fué un resentido. Creía en las fórmulas racionales, simples y obedecidas sin hesitación. En él concuerdan las características básicas de todos los heresiarcas que desde él hasta el día de hoy se repiten.

Desde Arrio a nuestros días podemos asegurar que ningún hereje se apartó de la Iglesia por hallarla en exceso intolerante o muy austera. Siempre la motejaron, por el contrario, de excesivamente alegre, sensual, corrupta, mundana y tolerante.

Gramaticalmente, la herejía arriana puede reducirse a la insignificante letra "i", letra que, intercalada en la Fe de Nicea, en la definición de Cristo, convierte a la palabra Homoousios (consubstancial) en Homoiousios (semejante). Esta insignificante letra es una prueba del poder de las herejías. Aceptar esta mínima "iota" es negar la divinidad de Cristo y en eso estriba el arrianismo.

Asegurar que Cristo, en quien ponemos nuestra adoración, no es Dios, permite aceptar que bien podría haber otro hombre que mereciera ser venerado y obedecido. Si Cristo es hombre, otro hombre también puede ser Cristo, puede ser como El.

De primera intención, la herejía arriana parecería buscar el enaltecimiento del hombre como que lo cree capaz de llegar a ser Cristo. Pero en realidad, la humanización del Dios vivo nos lleva a la servidumbre, a la esclavitud.

El católico no acepta más que un solo amo, y que está en el cielo. En cambio, el arriano en cada jefe halla un superhombre, un presunto Cristo. Para la Iglesia el Mesías ya llegó y no es posible equivocarse siguiendo a un falso redentor; para Arrio día a día podemos encontrar un "salvador" y en él confiarnos.

La herejía arriana pareció extirpada a los sesenta años de

existencia. Pero Satán preparó el campo donde, sorpresiva, había de proliferar con tanta pujanza que demoraría por siglos la vuelta del hombre al paraíso.

A principio del siglo V, el Imperio Católico tenía a su servicio en el ejército a los pueblos bárbaros residentes por generaciones en el Estado.

Estos sencillos y austeros militares se convierten rápidamente al arrianismo. El demonio halló ahí campo propicio para infiltrarse. Primero, la vida en cuarteles, lejos de todo placer hogareño; segundos, la falta de cultura les predisponía a la aceptación de ideas falazmente simplistas.

Los bárbaros, acostumbrados a obedecer a un caudillo, estaban, de ese modo, preparados ya —puede decirse— para caer en el arrianismo, para abrazar esa herejía que justificaba en nombre de Cristo, la sumisión servil de un hombre a otro hombre. Entrenados en la ciega obediencia, torpes en razonar, los bárbaros se quitaron gustosos de encima la responsabilidad de tener que discernir por cuenta propia, y así felices e irresponsables se postraron ante un Cristo jefe. La fatalidad, para ellos, era necesaria como para todos los que profesionalmente o por vocación arriesgan sus vidas en la guerra, en las continuas refriegas de las fronteras, la que los hería de muerte o los preservaba de todo daño, al parecer con arreglo a una oscura voluntad que predeterminaba el destino de cada cual. En su vida castrense, privados de todo goce ciudadano, lógico es que creyeran virtudes la austeridad, la rigidez disciplinaria, la inflexibilidad de las consignas, todo eso que después encontramos en el calvinismo.

El demonio, con Arrio hundió la civilización occidental por diez siglos en la llamada edad oscura.

La Iglesia de los siglos IV y V había logrado un perfecto equilibrio frente al poder cesáreo en defensa del "hombre".

La Iglesia, antes de Arrio, había quitado el poder que sobre las almas querían abrogarse los gobernantes a la moda oriental.

Después de Arrio, los jefes bárbaros que "podían ser Cris-

tos", exigieron a igual que en Asia humillantes genuflexiones.

Con Cristo, sólo hombre, no hay catolicismo posible. Cada nación, cada región, puede aspirar a tener un Cristo por su cuenta, como lo tienen las tierras de herejes, que lo multiplican con sus particulares interpretaciones. Sólo como Dios puede concebirse a Cristo tutelador común de todos, nexo de unión, fuera y por encima de todo grupo idiomático o racial.

Bajo la tutela de Cristo Dios y hombre, el individuo se avalora por el esfuero que realiza en pos de Él. En plena libertad responsable se sabe no amo y no esclavo.

En el siglo IV, en Roma, los paganos se convertían al catolicismo, sin esfuerzo, sin sentirse apóstatas. Algunos senadores proyectaron sacar del senado la estatua de la Victoria, a la cual litúrgicamente debían saludar al iniciar sus sesiones. Los católicos tolerantes votaron porque quedara, argumentando que no era una divinidad sino una costumbre. Fué el emperador quien insistió en quitarla, fueron los emperadores, no el clero, quienes comenzaron a destruir obras de arte porque representaban dioses gentiles. En torno a este suceso, San Ambrosio discute con Simmaco: el católico defiende la libertad de conciencia y el libre albedrío, mientras el gentil, aferrándose a la tradición, es la fuerza reaccionaria.

En la polémica que el mismo Simmaco sostuvo con Prudencio, el católico propugna conservar las estatuas de la gentilidad purificadas de su culto idólatra, y más aún se niega a permitir que destruyan los libros de su opositor. en defensa de los antiguos Dioses. Pues, sabía que la oposición fortificaba al que tenía la verdad.

En ese momento, Roma católica resplandecía. Su auge intelectual está demostrado por la existencia, en una sola época, de San Jerónimo, San Agustín, Claudiano —el gran poeta—, Paulino de Nola, Prudencio, Simaco, etc.

Los bárbaros aún no eran enemigos del Imperio, eran inmigrantes que poblaban tierras desocupadas, eran mano de obra

necesaria para el Imperio agotado por siglos de lucha y de grandeza. Tanto, que ni antes ni después del saqueo de Roma, ni en las Galias, ni en España, desearon quebrar el vínculo político de obediencia al Imperio. Siempre, pese a su fuerza, buscaron soluciones conciliadoras.

¿Qué fué lo que convirtió a los bárbaros en francos enemigos del Imperio? ¿Qué fué lo que empujó a estos robustos e ignorantes supersticiosos a destruir Roma? La contestación no es política, es religiosa.

Los bárbaros —vándalos, alanos, godos, herúleos, etc.—, incapaces de comprender la grandeza del paganismo y menos aún del superpaganismo divinal que es la Iglesia Católica, se convierten al arrianismo. Arrio les dió valor, les hizo creer en la igualdad. Así como desjerarquizó a Cristo, desjerarquizó al hombre y el número comenzó a prevalecer sobre la calidad.

El bárbaro ignorante creyó que por ser antropomorfo ya era hombre y no lo era, pues ser hombre no es sólo tener contornos de tal; les faltaba preparación para serlo, no poseían la grandeza del alma tras la muerte. El ser arrianos no requiere ni cultura ni ambiciones trascendentales; ni requiere tampoco menosprecio a las cosas terrenas por amor a lo trascendental, a la vida sin cuerpo, con el único deseo de poder estar más cerca de Dios que está presente en todas sus facturas.

Así se plantea la lucha entre bárbaros y romanos como guerra religiosa, la misma que hoy continúa, aunque por cobardía se la quiera ignorar. Ante este ataque demoníaco, el Imperio romano católico comienza a defenderse y previniendo el golpe de estado arriano, son ajusticiados Estilicón y los suyos. El partido católico, consciente de su responsabilidad histórica, rompió el fuego.

Los bárbaros no eran invasores, eran residentes al servicio del Imperio, eran soldados mercenarios a los cuales se les pagaba para que mataran y murieran defendiendo algo que jamás comprendieron en su ignorancia y con sus secas costumbres. No en-

tendían el fin católico ni les convenía, pues los obligaba a valorizarse para gravitar en Dios.

El arrianismo provocó la caída del Imperio, dió a los agresores la razón moral que precisaban para atacar, al mismo tiempo que quitó a los católicos la seguridad y la fuerza, pues logró que llegaran a dudar de sí mismos, induciéndolos a admirar las "virtudes" cuáqueras, austeras, de estos protestantes precursores o primigenios. Del mismo modo que Filipo pudo conquistar a Grecia, porque ésta de antemano ya estaba vencida por Sócrates, cuando Alarico conquistó a Roma ésta ya estaba vencida por Arrio.

Sin el arrianismo, jamás se hubieran atrevido los bárbaros a penetrar en la Ciudad Santa.

El más claro ejemplo de que fueron motivos religiosos los que impulsaron a los bárbaros a desquiciar al Imperio Romano lo da el Ministro Imperial, Conde Bonifacio, gran amigo de San Agustín y el hombre de más influencia de su tiempo, cuya popularidad y prestigio fueron tan grandes que su efigie fué acuñada en monedas.

Habiendo quedado viudo, estuvo el conde a punto de hacerse monje, pero una pasión senil por la joven y bellísima arriana Eulogia lo arrastró a apostatar para alcanzar los favores de la hereje.

En Roma, al enterarse del cambio de religión del Ministro, lo llamaron a explicarse ante un tribunal eclesiástico, y Bonifacio defendiéndose traicionó a su pueblo y entregó África a los vándalos arrianos. Estos cruzaron el estrecho de Gibraltar con su complicidad, beneplácito y ayuda naval.

Austeros, iconoclastas, monoteístas, llegan con ánimos "purificadores", saqueando iglesias, cerrando baños y teatros.

Roma, cuya vida dependía del trigo de África, debió transar con Bonifacio, y, pese a su traición, colmarlo de honores. Años más tarde, su hijo Sebastián actualizó la infamia del padre al ponerse bajo las órdenes del vándalo Genserico, dirigien-

do personalmente las acciones contra las últimas posiciones romano-católicas de África.

Este hecho netamente religioso es el que precipita la ruina total del Imperio. Desde que África cae bajo el poder de los arrianos, pierde Roma su principal fuente de abastecimientos, y los bárbaros, reciamente afincados, se aprovechan de esa coyuntura y disgregan la unidad política que podía haber impuesto, con el catolicismo, la paz en el mundo.

Una generación después, el Imperio Bizantino provoca el fin del poderío vándalo, y Belisario, que encabeza las fuerzas imperiales, actúa como cruzado religioso, más que como fuerza militar.

El arriano Teodorico funda el reino ostrogodo, y los católicos se alzan contra él, entre ellos senadores y también pensadores como Boecio.

Todos los textos de historia apuntan los sucesos que dicen claramente que la ruina de la civilización romana, ruina no física sino moral, fué producida por el dominio de bárbaros que por siglos habían sido pacíficos residentes y ciudadanos del Imperio, los cuales impusieron a Roma su adusta moral, su protestantismo, su marxismo. No fueron bárbaros contra civilizados, fueron herejes contra católicos.

Tendenciosamente, la historia, monopolizada por herejes, deja en la sombra tan trascendental cuestión, cuyo desconocimiento nos impide reagrupar nuestras fuerzas y aprovechar para nuestra liberación que protestantes y marxistas riñan entre ellos por nuestros despojos, a igual que riñeron godos y vándalos permitiendo al Imperio católico de Oriente iniciar la reconquista de África y la salvación de la cristiandad.

Los católicos debemos saber que somos todos cruzados de una misma causa, que nos obliga a unirnos estrechamente contra el implacable enemigo ancestral, cuya única política consiste en dividirnos y dispersarnos a los cuatro vientos.

☆

Vencido Arrio, Mahoma avanza aprovechando el desquicio en que quedó sumido el mundo católico. Para Mahoma como para Arrio, Cristo es solamente un profeta más.

Mahoma, con su arriana austeridad sin concesiones, organiza un verdadero estado militar que lanza a la conquista del mundo, pero fracasa en su intento, y el islamismo, que no es más que un arrianismo agresivo, queda detenido a las puertas de Europa.

Dejemos con ésto a Mahoma y pasemos ahora a otro gran heresiarca, a Juan de Huss.

JUAN DE HUSS Y LA HEREJÍA DE LA TORRE DE BABEL

Respondiendo él también a la característica de los otros grandes heresiarcas, servidores del demonio, Juan de Huss fué austero, de limpia vida, sin tolerancia para sí ni para el prójimo. Su elocuencia arrebatadora estaba permanentemente dedicada a fustigar los pecados ajenos, en especial los del clero.

En su doctrina sin caridad, el pecador, a igual que más tarde para sus sectas un luterano o un calvinista que se equivoca, o en nuestros días un comunista en el mismo caso, no tiene redención posible. Los errores teológicos de Huss parecen futilezas, observados aisladamente, pero su enormidad se constata al considerar el dolor, la sangre y el llanto que provocaron en la vida práctica, en la vida política, social y religiosa desde entonces a hoy.

Juan de Huss fué el arquitecto de Babel; a él debemos la confusión de las lenguas. Sí, Huss fué el verdadero edificador de la torre, el que multiplicando los idiomas, dividió a los hom-

bres con muros infranqueables. Es él el constructor responsable de la mitica torre. (No, no seas tonto, lector, al prepararte a contestar a un juego de anacronismo, pues el tiempo en los libros de Dios no tiene el orden del nuestro, ni la fugacidad que nosotros le suponemos. Para Dios, todo está presente: presente, pasado. futuro. Y por eso, la confusión de las lenguas, profetizadas hace miles de años, ha ocurrido realmente recién hace cinco siglos).

En el orbe católico, el latín era entonces la única lengua. Habíase logrado que los católicos sólo se diferenciaran por sus méritos sin otras fronteras. Hermanos en Dios, podían recorrer la cristiandad sin documentos, sin identificación, hablando el idioma común a Horacio, a Cátulo, a Ovidio, a San Agustín y a San Jerónimo.

El heresiarca desechó el latín por el checo en las clases de la Universidad de Praga y en 1406 logra hacer dictar un decreto imperial, que expulsa a los alemanes ¡por ser alemanes! de su casa de estudios. Con esto destroza la unidad idiomática de Europa y crea los odios raciales que, en revancha, quinientos cuarenta años más tarde, habrían de caer sobre su propio pueblo.

El nacionalismo agresivo de Huss desunió a Europa por siglos y deformó las mentes de tal manera, que los hombres dejaron de guerrear por su honor ejército contra ejército, para luchar colectivamente pueblo contra pueblo. Las guerras fueron desde enentonces desbordes de odio. El idioma, don de Dios, vínculo de unión, pasó a ser valla de separación.

Cuando lo quemamos vivo en Constanza, el 6 de julio de 1415 —digo "lo quemamos", pues jubiloso acepto la responsabilidad de tan justiciero acto— se detuvo por un siglo la catástrofe que él iniciara, pero la confusión de Babel había comenzado y una serie de sucesivos errores han permitido que continúe creciendo.

La inmolación de Juan de Huss y la de su discípulo Jerónimo de Praga, fueron el pequeño precio de la sangre que por

miles de heridas se continúa derramando. Pero otros heresiarcas consolidarían la brecha por él abierta, perfeccionando su sistema. Su cremación fué justa pero tardía, y, como la de Sócrates, demuestra que la violencia jamás construye nada ni puesta al servicio de la mejor causa. El mapa de Europa, las crónicas de seis siglos lo demuestran.

Los odios raciales se perpetúan. La Iglesia Católica perdió la fuerza para imponer su doctrina exenta de toda discriminación racial pues Roma sólo por las almas valora al hombre y en nuestros altares honramos un santoral multicolor: santos amarillos, negros, blancos, cobrizos.

El demonio inspiró a los hussistas a afirmar que los checos son mejores que los alemanes, y, desde ese momento, periódicamente, grupos étnicos se sienten predestinados a dominar a otros.

Así, la hipocresía herética yanqui se declara horrorizada de la locura alemana de creer en la primacía de los "arios puros". El señor Ellsworth Huntington, en su libro "Mainsprings of civilization", afirma que esa tesis es una locura germánica, pues —según él, yanqui— ¡los mejores son los grupos étnicos de americanos descendientes de los puritanos del "Mayflower"!

Otro bárbaro luterano, pastor del sur de los Estados Unidos, estigmatiza al negro en un sermón, con este razonamiento:

"Dios hizo al hombre a su semejanza;

"Dios es blanco,

"Por lo tanto, el negro no es hombre".

Los católicos multicolores podemos contestarle de esta manera:

—Dios hizo al hombre a su semejanza.

El pigmento indica mayor protección y mayor fuerza para afrontar los fenómenos naturales;

Dios es la suma de la perfección,

Por lo tanto, Dios tiene pigmento.

Y teniendo Dios pigmento, los rubios no son hombres. Y quizás Dios sea negro o moreno. Pero rubio, ¡jamás!

Estos prejuicios raciales llevaron a los herejes a aislarse en su descoloramiento y hoy se quejan del problema negro, que solamente es problema para su vanidosa turpitud. Los latinos no tenemos ese tonto prejuicio y por eso nuestro color cetrino, nuestras barbas ralas, nuestros labios gruesos, están certificando la noble liberalidad de nuestros abuelos, su piedad católica, su indiscriminación hormonal.

Los católicos no aceptamos desigualdades raciales. Somos creacionistas. Dios hizo a un solo hombre con un solo molde y el color es un recurso para afrontar el sol y para alegrar los ojos.

La herejía hussista es remozada racionalmente por el hereje anglicano Darwin y el demonio encuentra en la teoría de la evolución un vivero de secuaces.

El demonio no puede aceptar la igualdad de las almas ante Dios. La teoría de la evolución desemboca en la afirmación de que un grupo de hombres, por variadas circunstancias, puede haber evolucionado más que otro. Darwin fortifica la herejía hussista, haciendo renacer la locura del héroe germánico, con Carlyle; la del superhombre con Nietzche.

Darwin, bondadoso naturalista, no supo el crimen que cometía, pero tampoco lo supieron los católicos que le combatieron. El tiempo ha confirmado la exactitud de los ataques contra la evolución. En Rusia ya no se razona el darwinismo; es dogma de fe comunista y los sabios genetistas que dudan de él son separados de sus discípulos y aniquilados civilmente.

Darwin, padre del germanismo, lo será del mongolismo, y, dentro de poco, grupos de hombres se declararán superiores al resto del mundo por el hecho de haber organizado políticamente un campo más apto para la evolución.

Durante cien años se moteió de reaccionarios a quienes por amor a Dios negaron a Darwin. Hoy, con los resultados a la vista, nos preguntamos: ¿dónde está la reacción? ¿En los que han resucitado los prejuicios raciales con la teoría de la evolución, o en quienes la niegan aduciendo que Dios nos creó a todos por

igual y ni el color ni las formas nos pondrán a uno sobre otro, cuando entreguemos a la voluntad generosa del Señor lo que no precisa forma ni color.

Juan de Huss, frustrado momentáneamente por la sabiduría imperial que le entregó a la hoguera haciendo caso omiso del salvoconducto que le diera, es utilizado victoriosamente como antecesor de Lutero.

En verdad, hemos llevado a la hoguera a algunos cientos de herejes. Pero, si eso se juzga fanatismo, reconózcase que fueron más fanáticos los que se dejaron quemar pudiendo retractarse y salvarse de la pira.

Nosotros, al luchar contra la herejía, nos escudábamos en una fe indiscutible, pero al mismo tiempo indiscutidamente luchábamos por mantener una unidad política para defender a los pueblos de Dios contra las austeras huestes del demonio que nos acosaban, nos acosan y nos acosarán por los siglos de los siglos.

LUTERO Y LA HEREJÍA DEL TRABAJO HONRADOR

"La Reforma pedía el derecho de examen, pero exigía que el resultado del examen fuese de conformidad a sus conclusiones".

ELISEO RECLUS.

Cuando Carlos V, con su juvenil inexperiencia dió salvoconducto a Lutero para escucharle en Worms, cometió al respetarle, uno de los más grandes errores de todos los siglos, permitiéndole retirarse con vida.

Con ese acto y más tarde con el "Interín de Ausburgo" legitimó al heresiarca y los bárbaros ganaron en horas una batalla superior por su importancia a Salamina, Poitiers y los Campos Cataláunicos.

La imperdonable lenidad de Carlos V, muestra a dónde nos pueden llevar los poderes políticos que tienen la audacia de entrometerse en cuestiones religiosas. Con su imprudencia dió Carlos V nacimiento legal a quien haría trastabillar el Imperio y en unas pocas generaciones dominaría a los suyos sumiéndolos en inconcebible decadencia.

¡Cuánto se hubiera salvado inmolando a Lutero! ¡Cuánto más cerca de Dios estaría el hombre sin este demoníaco éxito! ¡Qué bella oportunidad perdió Carlos V para servir a Dios! Aunque fuera con una hoguera, la muerte de Lutero, ¡cuántas vidas hubiera salvado! ¡Y cuántas almas!

Ya es tarde para quejarse. El mal se ha desparramado por el mundo y se aferra a él con profundas raíces. Tan y tan profundas, que desarraigarlas es demasiada obra para nuestras fuerzas. No obstante mi pesimismo con relación al resultado inmediato, trabajo y acumulo observaciones que serán útiles cuando los hombres, reaccionando frente al engaño de que son víctimas, vuelvan a Dios.

El pasionalismo que alienta este trabajo casi me hace olvidar el fin que es desenmascarar a quienes nos apartan de nuestra posibilidad de ser ángeles y me tienta a convertir esta pequeña semblanza de Lutero en una diatriba. Pero nada sacaríamos del justo y personal agravio, ya que no importa su persona, sino el resultado de su obra nefasta y contra ella debemos dirigir todas las energías.

¿Qué importan los cambios del heresiarca, sus contradicciones, sus dubitaciones, sus tornadizos conceptos que van desde preconizar la virginidad del sacerdote, horrorizándose por los que poseían concubinas, hasta exigir que todos tengan mujer? ¿O su traición a los campesinos hambrientos sublevados contra los señores feudales y a quienes instó a la revuelta y luego promovió su cruel exterminio, aplaudiendo las más despiadadas represiones? ¿O su convalidación de la bigamia de Felipe el Magnánimo con la calificación de matrimonio turco?

Lutero, espantóse del libre albedrío, de la responsabilidad ante Dios, del derecho de elegir entre el bien y el mal. Como sus heréticos antecesores, se horrorizó del sensualismo católico, y no trepidó en acusar al mismo Cristo de fornicario y amante de Magdalena, de la buena samaritana y de la mujer adúltera (Charla 1422).

Antes que nada, siguiendo a Juan de Huss, fué un nacionalista agresivo, el primer imperialista alemán. Se diferenció del checo en que era consciente, en su herejía, pues jamás la ocultó. Tanto que en Metz no aceptó a los franceses que se plegaban a la Reforma e hizo suya la frase "Deuchland uber alles".

Perdonemos todos sus errores; más que perdonarlos, olvidémoslos; recordaremos tan sólo sus "virtudes" protestantes.

De sus herejías, pasemos por alto las que son meras repeticiones de las de Sócrates, Arrio y Huss. Analizaremos la innovación que él aporta y que permitió al demonio esgrimir una nueva arma cuando las tenía todas gastadas o neutralizadas.

Hillaire Belloc y otros historiadores afirman que la Reforma, a diferencia de otras herejías, no aporta formas nuevas a las antiguas pravedades. Este error de miopía es gravísimo, quizá por causa de que viviendo esos escritores en tierra de infieles no disciernen bien acerca de ciertos actos que, a fuerza de costumbre, les parecen naturales.

El no ver el aporte de renovación herética que trae Lutero con su tesis del "trabajo que honra", les impide comprender que el comunismo no es más que la culminación de las herejías luteranas y calvinistas.

Confundidos, ven en el comunismo sólo un fenómeno político, ajeno a lo religioso, cuando por ser herejía sólo puede redimirse por caminos de fe.

Lutero prepara al comunismo. Avanza sobre la anterior obra del demonio con su al parecer inocente admiración por el trabajo y sus productos, consiguiendo apartar al hombre de la primordial faena, que es cuidar su alma, lanzándolo a sobreva-

lorar las cosas materiales. Aclaremos: Lutero no apoyaba ni enzalzaba al pobre, humilde y explotado trabajador; por lo contrario, lo odiaba cuando por su prédica, el campesino alemán se lanzó a la sangrienta revuelta llamada guerra de los campesinos. Lutero reaccionó con odio demoníaco. Bastó para abandonar la causa proletaria que el humanista Ulrico Zasic afirmara: "La causa principal de la insurrección son los ataques de Lutero al Papa y al Emperador". En efecto, el heresiarca instigador de la feroz revuelta desertó de ella por temor a las consecuencias sobre todo cuando el Duque Jorge de Sajonia le desenmascaró diciendo: "Lutero mismo es peor que todos los campesinos sublevados juntos. Cortar las ramas que van a la insurrección, ahorrando el tronco, carece de sentido". Ante el cariz que toman las cosas, Lutero que era tan desaprensivo en las cosas del alma como prudente en las materiales, cambia de bando. Erasmo se lo recuerda: "Tú no quieres ya reconocer a los amotinados como discípulos tuyos, pero ellos te consideran su maestro".

Lutero, para hacer olvidar su "proletarismo" se convierte en un monstruoso fiscal acusador; todo tormento le parece poco para quienes creyeron en su palabra. Escribe entonces uno de los más crueles libros conocidos: "Contra las bandas de los campesinos asesinos y ladrones". Donde dice: "Todo insurrecto es un perro rabioso; si no se lo mata, muerde. Hay que decapitar los sublevados como a perros hidrófobos. ¡Mate, degüelle, acuchille quien pueda hacerlo! ¡Matadlos a todos, a todos! Dios sabrá reconocer a los inocentes, si los hay entre ellos. ¡Oh, qué época extraordinaria vivimos en la que se puede hallar la salvación!". De él y de sus cartas son estas otras frases: "El amo pide palos y el pueblo bajo ser gobernado de la misma manera".

Lutero no ensalzaba al hombre trabajador sino al trabajo en sí, fuera del hombre.

Amaba la producción y se horrorizaba de todo lo que la perturbara. Por eso apoya a los señores feudales de igual modo que más tarde sus sucesores morales laudarían a los magnates

industriales, a los ingenieros, a los creadores del trabajo en cadena. Según Lutero, la dedicación al trabajo impide pecar. No dejando tiempo para el pecado —ni para la virtud— permite esperar el juicio predestinado por Dios, sin agravar en el ínterin las culpas inseparables del hombre.

Entretanto, los predestinados para mandar mandan y los para obedecer obedecen. Este orden germánico que creara es apuntalado con la tesis de que siendo todo hombre el sacerdote de sí mismo, el soberano territorial, es lógicamente miembro principal de la Iglesia, el obispo nato de su diócesis. Las herejías de Lutero son, pues, trabajo y obediencia; obediencia y trabajo.

Hasta Lutero, a nadie, jamás, se le ocurrió calificar el trabajo de honor. A lo sumo de necesidad, pena o maldición, nunca como un valor espiritual en sí.

En verdad, quien malgasta su tiempo trabajando, pierde preciosas horas de contemplación, de perfeccionamiento del alma.

El hombre, en el trabajo es un esclavo, no importa si trabaja bajo la férula de un amo o por su propia cuenta, pues a nada trascendental puede dirigir su mente, mientras se encuentra trabado por su labor. Digo "trabado" y etimológicamente el vocablo es exacto. La voz-trabajo está originada en el latín "trabs-trabis-traba".

El trabajo deforma el cuerpo, y, lo que es más peligroso, llega a deformar el alma si el que lo sufre no es capaz de librarse de él, despreciándolo. La clásicamente llamada deformación profesional es un ejemplo en el doble sentido.

No creo que sea del todo deshonroso trabajar, como no lo son las ínfimas necesidades biológicas, pero ni lo uno ni lo otro tienen en sí mérito alguno.

Lutero aprovecha satánicamente el genial descubrimiento para lanzar sus dardos contra las órdenes mendicantes, contra los monjes que abandonan toda posibilidad de riqueza para entregarse a la meditación de Dios. Los bárbaros germánicos lanzan

entonces su primer gran "blitzkrieg" contra las naciones católicas con el explosivo "slogan" de la "honra del trabajo".

El hombre deja de ser la posibílidad extraordinaria de pensamiento que fué hasta ese momento. El camino espiritual de superación es despreciado y los herejes, maquinizados, entregados a producir y a comerciar, logran que desde ese momento un mercader, un artesano, se inclinen a menospreciar a un sacerdote, a un pensador, a un intelectual, a todo aquel que en sus aparentes ocios, encuentra formas de pensamiento para dignificar la vida.

Los hebreos, por reverencia a Jehová, descansan el sábado; ese día utilizan sus energías en la única ocupación digna: honrar a Dios, y ninguna razón, ni la defensa de sus riquezas, de su libertad, de su vida, les pareció suficiente para abandonar aquella piadosa faena. Hace veinte siglos ésto fué aprovechado por los estrategos romanos que sitiaban la ciudad de Dios. Aprovecharon que la fe les impedía a los israelitas levantar las armas para defender Jerusalem. Prefirieron los judíos la derrota ante los hombres pero no deshonrarse ante Dios.

De igual modo, los herejes luteranos aprovechan las ventajas que les da el mundo católico, que no usa su tiempo exclusivamente en el trabajo, sino en mayor parte para perfeccionar el alma, sea en los templos o en las playas, sea en los cafés o en interminables sobremesas; mientras los herejes montan sus agresiones sin descanso, y renuevan sus métodos, sus máquinas y sus armas.

En su mecanizado orgullo olvidan estos filisteos que los romanos, que no respetaron al pueblo de Dios, que un sábado arrasaron las murallas y el templo de Jerusalem, que dispersaron a los habitantes de la Ciudad Sagrada aprovechándose de su inercia mística, han desaparecido de la faz de la tierra, en tanto los judíos, sin prisa, solamente con fe, reedifican su templo en espera del cumplimiento de las profecías.

Los herejes luteranos-calvinistas y sus secuaces doctrinaron

que el hombre que trabaja no tiene ocasión de pecar y, por lo tanto, que una vida laboriosa asegura la salvación del alma sin necesidad de actividad alguna fuera de la producción sudoresca que no da tiempo ni lugar al mal.

Así se convirtieron en los pueblos más industriosos del orbe, y desprecian la perpetua dedicación católica a los problemas morales y al gozo de la vida, que es un don de Dios.

Aprovechan nuestros descansos, nuestro "sábado", que está en todos nuestros días, para asaltarnos las murallas.

Sabemos que se aprovechan de nuestra repugnancia a los trabajos serviles, por lo que estamos en desventaja con ellos, como lo estuvieron los judíos con las cohortes romanas. Pero no caigamos en el pecado de romper nuestro ritmo; no los imitemos; nuestro triunfo está en la fe, no en la parodia de sus errores.

Como contrafigura de Lutero pienso en San Francisco y a él mismo me dirijo para pedirle protección y ayuda e iluminación para mostrar su excelsa figura, tan justa y opuesta en su humilde honradez a la del pre-heresiarca camandulero.

Por desgracia, la fe no sustituye a la retórica y me azoro por el temor de no lograr claridad y eficacia tan luego después de haber pedido la protección del pobrecillo de Asis. Imagino al menor de los santos predicando a los pájaros, a esas flores voladoras que seguramente lo reclaman, libres de temor, en la perfecta comunión que poseen todos los que aman a Dios en sus obras, y a renglón corrido transcribo la charla número dos mil ciento veintitrés de Lutero, con una interpolación crítica de doce palabras de Funk Brentano.

"Estimo que cada año gasta Dios en alimentar a los pájaros más ingresos que tiene el rey de Francia con sus inmensas riquezas. Y ¿qué no hará Él por otros pájaros más grandes y más voraces, los cuervos, las cornejas, los arrendajos, los pinzones? . . . Si tanto gasta Dios para alimentar pájaros inútiles y alimentar-

los superabundantemente, ¿qué hombre va a perder la esperanza de ser alimentado por Él y provisto de lo necesario?

"Los gorriones son los más pequeños, los más libres de los pájaros y viven en la mayor magnificencia. Durante todo el año tienen sus mejores días cuando producen los mayores perjuicios. En invierno viven en las granjas, de las reservas de trigo; en la primavera se las arreglan con las semillas de los campos; aun en épocas de recolección los campos les suministran lo necesario. En otoño son los viñedos y los árboles frutales".

—"El cuadro no deja de ser agradable, pero la conclusión es inesperada"— dice Furnk Brentano. Y la conclusión de Lutero es ésta: —"Los pajaritos, pués, nunca serán demasiado perseguidos".

San Francisco y Lutero. ¡Qué sima infranqueable los separa!

El primero, en su pobreza, es la vida espiritual, generosa y confiada. El segundo sacrifica lo más tierno, lo más bello, el regalo más grande de Dios, la libertad, el ocio fecundo por codicia de las cosas materiales, producto del trabajo. Este es su error y su innovación.

Siendo, como dijimos, la característica del protestantismo su amor al trabajo y a su producido, el cuidado de las riquezas se convierte en un mérito y la avaricia al menudeo en una virtud, ¡y no sólo entre los herejes!, pues se nos ha contagiado a los católicos.

Varias veces he oído quejarse a católicos hispanistas porque España, con la misma rapidez con que recogió oro en América lo dejó pasar a manos llenas a los países industriales de Europa. Este desprendimiento no debe ser motivo de queja sino de orgullo. España dilapidó su oro, pero guardó lo que buscó, el fundamento de su gesta, que fuera la propagación de la Fe, y las almas de América son, gracias a ella, católicas.

Samuel Smiles fué un escocés patilludo que escribió una ristra de libros alabadores de las virtudes heréticas. Diserta en

la serie, entre otras supersticiones, sobre "El ahorro", "El trabajo", "El carácter". Durante años, el sajonismo de moda los hizo circular profundamente y aún hoy suelen darse como premios a los alumnos en los colegios. Yo, que nunca fuí muy premiado, gané uno de esos libros pero no me costó mucho sustraerme a su influencia.

Herejes y católicos somos muy distintos, pero la distancia que nos separa es fácilmente mensurable, es la misma que media entre este tal Samuel Smiles y San Francisco de Asis.

Smiles (que jamás sonríe, pese a su apellido) recomienda "el ahorro" como el cimiento de la sociedad, de tal manera que llegamos a olvidar que desde su origen marca el camino a los pecados mortales. Quien ejerce este pernicioso y disolvente vicio o quien lo ensalza, desconfía de la solidaridad entre los hombres, del prójimo que jamás dejará de dar a quien todo dió. Desconfía de los hijos que crecerán y cuidarán de quien cuidó de ellos en la puericia y en la niñez. Acapara para que nada le falte a él cuando los imprevisores, o los que tontamente han contado con su generosidad, sufran a su lado horrores de hambre, sed y frío.

El mundo de San Francisco prefiere lucrar de otra manera. Colocando los bienes en manos desconocidas, para que lo devuelvan, si el caso llega, manos desconocidas.

La primera faz del pecado de ahorro es grave. Pero lo es mayormente contra el prójimo. Más grave aún es la segunda: quien ahorra va contra Dios, pues duda y desprecia la generosidad divina. Smiles decide confiar en sí mismo, al revés del señor San Francisco confiado a la generosidad de Dios, que cuida de los lirios, de los pájaros, de las chicharras, de los indefensos y molestos gegenes.

Voluntariamente el Santo vive al día, no por imprevisor, sino por ultraprevisor, pues hace acopio de méritos ante el Señor.

La pobreza voluntaria del Santo (no pobreza obligada que no es mérito sino accidente) no es miseria, simplemente no am-

bicionar, no desear más que lo necesario, confiado en el amor del prójimo, del pariente, del desconocido, para el caso de necesidades extraordinarias.

No negamos que en nuestro mundo se cierran puertas cuando, necesitados, las golpeamos. Es que la voz de San Francisco ha sido desvirtuada, acallada por el demonio, personificado en el pasado siglo por Smiles. Entonces, aturdido por sus gritos demoníacos, austeros, abstemios, previsores y de carácter, hasta el católico cree que en el necesitado ha pecado de imprevisor y lo abandona a su suerte.

¡Qué monstruosa diferencia entre San Francisco y Lutero! Es imposible ensayar la menor concordancia entre ellos, pues los separa la misma distancia que media entre Dios y el Diablo, entre católicos y herejes, entre hombres y bárbaros, entre el Mister Smiles y el pobre tonto de Asis.

BANAUSIA Y ANTIBANAUSIA

El pudor católico nos obliga a decir "conseguir" en lugar de "ganar" dinero.

Con la infamia luterana del "trabajo honrador" el demonio invierte el resultado de una milenaria batalla comenzada victoriosamente por los abuelos de nuestro catolicismo, los grandes locos griegos que fijaban sus ideas sobre el trabajo en los conceptos de "banausia y antibanausia".

Los seres poseídos de "banausia" eran seres despreciables cuyas actividades se extendían más allá de la consecución de lo necesario para su manutención, por afán de lucro, por avaricia, por el malsano deseo de esclavizarse a una vida de goces suntuarios.

El ideal griego era "antibanausia", pues el griego conside-

raba deshonrosa toda labor que sin serle imprescindible para mantener la vida, le ocupara su tiempo a cambio de dinero o riquezas.

Para lograr este estado perfecto, vivía en un extremo de modestia. Su ajuar lo constituía no mucho más que un jergón y un arca. Su pieza habitación no tenía iluminación artificial, ni vela ni candil, o sea que su vida era regida por la salida y puesta del sol. Eran frugales, frugalísimos. Sus banquetes eran servidos con los alimentos y bebidas que cada uno llevaba y en las sobremesas de esas alegres comidas crearon en tres siglos, para milenios, todo lo imaginable posible en ciencias o artes.

Los que poseían talento, sabían su valor y no mendigaban la gloria. La falta de oferta de trabajo intelectual, la dificultad de encontrar a un pensador que se alquilara, hizo que el que cayera en la vergüenza de lucrar con su ciencia se enriqueciera fácilmente. Pero, durante siglos, contados los que se entregaron a mercar su genio.

Los socráticos y alquilones, Eurípides, Platón, Aristóteles, no fueron a este respecto más que excepciones deshonrosas para ellos mismos.

El antibanausia no era un haragán. Todo lo contrario, pero despreciaba el salario, pues sabía que al obligarse por dinero se privaba del elemento más precioso por el que un hombre puede llamarse libre: el ser dueño de su tiempo y con él de su imaginación. El antibanausia era múltiple, debía saber de todo, estar en todo.

Era banausia también quien se dedicaba a un solo arte, pues por su especialización perdía la noción de lo diverso del Universo. Dedicarse sólo a una cosa equivale a morir, a estratificarse, a yanquifizarse. El dilettantismo, despreciado hoy día por no ser productivo más que por superficial, es lo único que permite la captación general del mundo.

En "La decadencia de Occidente" el petulante Osvaldo Spengler sindica el fenómeno de la especialización como señal de

decadencia, sin advertir, en su herejía, que la especialización es característica de la heterodoxia.

El católico, como su helénico antecesor, no puede ser especialista. Está obligado a ser diletante, a mirar, y al mirar en ejercicio de su libre albedrío, en la mayor extensión y diversidad posible, la obra de Dios.

Esta indagación múltiple es el primer peldaño de la vuelta al Paraíso, que no es más que lograr estar en el seno de Dios, en la esencia de todas las cosas donde Él está con su omnipresencia.

La doctrina de la predestinación es un saldo de la especialización banáusica.

El trabajo, tal como lo conciben los herejes, es una rutina para no caer en el pecado: cuando más especializado sea, menos permitirá al hombre evadirse, discurrir, imaginar, soñar, pensar y pecar.

El diletantismo católico antibanáusico es la consecuencia obligada del libre albedrío, que no admite caer en un solo tema, sino que induce al amplio conocimiento de la naturaleza en toda su multiplicidad, para que, a sabiendas, pueda el hombre elegir entre el bien y el mal.

Donde haya herejía habrá especialización.

Donde haya catolicismo habrá diletantismo. Ambos vocablos son concordes. Católico es universalidad en Dios. Diletantismo es universalidad en arte y ciencia.

Los herejes se especializan hasta en la virtud y también en el pecado. El católico es inconstante en uno y en otro, porque su vida es una eterna búsqueda. No del Eterno en sí, de Él no duda y sabe dónde está, sino de sus obras, que son tan múltiples que no alcanza una vida para descubrirlas y contemplarlas. Por esa disposición hemos de ganar el derecho de proseguir la vida tras la muerte, indagando, gozando sin las trabas corporales de la belleza y magnificencia de la Creación, más allá de nuestros toscos y limitadísimos sentidos. Toda la belleza del Universo es nuestra, nuestros todos sus dones, no sólo los

que hay desparramados sobre la pequeña corteza terrestre con sus abismos, sus aguas, sus aires, sus nubes; también los del infinito cielo tan remoto.

San Francisco da un renovador impulso al antibanausismo, al enamorarse de la Hermana Pobreza. La pobreza no es miseria, es supresión de necesidades ficticias, desasimiento de todo cuanto tienda a lastrarnos, a embarrancarnos, a atarnos aunque sea con cadenas de oro.

La actitud de San Francisco no hubiera asombrado en Atenas, donde la falta de bienes no deshonraba, donde el exceso de riquezas y sus cuidados provocaba risa. Tan sólo los dioses podían ser ricos en sus templos, puesto que si los dioses estaban en algún sitio todo lujo era poco para agasajarlos. Esto lo sabemos también los católicos con nuestras suntuosas iglesias en paupérrimos poblados.

De los griegos heredamos el desprecio al banausismo y de ahí que ninguno de los nuestros osó decir nunca que el trabajo venal honraba. Hasta hace pocos años todo caballero católico que necesitaba trabajar se lo ocultaba a su familia.

Al igual que los griegos, los latinos del tiempo de la Reforma se habían lanzado católicamente a desentrañar antibanáusicamente los misterios de la tierra. Lutero los impregnó de deseos de trabajar, de uncir la cabeza a un yugo que no les permitiera alzar los ojos del surco. Este agente del demonio no creyó que el hombre fuera capaz de desentrañar las grandes verdades. Ya hemos expuesto que Lutero estigmatizaba a los monjes mendicantes diciendo que el mundo católico daba primas a la pereza, pero el estructurador de la doctrina, el verdadero resucitador del banausismo fué Calvino.

Este caballero dispéptico afirmó que a los condenados se les reconoce por la pereza.

Lutero y Calvino contribuyeron con su herética gravedad a una nueva barbarización. Sin ellos el cruel período del maquinismo industrial no hubiera sido posible. Sólo herejes pueden

colocar el trabajo sobre el hombre y la producción sobre la contemplación.

Los ideales heréticos sobre el trabajo se han infiltrado con tanta fuerza en nuestras mentes que parecen paradójicos los conceptos católicos sobre el trabajo; y no son paradojas, son verdades fundamentales que nos permitirán analizar y contribuir a solucionar la situación, a primera vista secundaria, en que parece estar nuestro mundo latino.

Lutero trastrocó completamente el sentido real del trabajo servil. Y en un siglo, lo que fué considerado oprobioso durante milenios se trueca en honra, en lema nobiliario, en piedra sillar de una nueva cultura. Ya no se oculta como vergüenza el tener que trabajar: se hace jactancia de ello y de no poder dejar de hacerlo.

La inmoralidad en que hemos caído es tanta, que una inmensa nación, lejos de avergonzarse de ello, alardea llamándose actualmente "República de Trabajadores".

El concepto del trabajo honrante es una de tantas herejías infiltradas en el mundo latino y una de las causas de nuestra decadencia. Los trabajadores profesionales, los ricos especialmente, son canallas sin imaginación, impíos enemigos de Dios, seres que dan la espalda a la belleza de la creación para fijar sus huecos ojos en la esfera de oro de sus relojes o en los estados mensuales de sus cuentas bancarias.

El trabajo únicamente puede ser aceptado como un suave ejercicio que, sin agotar ni fatigar demasiado, prepare al hombre para enfrentarse con su pensamiento.

Trabajar es imprescindible en pequeñas dosis, pues refuerza la mecánica de la creación, ya que prescindiendo de él en absoluto, se cae en el peligro de no poseer capacidad de llevar a la práctica las ideas.

Hace falta, pues, una pequeña dosis de trabajo, pero sólo como saludable gimnasia, jamás como honor.

Capítulo IX

EL TRIUNFO DE SATÁN

De Witemberg a Westfalia

España ni amiga ni enemiga: arruinada.

Cardenal Richelieu.

Hay más que coincidencia en la acción anarquizante de Lutero con el ataque islámico contra Europa.

Carlos V vió turbada su acción defensiva con las revueltas protestantes.

El demonio coordinó hábilmente la acción de las dos herejías (Lutero y Mahoma), y sólo la fanática tenacidad española pudo salvar al mundo en esa hora crucial.

Sin Lutero, Carlos V hubiera limpiado el Mediterráneo de infieles, y la época mecanicista, la edad moderna, se hubiera fundado sobre la piedad y el respeto católico y no sobre el filibusterismo industrial protestante.

Por desgracia, el catolicismo perdió el control del mundo y es innegable el triunfo en esto del demonio. Sus acólitos dirigen las máquinas y nos llevan a la destrucción.

La civilización, en manos protestantes, se desvirtuó convirtiéndose en una loca furia de progresos materiales que periódicamente culminan en crisis y en guerras fabulosas, como única solución para poder seguir alimentando su locura industrial irreprimible.

Estos trágicos resultados son lógicos; no puede ser de otra manera, cuando el poder, la fuerza, está en manos del demonio.

Desde el momento en que Lutero fijó sus heréticas pravedades en Witenberg, en octubre de 1521, hasta 1648, el año

de la Paz de Westfalia, corre un período de consecutivas derrotas de los pueblos de Dios. En ese lapso hemos de fijar nuestra decadencia, corolario de una larga serie de errores católicos.

El día que se firmó la Paz de Westfalia, marca la nefasta fecha del triunfo de la Reforma y los herejes logran su negro predominio material.

Desde el infausto día de la rúbrica de ese tratado, el orbe católico no tiene voz ni voto en los sucesos universales. Hace trescientos años que el hombre está fuera de todas las soluciones que a él le atañen. Los bárbaros, por tres siglos, dan cuenta de nuestros despojos y, si algo todavía nos queda, es porque su ilimitada voracidad no los deja ponerse de acuerdo en el reparto.

Después de la traición de Judas, el mundo católico no conoce mayor perfidia. El culpable de esta decadencia fué alguien que también se sentara en la mesa del Señor. Un religioso de alta categoría, primer ministro de Francia, Armando Juan du Plessis, Cardenal de Richelieu.

Hasta su traición, los hombres luchaban y morían por la gloria de Dios, por el enaltecimiento de su alta Fe. Estos eran los fines de todo esfuerzo aunque erraran mil y una vez.

Pero este religioso ulceroso, bilioso, prefirió la vanidad de ser ministro de Francia a la gloria de ser Cardenal de Dios, y usó su genio infernal para que los herejes destrozaran el poder de los católicos en Alemania. Obró con el inmediato designio de debilitar a la piadosa España.

En 1631, la guerra religiosa en Alemania estaba prácticamente terminada. La unidad religiosa era un hecho, gracias al tesón del emperador y al ímpetu avasallador, al genio organizador de su general, el príncipe de Wallenstein. Las herejías, en sus orígenes, jamás fueron religión sino un arma política, y su extinción depende de la voluntad de los príncipes, como lo fué la conversión de España cuando Recaredo abandonó el arrianismo por la verdadera fe, como lo fué la conversión de Francia

cuando Clodoveo aceptó abandonar a Arrio por el París de Santa Genoveva.

Los herejes estaban entonces tan vencidos que no titubearon en pedir auxilio a los turcos musulmanes, quienes se les negaron por no considerarlos dignos de ayuda, pero lo que no lograron de los islamitas lo consiguieron de la Francia católica manejada por Richelieu, que pagó a Gustavo Adolfo de Suecia 400.000 thaleros de plata anuales como tributo de cooperación en la guerra protestante.

Tan derrotados estaban los herejes, que habiendo ya desembarcado el ejército sueco en Alemania, los príncipes alemanes no se atrevieron a aliársele. No concebían otra salida que la rendición y sólo después de las sorprendentes victorias del sueco lo aceptaron como aliado.

Richelieu, para consumar su traición, llega a las extremas humillaciones consignadas en el Tratado de Barwalde (1631). En él acepta condiciones ignominiosas para su monarca, tales como tratar en pie de igualdad al rey sueco, el hijo de un usurpador, es decir, legitimar una situación de hecho reñida con las doctrinas del derecho divino de los reyes, y ayudar indirectamente a resquebrajar la estabilidad de las casas reinantes europeas.

Richelieu actúa como podría haberlo hecho Lutero o Juan de Huss; reacciona como nacionalista, sin preocuparse de los peligros que su política iba a atraer sobre su patria y la dinastía de los Capetos tres generaciones más tarde.

Olvidó su investidura ecuménica y traicionó su catolicismo, inutilizándolo como aglutinante político; desde ese momento la religión dejó de ser nexo de la latinidad, cuya decadencia y anarquía fué sancionada en la paz de Westfalia. Desde ese momento, los creyentes dispersos lucharían entre sí y serían llevados a soluciones ajenas a sus divinales destinos.

El mundo protestante aprovechó la fisura abierta por Richelieu.

Desde 1648 fuerzas ideológicas extrañas nos imponen fórmulas políticas anarquizantes.

La política es regional, y así es imposible que coincidamos "políticamente" los católicos dispersos en mil regiones, de distintas costumbres.

La religión, único medio de unión que poseemos, es relegada a un plano secundario. En tanto, los herejes no dejan de hacer gravitar sus errores religiosos y en torno a ellos se unen cuando hay oportunidad de perturbar a los hombres de Dios.

En Estados Unidos bastó que existiera la posibilidad de que un católico ocupara la presidencia para que todas las fuerzas heréticas se unieran y lo impidieran. Así fué derrotado Al Smith por católico, no por su programa político.

Estado y religión son, generalmente entre herejes, una sola entidad. Los reyes de Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega son jefes de sus respectivas iglesias, y en los países que por no ser monárquicos no dan derecho al jefe de Estado para ejercer la jefatura eclesiástica, este poder lo asumen de hecho, como ocurre en Estados Unidos, en Alemania y en Rusia.

Esta unión de Iglesia y Estado entre los herejes no impide que toda su propaganda anticatólica tienda a separar la Iglesia del Estado. Con el "slogan" de la libertad de conciencia hienden la unidad religiosa que necesitamos los latinos para defendernos y recuperarnos.

La paz de Wetfalia no admite por su gravedad parangón con otro suceso histórico. Es más grave que la entrega de África a los vándalos consumada por Bonifacio, que la caída de Constantinopla en poder del Islam, que el llamado de los árabes por los hijos del rey Witiza a España.

Tratando de disculpar a Richelieu, podemos pensar que no calculó la peligrosidad y la potencialidad del rey sueco, como tampoco lo creyeron peligroso en la corte de Viena, que respondió con risas a su desembarco. Risas que se trocaron en llanto durante los 17 años que se prolongó la guerra, que terminaría

en 1648, al parecer con un empate, pero en realidad con el más grande de los triunfos militares de la herejía.

La actitud de Richelieu no fué una innovación en su país. En la batalla de las Navas de Tolosa, decisiva para la derrota del Islam en Europa, los franceses, que habían llegado como cruzados, momentos antes de la pelea con los enemigos de la Fe se arrancaron las cruces y volvieron a su país cargados de salud y de deshonra: eran 10.000 caballeros y 100.000 peones. Siglos más tarde, cuando Carlos V luchaba por la Cristiandad, Francisco I pactó con los musulmanes y tuvo embajadores en las galeras de Barbarroja y coordinó sus guerras con los ataques de Solimán II a Hungría. Repitiendo la ancestral costumbre, Carlos IX prefirió pactar con los infieles cuando Venecia, España y el Papado lo invitaban a entrar en una liga para librar de musulmanes el Mediterráneo; así fué que, para su oprobio, no hubo franceses en Lepanto junto a los cristianos.

Por los equívocos maléficos que dieron tan impío final a la guerra de los treinta años, una vez más se resintió el reinado de Dios sobre la tierra.

Por su propia culpa, Francia, que trajo a la Alemania herética sobre el Rhin, purga con su sangre, en forma periódica, la traición de Richelieu.

LA EXPERIENCIA DE WESTFALIA: NO PROMISCUAR

Los sucesos posteriores a la gran traición de Westfalia marcan violentamente el retroceso del mundo católico y ponen en evidencia el triunfo de los herejes.

Por imperdonable error intentan los pueblos de Dios encontrar soluciones políticas a sus desastres, cuando lo político es

sólo un elemento secundario del factor moral y del factor religioso.

Pagamos errores de Fe, hemos abandonado a Dios, que nos ha dado el camino de la inmortalidad y promiscuamos con los agentes de su enemigo.

El hereje contemporáneo deslumbra con más brillo que los bárbaros persas. Sus máquinas, sus negocios, gravitan sobre nosotros haciéndonos olvidar que sus tentadoras manufacturas han sido fabricadas al precio de la esclavitud y la corrupción de tantas almas.

Nada debemos aceptar de ellos, nada tenemos en común con ellos, ni alegrías, ni dolores, ni paz, ni guerra.

Nuestro aislamiento no debe interpretarse como exteriorización de egoísmo sino como única posibilidad de salvación nuestra y de ellos.

La ansiada paz mundial no podrá jamás ser edificada por herejes, pues no puede haber paz sin fe, sin desinterés por los medieros del Diablo, opulentos ayudistas que hablan de paz pero al mismo tiempo ensayan las más poderosas armas de destrucción en masa, los crematísticos padrinos de la tecnología, o los apóstoles del proletariado, que son otra casta de herejes tan peligrosa como la de Occidente, tan fanática, tan cruel, tan hipócrita y tan negadora del hombre. No, ni unos ni otros tienen las manos limpias que exige esa empresa. Una empresa de riesgo que consiste no en armarse, sino, precisamente y ante todo, en desarmarse. Los herejes han suplido siempre con armamentos su falta de valor, la conciencia con ciencia, la santidad con la austeridad y la generosidad con el ahorro.

Los herejes llevan en las entrañas los gérmenes de su propia destrucción; hay que apartarse de todo trato con ellos y esperar pacientes, o su fin o su conversión.

De las miles de sectas heréticas, la más peligrosa no aparece como religión sino inocentemente disfrazada de concepción político-económica y se llama "marxismo".

Lo que no debemos hacer nunca los católicos es lanzarnos en brazos de una herejía por temor a otra. Fuere cual fuere su momentánea actitud, todas las sectas y variantes heréticas son el mismo intento del demonio.

Las herejías confinadas en países nevosos no nos han vencido, pero sí nos han herido de gravedad, y desde sus inhóspitas regiones, donde la vid se niega a crecer, están en acecho para impedirnos lograr nuestros propósitos divinales.

No pueden exterminarnos. Sólo desviarnos de nuestra ruta. Demorarnos. No se presentan como enemigos declarados sino encubiertamente, fríos, previsores, sonrientes, regaladores como su padrino, el Diablo, regaladores de ayuda económica a los países atrasados, de divisas a las naciones proveedoras de materias primas, de ideales a los pueblos que afortunadamente carecen de ellos, de armas a los expoliados indígenas que deben defenderles sus concesiones, sus inversiones y sus rutas. Los regalos del Diablo. Pero también son regalos del Diablo los que estos timadores, que otrora traían alcohol y abalorios para los desnudos indios y negros, traen ahora para nuestras tontas mujeres luego de haberlas adiestrado en maquillarse las manos: heladeras, lavarropas, mezcladoras, aspiradoras, ollas térmicas . . .

EL MARXISMO, LA HEREJÍA DEL SIGLO XX

"No temo el comunismo, temo el pecado, el comunismo es la vara de Dios. Cuando el padre ve al hijo comportarse bien deja la vara de lado arrojándola al fuego".

PADRE LOMBARDI

RAZONAMIENTO CATÓLICO Y DIALÉCTICA MARXISTA

No debo en forma alguna usar premisas marxistas en mi razonamiento, después de haber descubierto que son portadoras de sutiles herejías.

Tan infiltradas están sus pravedades en nuestros comunes pensamientos que me costó un verdadero esfuerzo prescindir de ellas.

Si no pudiera sustituírlas tendría que reconocerme incapaz de cumplir la tarea que me he impuesto con el fin generoso de propender a la gloria de Dios y con el fin egoísta de moldear mi alma para que en su momento pueda ser ella como los ángeles.

Si no pudiera prescindir de los esquemas marxistas estaría obligado a reconocer el triunfo de Marx.

Por suerte, estoy seguro de haber encontrado en la sabiduría católica, fórmulas simples, elásticas y originales para demoler los sofismas del comunismo.

MARX, HEREDERO DE LUTERO

Si el comunismo fuera solamente un nuevo sistema político o la aplicación de una doctrina económica, su auge no tendría importancia alguna; tanto da que sea uno u otro el sistema que rige las cosas de la tierra, siempre y cuando a su sombra

podamos cultivar el alma, con rumbo a nuestro glorioso destino.

No debe importar el rostro del César, con tal que no se inmiscuya en las cosas de Dios. Pero el comunismo no es una simple forma de gobierno, sino una herejía, culminación de los errores luteranos.

Las principales innovaciones heréticas de Lutero fueron la concentración del poder religioso en el Estado —ligando la religión al nacionalismo— y el considerar al trabajo como honra y óbice del pecado. Para Lutero, el trabajo y sus productos son sagrados; el hombre debe, pues, amar sus cadenas, convertirse en esclavo de sus propias empresas, de sus fábricas, de sus leyes.

Por obra y gracia de la predestinación, el hombre entrega su vida a una rutina. Por la negación del valor de las obras piadosas ninguna acción individual puede considerarse meritoria; meritorias son únicamente las acciones colectivas. El hombre no puede hacer nada en la consecución de la propia salvación.

En el marxismo culminan estos conceptos; el Estado absorbe toda actividad; el libre albedrío no existe; toda gestión del hombre en cumplimiento de planes preestablecidos y su individualidad debe someterse, desaparecer. Para un comunista no es concebible la vida de un contemplativo, que lo reduce todo a iniciativa interna e íntima. Sólo es mérito lo colectivo, nunca lo individual.

La herejía comunista se muestra en toda su crudeza en la evolución de los conceptos del trabajo. El obrero es elevado sobre los demás, no por ser hombre, sino por ser agente de producción.

Supera al mercantilismo luterano, que tolera con reservas a quien no produce; en el mundo comunista "quien no produce no come", y quien no come se muere.

Dios es negado. Más que negado, olvidado por innecesario en una sociedad donde el individuo y su responsabilidad es sustituído por el Estado y la responsabilidad colectiva, donde el jefe del Estado es el único capaz de saber diferenciar lo malo

de lo bueno. El hombre esencialmente no existe; existe sólo y apenas como unidad estadística.

El buen comunista no puede pecar; no tiene tiempo para ello.

Siguiendo el concepto luterano de que el hombre es fundamentalmente malo, debe aceptar el medio de impedir su condenación dedicándose al trabajo, lo que le salvará de caer en el pecado. Así también es lógico que se llegue a afirmar que sólo el trabajador es bueno y Dios ya no es necesario, pues si a él se llega sin culpas, no puede ser tan cruel que niegue la gloria a quien solo cometió el error de olvidarlo.

En el marxismo encontramos desarrollada al máximo la herejía del trabajo honrador.

Para honrar a Dios se requiere darle lo que más vale del hombre, más que el dinero, tiempo. El tiempo es fracción de la propia vida de uno, y el tiempo entregado en holocausto a Dios es el más grande homenaje, quizá el único. Bien, el tiempo no es propiedad del hombre en el mundo socialista. El tiempo es del Estado, el tiempo es del trabajo.

Me contestarán que tienen días y horas de descanso, pero son horas de descanso, no de libertad, horas para reponer las fuerzas y seguir trabajando.

Es la herejía de este siglo, la última herejía, y en ella se acumulan y perfeccionan todas las herejías anteriores.

Primera Gran Herejía Marxista: "Las Clases"

En el cursi y romántico documento llamado "El manifiesto comunista", que firman Marx y Engels, están sintetizadas las innovaciones que lo sindican como una nueva herejía. El "manifiesto" tiene la misma importancia en la historia de los heterodoxos que las noventa y cinco proposiciones de Lutero,

fijadas por éste en octubre de 1517, en las puertas de la capilla electoral de Wittenberg [1].

Del "manifiesto" extraemos los puntos fundamentales de la nueva herejía. La claridad de su texto es tal que aun quienes rechazan sus conclusiones aceptan la verdad de los dogmas e interpretaciones históricas que contiene, y así nos encontramos con que oponentes del marxisto esgrimen su misma dialéctica dando validez al arma de su agresor. Este es su triunfo y la demostración de su capacidad herética: sutil inyección de errores en el espíritu de los inficionados.

La primera herejía no se hace esperar, pues se enuncia en el primer párrafo del documento, que dice: "Toda la historia de la sociedad humana hasta el día es una historia de lucha de clases".

Con petulancia característica los autores del "manifiesto" deciden ajustar retroactivamente la marcha de la historia a la llamada "lucha de clases". Marx y Engels ignoran las luchas guerreras nacionales e internacionales por ideales políticos, raciales, dinásticos, ideológicos, religiosos; ignoran la guerra del Peloponeso, la de los Cien Años, las Cruzadas, la Conquista de América; ignoran todas las proezas originadas por el amor y el odio y por influjo literario, y todas las atrocidades a que esas pasiones han empujado al hombre sin envilecer su destino. La premisa de esta falsedad histórica supone una inexistente división en clases que le sirve a Satán para hacernos olvidar que en la humanidad sólo existe el hombre diferenciado por su capacidad creadora.

Las clases son una armazón rígida que impide las activi-

---

1 Para el análisis del marxismo tomé tan sólo el "manifiesto comunista", por ser la síntesis de sus errores, pero su teoría de la historia, sintetizada en quince proposiciones, devela su error tan claramente que merece una acotación.

No innova nada. Unicamente remoza la vieja herejía esclavizadora de la predestinación, con pseudocientificismo. Dictamina "la historia no se desarrolla de acuerdo al libre albedrío del hombre, sino que, independiente de la voluntad, toma tal o cual sesgo calculable e inexorable".

El dios cruel de la predestinación es sustituído por el "materialismo histórico", tan cruel y más inexorable, pues no permite evasión alguna, no acepta "gracia" de ninguna especie.

dades salvaguardadoras del libre albedrío. El mayor desmentido a la existencia de las clases lo dan las mismas repúblicas socialistas contemporáneas, gobernadas, no por una clase, sino por una minoría, por un partido político cuyos miembros, en su mayor proporción, no son de origen obrero.

Marx y Engels dictaminan con la seguridad de Moisés al imponer éste las leyes dictadas por Dios en el Sinaí. En pocas líneas exponen la síntesis histórica de las clases en Roma: "patricios, caballeros, plebeyos y esclavos". Silencian maliciosamente que el predominio de los libertos (ex esclavos) llegó a ser abrumador, tanto en la República como en el Imperio, y que la división en tipos de ciudadanos se realizaba por normas de especialización política y de repartición de las cargas del Estado, según su capacidad. Tanto que patricios como Clodio se hacen adoptar por plebeyos para mejorar su posición, para poder ser tribunos de la plebe o para eludir las cargas públicas que hacían pagar carísimo el patriciado.

Después de afirmar que la historia no es más que una lucha de clases y haber hablado de las divisiones políticas de Roma, Marx y Engels omiten toda alusión a las guerras civiles, que no pudieron ser de clases, pues ni los Gracos, ni César, ni Catilina, ni Clodio, ni ninguno de los defensores del pueblo fueron plebeyos (sólo Mario, pero renegó de su origen). Todos fueron hombres llenos de pasión de justicia o de mando, que invocando amor a los desposeídos intentaron o realizaron reformas.

De todas las revoluciones conocidas sólo una fué presidida por un proletario, la de Nápoles de 1647, por el pescador Masaniello (contracción de Tomás Aniello de Analfi). Debo confesar que este ejemplo no es del todo exacto, pues el numen inspirador del "proletario" Masaniello fué un anciano burgués, calvo y de larga barba blanca, llamado Julio Genovino, que le soplaba en voz baja todo lo que Massaniello debía repetir. Tanto, que cuando éste dictaba sus sentencias inapelables, se ponía la mano en la frente inclinándose como si reflexionara, pero en

verdad para oír mejor lo que quedamente le dictaba el anciano.

Las demás revoluciones, en su totalidad, fueron y seguirán siendo obra de hombres de la presunta clase media, nunca perteneciente al grupo de los oprimidos. Es decir, hombres generosos que luchaban contra sus iguales para remediar males de los desposeídos. Burgueses y no proletarios fueron Cronwell, Robespierre, Lenin, Trotsky, Stalin y todos los revolucionarios pasados y futuros.

Recuerdo que la excepción de Masaniello, de humilde pescador rotoso y descalzo, en los siete días que duró su aventura, llegó a vestir más lujosamente que el virrey y cortó en una semana más cabezas que en siglos sus opresores. Lo mató el populacho que en un segundo olvidó todos los beneficios que pudo haber recibido a semejanza de todos los "pueblos del mundo". Quizás se le mató porque saltó a otra "clase" en brinco demasiado rápido; el pescador logró tanto éxito porque ignoraba la teoría de la predestinación luterano-marxista que le hubiera impedido vivir tan bella semana, apropiada para un alma grande, loca, latina y católica.

Si existieran las luchas de clases, no se concebiría que la burguesía se sacrifique por el proletariado. No hay clases, sólo existen hombres, el hombre.

La concepción de la división de clases es de tal modo arbitraria que en nuestro tiempo encontramos burgueses llenos de necesidades y proletarios de vida cómoda.

Para afirmar su herejía, no pudiendo afirmarla en hechos históricos, a pesar de todos sus intentos, el marxismo usa del más sencillo de los recursos, usa el odio. El odio es el arma más fácil de esgrimir, y el culpar a un hombre, a un grupo de hombres, de todos los males, es un sistema ideal para escudar los propios errores. Puede culparse a los burgueses, a los judíos, a los trotzsquistas, según el lugar donde se actúe; estas acusaciones tienden siempre a engañar a los que pretenden defender.

El marxismo lanzó su odio contra el burgués, contra el

hombre medio. Para hacerlo aprovecha la aureola romántica creada en torno al trabajador desde Lutero y presenta a los trabajadores como una clase meritoria e injustamente desposeída, y la incita al despojo y al apoderamiento violento del poder.

La propaganda marxista dirigida contra los burgueses ha hallado sorprendente y ridículamente en nosotros los mejores colaboradores, pues no hay un solo burgués que no sea un renegado, como si ser burgués fuera infamante y ser proletario honroso. ¿Dónde encontrar un burgués que se enorgullezca de serlo o que al menos no disimule, como un oprobio, su condición?

INTERPRETACIÓN SOCIAL SIN DIVISIÓN DE CLASES

Por generosidad burguesa, en un tiempo no quise aceptar la división de los hombres en clases. Para ello me basé en una bella mentira liberal: "Todos los hombres somos iguales", y viví aferrado a ella hasta que debí confesarme que por lo contrario, "todos los hombres somos diferentes". Entonces, saliendo de un error, entré en otro. Creí, por un error de silogismo, que si éramos diferentes, debíamos ineludiblemente agruparnos en clases y para ello debía elegir entre proletariado, burguesía y aristocracia.

Intenté jugar de proletario; ni siquiera intenté jugar de aristócrata. Luché con mi razón contra las evidencias: si debía colocarme en alguna clase, las más netas características me sindicaban como un cochino burgués. Tan despreciada estaba la palabra que oculté mi estado, con el pudor de quien padece una enfermedad venérea.

Confieso: si las clases fueran tales como la herejía marxista expone, irremediablemente soy un bello exponente de la burguesía, aunque si deseara podría evadirme de ella como tantos y

tantos de mis amigos, que al cantar en la Internacional el clásico: "¡Atrás, atrás, chancho burgués!", miran de reojo para ver si son creídos.

Pero mi cínica conformación ortodoxa no me permite estas pequeñas trampas, pues los católicos sabemos que no vale la pena engañarnos a nosotros mismos ya que el Eterno y Omnipresente Juez nos pedirá algún día cuentas. Y nos vigila permanentemente con su ojo tierno pero inmóvil. Así es que honestamente acepto mi condición, sea cual sea. Si Marx está en lo cierto, soy un chancho burgués. Si mi tesis es mejor, no soy clase, no soy puerco y continúo siendo burgués.

La gran herejía de la división de clases nos ha inficionado de tal manera que difícilmente logramos prescindir de ella en nuestros pensamientos, pese a reconocer lo impreciso de sus límites, lo paradójico de las situaciones que plantea.

"Clase" es sólo una generalización más, un concepto abstracto más, ideado contra el hombre para hacerlo desaparecer en la masa. Se pretende que por lo mismo que somos distintos tenemos que ser clasificados en grupos diferentes. Pero no es así y hay sólo una medida: el Hombre, diferentemente capacitado en las muy diversas expresiones individuales para cumplir su única misión, que es realizar el ciclo terrestre, perfeccionando el alma. Podemos, pues, clasificarnos según las condiciones en que estamos para tal logro.

No es posible aceptar diferenciaciones artificiosas, transitorias o circunstanciales. Sólo serían susceptibles de ser tomadas en cuenta aquellas diferencias que se basaran en las distintas posibilidades de creación, de valorizar nuestra alma para el viaje sin penurias ni fin.

En la herética división de clases, las situaciones paradojales son lo común: proletarios con sus necesidades cubiertas y con tiempo de sobra para holgazanear; burgueses agobiados de obligaciones; aristócratas hambrientos y menospreciados; intelectua-

les por miles que no saben dónde clasificarse y coquetean, como putas, con todos los grupos.

La calificación que expongo se apoya en elementos inmutables y no precisa ni interpretaciones capciosas de la historia, ni declaraciones retóricas, ni apelación a documentos políticos. Es sencilla y clara, permitiendo que, sin dudas, pueda el hombre afirmar su condición. No es vulnerable por ningún régimen social o económico. No es más que una relación entre:

Tiempo libre — Trabajo — Alimentación

☆

ELEMENTOS PARA FIJAR LAS CONDICIONES SOCIALES

TIEMPO

Tiempo es la relación entre la inteligencia del hombre y el término de su vida

PARA la piedra que no muere, el tiempo no existe. Tampoco existe para el que no crea, para el que no tiene pasiones, pues entre su vida y su muerte no hay variación.

"Tiempo libre" es aquel que podemos usar a nuestro albedrío. No es tiempo libre el que corre sobre dormidos o borrachos o torpes, ni tampoco el gastado en cubrir necesidades biológicas. Ni lo es el de descanso, para reponer energías.

El tiempo libre requiere plenitud física y mental para aprovecharlo, como se desee, con abstracción de toda obligación anterior o posterior.

El tiempo libre es esencial y consustancial al hombre, pues mientras las otras especies animales justifican su existencia con sólo vivir y reproducirse, el hombre puede llamarse "rey de la creación", no por los portentos que es capaz de realizar con

sus manos o con su inteligencia —ya que proporcionalmente es aventajado por la milagrosa producción de los insectos, de los pájaros y hasta de los vegetales—, sino por su sentido de Dios.

El hombre no vive el tiempo que dedica al trabajo banáusico o a torpes menesteres; vive únicamente el tiempo libre, el que puede aplicar a su gusto a la reflexión de Dios o de sí mismo o a la pura contemplación de la Creación.

El hombre se eleva sobre todos, no cuando produce físicamente, sino cuando en su tiempo libre es capaz de intuir los misterios de las estrellas, del agua, la tierra, el fuego, y cuando en ínfimos gusanos, en palpitantes pájaros, en líquenes, en árboles, es capaz de hallar la armonía del Creador y en todo ello encontrar motivo de agradecimiento, fuentes de estímulo para perfeccionándose, acortar las gradas que lo separan de Dios.

El tiempo libre es el único que nos interesa, es el único que nos puede llevar al resultado trascendental de llegar a ser como los Ángeles.

TIEMPO LIBRE Y LIBRE ALBEDRÍO

El tiempo libre de obligaciones es el único capaz de ser llenado con imaginación y Fe. No tiene importancia el que estos períodos sean o no sean aprovechados por el que los tiene, pues la responsabilidad de su aprovechamiento corre por cuenta de cada cual.

Este derecho de aprovechar o perder la oportunidad que se depara al que tiene tiempo libre es el fundamento del libre albedrío. El derecho de ganar o perder el alma. El derecho de aceptar la oportunidad de llegar a ser como los ángeles o de no pasar de gusano.

No se puede preestablecer normas para el empleo del tiempo libre; si hay normas no hay tiempo libre y no hay responsabilidad por su empleo. Si hay alguna coacción, incluso para realizar las buenas obras, éstas pierden su mérito.

Tiempo libre y catolicismo están tan íntimamente ligados que no son concebibles el uno sin el otro.

Tiempo libre es la piedra angular de la Iglesia Romana. Es el libre albedrío perpetuamente atacado por el demonio con el estilete del determinismo. La negación de la capacidad del hombre para disponer de tiempo libre, es común a todas las herejías, es común a los persas, a los arrianos, a los musulmanes, a los luteranos, a los comunistas.

La Iglesia nos ofrece la opción entre ser santos o pecadores, pero a nuestro riesgo deja la elección y para garantir la libertad de elección es la eterna excusadora de yerros para que sin temor podamos una y mil veces volver a empezar. Importa que no caigamos en el pecado, pero si caemos en él disponemos de la penitencia y nos es dado alcanzar el perdón, y, más aún, probar la infinita tolerancia de Dios.

Pero para enfrentar este dilema, para ganar por nosotros mismos una vida eterna o perderla, precisamos tiempo libre de toda presión. Sin él nada vale virtud ni pecado, pues ni se puede ser santo por coacción ni pecador sin libertad.

TRABAJO

Cuando el buen Dios quiso mitigar su soledad e inició la gran experiencia del hombre para hacerle su amigo, y éste, como tantos hijos, falló a las esperanzas de quien lo engendró, lo expulsó del Paraíso, pero lo dejó libre y con la libertad, la posibilidad de volver a su presencia, de llegar un día con

sus esfuerzos a ser como los ángeles, a poder estar otra vez en comunión con Él. Además de expulsarlo del Edén, Dios le impuso al hombre, por su pecado, como única condena el trabajar.

Este concepto del trabajo-condena fué reconocido durante milenios y aceptado por todo el mundo. Pero no todos recuerdan que con la venida de Cristo el hombre fué indultado, a semejanza de los pájaros del campo, de los lirios del valle, que sin labor alguna comen y son bellamente vestidos.

Santo Tomás afirmó que el que puede pasar sin trabajar está en libertad de hacerlo, y que la vida del rico que se consagra a la devoción y a la contemplación es preferible a la del trabajador que no lo hace.

A los ojos de Dios no pesa la fortuna ni la pobreza, el trabajo ni la inacción; pesa tan sólo aquello con lo que el hombre supera la materia y se acerca a Él. El trabajo, por sí, no es mérito ni deja de serlo, pero es un impedimento pues por el tiempo que ocupa nos aparta de Dios.

El trabajo no honra. Es un accidente y cuando es inevitable vale lo mismo que cualquier operación biológica, que no es mérito ni infamia el realizar (comer, dormir, digerir, etc.).

Cuando no queda más remedio, por últimas necesidades, podemos quitar el tiempo a Dios, y nos será perdonado, pues lo hacemos en tal caso por mantener la vida que se precisa para perfeccionar el alma.

El trabajo nos iguala a las bestias, que de mil y una manera logran su cobijo y mantenencia, y se cubren de colores para atraer a las hembras de su especie. Nos diferenciamos los hombres de las bestias cuando, fuera de toda sudorosa coacción, usamos la mente en desentrañar los misterios de la naturaleza, rastreando en ella a Dios.

ALIMENTACIÓN

EL PAN

Ayer se luchaba por el "pan". Hoy, más ilustrado el hombre, exige alimentos balanceados.

A Joe Louis, el gran campeón negro, con dietas inadecuadas, alimentado con arroz descascarado, podríamos convertirlo en un inválido. Con la misma dieta a Einstein se lo puede idiotizar. Pero a la inversa, a un tonto no lo podremos genializar por más que lo alejemos del beriberi rellenándolo de multivitaminas.

El primer axioma de nuestra especie podría ser: "No hay pedagogía que pueda suplir la alimentación, ni alimentación que pueda suplirse con literatura".

El segundo: "Un sabio mal alimentado puede dejar de ser sabio. Un tonto bien alimentado no dejará de ser un tonto".

De aquí que el hombre bien alimentado tiene posibilidades y no seguridades de ser productor de ideas.

Morgan, en su libro genial (aunque luterano) "La sociedad primitiva", señala el paralelo que existe entre el progreso de la civilización y la riqueza de los alimentos. Riqueza, dice, no abundancia. Con una pequeña observación histórica se adelantó medio siglo a los problemas dietéticos que hoy se comprueban en laboratorios.

Es axiomático que la alimentación, cuando es adecuada, favorece la capacidad productiva; pero también es axiomático que fuera de la justa medida es de influencia demoledora. A Aníbal no lo vencieron los romanos, sino los deliciosos excesos de Capua. Y San Ignacio de Loyola demostró su sabiduría al no aceptar en la Compañía de Jesús al doctor Ortiz por ser dedemasiado gordo.

El déficit alimentario impide toda acción que no tienda a suplirla. La inteligencia, el amor, la moral, son lujos de la

justa alimentación. Pero la sobrealimentación es tanto más nociva que el hambre, y es, con respecto a los pueblos, un claro síntoma de decadencia. Toda civilización marca el comienzo de su declive con la culminación en el arte culinario, el último resplandor que adormece la creación. Los estudiosos del arte y de la evolución de los países olvidan esta verdad, que es la llave que cierra todo ciclo de progreso. Es difícil precisar dónde comienzan las civilizaciones, pero su terminación coincide con el auge de las cocinas. Persia, Grecia, Roma, Francia, nos dan la pauta de lo acertado de esta acotación, valedera porque se cumple no sólo colectivamente, sino también individualmente.

EL VINO

"Y yo te planté de buena cepa
Simiente buena toda ella.
¿Cómo me has tomado sarmiento
de vid extraña?

JEREMÍAS (2.21).

Al aportar el elemento "alimentación" a esta teoría, no puede dejar de hablarse de la bebida. Si no lo hiciera traicionaría a mis más íntimos amigos y a mí mismo.

¿Cómo podría? ¿Qué ataque agudo de filosofía podría justificarme si al hablar del pan olvidara al vino? ¡Como si sólo de pan viviera el hombre!

Cuando se aplique la teoría de la división de condiciones por elementos fijos, deben hacerse las variaciones de acuerdo a lo que el hombre bebe.

Esto no es teoría; es una práctica, es el resultado de una estadística fácil de comprobar.

El catolicismo, como el helenismo, se desarrolla con pujanza y pureza en las zonas geográficas aptas para el cultivo de

la vid. Esta norma, tanto se cumple que la Alemania católica es la de la zona de viñedos y la herética, la de la cerveza.

El vino en la misa no sólo es misterio, significa también la enunciación de una cumplida profecía. Sólo con vino es posible la misa, sólo en los países con vino se dará misa.

Así es que los países bebedores de vino se oponen a los bebedores de fermento de grano: whisky, vodka, cerveza.

Esta discriminación no es idea mía. Respetuosamente se la devuelvo al gran Esquilo, quien, en "Las Suplicantes", ya marcaba la diferencia entre los griegos bebedores de vino y los bárbaros egipcios trasegadores de cerveza. Recordemos el verso en boca del rey Argolida, que se jacta de representar un pueblo vinícola. Dice:

"Aquí, en los ciudadanos de Argos, encontraréis hombres y que no beben vino de cebada".

Es decir, que hace 2.500 años ya se conocía la misteriosa diferencia entre los bebedores de vid y los de cereales.

En las tabernas de vino se oyen parloteos, cantos alegres, confidencias pregonadas. Los bárbaros parroquianos del whisky y de la cerveza, en cambio, si salen de su mutismo habitual es para vociferar y aturdirse con música de batería y con himnos de cuartel.

El borracho de vino canta solo, baila solo, es un individuo que se encuentra; el de grano se transforma en miembro de un coro y en su canto está prisionero del canto del vecino.

LA VIÑA Y EL GRANO

HERMANO pecador, hermano mío, que ríes, lloras, caes y te levantas.
No mezcles viña con grano. No mezcles viña con grano.
Es el único pecado de difícil perdón.
Mira tu vino y piensa.
Le debes lealtad.
En el vaso que apuras está la sangre y el alma de tu gente,
de héroes, santos, pícaros, tontos, paranoicos,
atrabiliarios, fanfarrones, pródigos, mujeriegos;
capaces de jugar y ganar, de jugar y perder.
En el vaso de vino está la sangre de ellos, que es tu sangre.
En el vaso de vino está la historia de los pueblos de Dios.
Recuerdo que a Noé, viejo borracho, le encomendó el Señor sal-
[var la tierra.
Fué Capitán del Arca.
Mi abuelo bamboleante
acosado por aguas diluviales con un vaso en la mano nos salvó.
Por sextante, por brújula, usó un tonel.
Y Dios, que sabe lo que hace, no eligió a otro, sino a él.
El vino no es de nómade sin lares, sin hogar,
requiere afincamiento, más antiguo mejor.
Cubas de roble, lagar de piedra, tierra cuidada.
La viña no acepta apremios de turista.
Celosa, exige minucioso amor,

que arrope sus raíces, que proteja sus pámpanos,
que guíe sus sarmientos.
¡Cuánta sensual ternura exigen los viñedos!
No entregan, no, sus uvas al amante de un día.
Exigen un cortejo cuidadoso, por años, con expertas caricias,
¡caricias de rodillas!
¡Caricias excitantes, que en vino han de volver!

La pureza del vino, más se destaca ante la bastardía del alcohol
[de grano.
¡Qué diferente origen! ¡Qué mala gente!
Vedlas, ¡hijas de grano! ¡Prostitutas!
Engendros de cebada, centeno, alpiste,
engendros al voleo sin elegir el sitio de la germinación.
Crecidas en cualquier campo, lejos de sus hogares,
son pienso de las bestias, cosechadas sin fiestas ni cantos,
por impacientes nómades que las violan, hoces en mano,
las engavillan atadas codo con codo como criminales.
La cosecha del grano es violación, estupro;
es corte brusco, mutilación.
¡Qué dos mundos dispares, viña y grano!
La vendimia es amor. Entrega sus racimos a cambio de cuidados
y es la mano del hombre que, uno a uno, toma sus frutos sin
[herir.
Los mecanizadores no han podido alejar la mano del hombre
de la vendimia.
La herejía no ha penetrado bajo los pámpanos.
La cosecha la hacen hombres para hombres,
no máquinas para hombres que ya son máquinas.

Los racimos exigen, para entregarse, dedos tiernos, hábiles;
deben ser tomados suavemente, descansando en la palma de la
mano, como si fueran senos. Es que son los senos de la tierra
que liban la bebida de los hombres.

Tomadores de vino, ¡amantes delicados!
preparan por años la alegría de un trago.
Son como Tobías el varón de Dios, que no mostró apuro
ante su esposa.
Ante la siempre tímida virgen que devuelve la espera respetuosa.
Hermano pecador, ¡eleva el vaso!
Mira en el rojo vino: tu tierra, tus acequias rumorosas,
tus árboles susurradores, tus campos cuidados día a día,
año a año. Es tu honra, es tu estirpe.
¡Antropomorfo hereje, coge tu vaso! ¡No lo muestres! ¡Ocúltalo!
Es fruto de deshonra.
Trasegador de cerveza, whisky, vodka, coca-cola.
En tu mano está una historia que es mejor olvidar.
¡Mira tu bebida!, hija adulterina de la tierra.
nacida en campos cuyos dueños no saben a quién albergan.
Como cuartos alquilados por hora.
No en hogares estables, donde, año tras año,
se desposan las hijas amadas de la viña, hijas con nombre y
[apellido.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Hombres de la vid! ¡Aleluya!
Locos que entregan sus mejores tierras a la noble uva cuidada
por años, para gozar de un trago de la sangre de Dios.
¡Anatema, anatema! ¡Hijos de mil . . . granos! ¡Anatema!
Apurados en todo, que no saben del tiempo gastado en el amor.
¡Hermano bebedor!, huye del grano.
No juntes las bebidas, la mezcla es mala.
No te juntes tampoco con el hombre del grano.
La mezcla es mala.
No permitas que el vino, hijo de tus amores,
promiscue con bastardas, hijas de la violencia.
¡Gloria! ¡Hombres del vino!
que por años cuidáis de los racimos,
seguros que en lagares eternos
el fruto de tus días será vino!

LAS CONDICIONES SOCIALES

UTILIZANDO los tres elementos descriptos: TIEMPO LIBRE, TRABAJO y ALIMENTACIÓN, se encuentran fórmulas elásticas que permiten interpretar al hombre y sus experiencias en cualquier ciclo histórico. Y nos ayudarán a colocarnos, de acuerdo a nuestra condición, en lugar apropiado, evitándonos desperdiciar energías en tanteos y rectificaciones, pues nos dará el principio, el buen rumbo hacia la perfección en Dios.

Estas fórmulas no son producto de intuiciones ni de alucinaciones, sino que sintetizan hechos concretos, seguros, y casi nos atrevemos a decir que inmutables. Son fórmulas algebraicamente exactas, y sus resultados, en cualquier lugar y época, han de ser exactos. Evitan caer en las crueles, por absurdas, divisiones de "clases".

La división de los hombres en clases es del todo falsa. Únicamente nos diferenciamos unos de otros por la valorización de nuestro tiempo y en él no importan los problemas económicos.

Creyendo en el alma expondremos al hombre tal cual es. Lo tomaremos en su valor actual; no le pediremos ni diferiremos sus posibles goces para generaciones venideras, cuyos frutos podría llegar a contemplar desde el Paraíso.

Lo extraño es que los que no creen en el alma inmortal

están dispuestos, empero, a imponerse cruentos sacrificios en favor de generaciones lejanas que ellos no verán.

Rechacemos las utopías: el futuro no es nuestro y no tenemos derecho a regimentarlo para otros. Tomemos el presente, que nos corresponde, y veamos cómo puede ser mejor.

Este esquemático encuadre marca sin dubitaciones a todo ser que quiera clasificarse hoy o en cualquier época pasada o futura. No menoscaba la dignidad humana, no agravia a nadie, no excluye a nadie, por razones de nacimiento o de fortuna. Es claro, cómodo, fácil y justo.

Ante cualquier cambio en el estado del hombre, instantáneamente le indica el lugar que le corresponde, permitiéndole por saber con exactitud qué falta o qué sobra, dirigir los esfuerzos a la perfección sin perderse en estériles trabajos.

Para no hacer sufrir al lector con fórmulas algebraicas:

el trabajo figurará con un cuadrado negro ■
la falta de trabajo con un cuadrado blanco □
la alimentación con un círculo negro ●
la falta de alimentación con un círculo blanco ○
el tiempo libre con un triángulo negro ▲
la falta de tiempo libre con un triángulo blanco △

Las posibilidades matemáticas de combinar estas figuras son ocho, que se simplifican en cinco condiciones, pues prácticamente las cuatro últimas se amalgaman en una sola.

a) 1. ■●▲ Donde coinciden trabajo, alimentación y tiempo libre.
b) 2. ■●△ Trabajo y alimentación, sin tiempo libre.
c) 3. □●▲ Sin trabajo, alimentación y tiempo libre.
d) 4. □●△ Sin trabajo, alimentación, sin tiempo libre.
(5. ■○△ Trabajo, sin alimentación y sin tiempo libre.
(6. ■○▲ Trabajo, sin alimentación, con tiempo libre.
e) (7. □○▲ Sin trabajo, sin alimentación, con tiempo libre.
(8. □○△ Sin trabajo, sin alimentación, sin tiempo libre.

Estas son las posibilidades matemáticas, pero el hombre no es un número, de tal modo que cuando no tiene alimentación adecuada o mínima, el tiempo libre no existe, pues está anulado por una imperiosa necesidad biológica. Así las condiciones 5, 6, 7 y 8 se refunden en la (e).

Dentro de estas fórmulas, sin caer en la absurda e imprecisa división de clases, están las diferentes condiciones en que podemos encontrarnos para llegar a cumplir nuestro divinal destino. Con un ligero análisis podemos descubrir en cuál estamos mejor para intentarlo y en cuál menos bien o mal.

Son tan flexibles que podemos cambiar de una a otra condición, en el mismo instante en que modifiquemos alguna de las tres circunstancias delimitadoras.

En estas fórmulas no nos ocupamos del dinero, pues no valorizamos las riquezas como los que las niegan pero luego estructuran el mundo sobre cimientos de oro. Sólo nos interesan los valores fundamentales, que no son susceptibles de cambiar ni por la acción del tiempo ni por un accidente político o económico.

Este sistema tiene la indiscutible ventaja de permitir —sin traba alguna— colocar a cada individuo en el lugar exacto que le corresponde dentro de la sociedad, dándole el informe correcto de por qué y para qué debe afanarse.

Con este sistema el diagnóstico no puede ser equivocado, y si hay variación en las formas de vida, automáticamente se anota y varían las "condiciones" en que se actúa.

PRIMERA CONDICIÓN

"En este siglo filantrópico hemos declamado demasiado contra la fortuna; los pobres en un Estado son infinitamente más peligrosos que los ricos, valiendo menos que éstos muchas veces".

CHATEAUBRIAND.

Donde coinciden la existencia de trabajo, alimentación y tiempo libre

Podríamos llamarla *condición positiva,* pues en ella concurren todos los elementos necesarios para perfeccionar el alma —única razón valedera para justificar nuestra vida—. Pero la llamaremos por su verdadero nombre: *condición burguesa.* Esta fórmula circunscribe al burgués puro, perfecto, sin deformaciones.

No está exenta de trabajo, pero no lo honra. Lo acepta como una obligación vital, como una suave gimnasia que le ayuda al hombre a mantener un ritmo de creación impidiéndole caer en abulia aniquiladora. Estas actividades le permiten con paso atlético llegar al tiempo libre. Un poco de trabajo ayuda a valorizar el tiempo sin obligaciones, pues la coacción y las trabas hacen apreciar mejor los beneficios de la libertad.

El burgués tiene cubiertas sus necesidades biológicas. Su alimentación no le es un problema, sino sólo un horario.

Así se enfrenta, sin haberse agotado en ocupaciones secundarias, con la oportunidad que le brinda el tiempo libre, el tiempo que es verdaderamente suyo y del cual puede hacer el uso que mejor le acomode: perderlo en los cafés, en vagabundeos, en ensuciar la casa con sus artes y experiencias domésticas, en indagar en los libros y en las almas de los demás, en fin, en mil y una acciones cuyos resultados no caen sobre el prójimo sino sobre uno mismo.

No importa si sus actos son afortunados. El valor de los hombres de esta condición estriba en que son el vivero de la creación. De ellos sale todo lo justo y lo injusto.

Sólo la burguesía puede crear, no porque sea mejor, sino porque es la única condición físicamente completa. Por eso es que las otras condiciones tanto más carecen de mérito y posibilidades, cuanto más se alejan de ésta, y mejoran al semejársele, al aproximarse a ella.

El hombre, el burgués, puede aspirar en su plenitud a los más altos destinos. En la vida futura puede llegar a ser como los ángeles y en ésta a plasmar el mundo según sus concepciones, como lo ha hecho hasta ahora, aunque desgraciadamente delegando siempre el poder en hombres de otra condición que han desvirtuado sus inspiraciones.

Seguro, dentro de su condición, el burgués no tiene por qué preocuparse de si es justo o no que él sea el privilegiado, el verdadero hombre. Lo es porque lo es, sin retorcijos morales, sin declamaciones, sin ideales.

Por los elementos que lo componen, el burgués es el único hombre capaz de sobrepasar la vida. Por esta razón, pese a su medianía, sus angustias lo llevan a dispares situaciones, a negaciones, a definiciones locas. Poseyendo los elementos plenos de grandeza, se llena de desazones, se siente fuera de sitio. Es que el derrotero del hombre que sabe ganárselo, supera todas las posibilidades de la tierra; así que la desasosegada búsqueda, es lógica para el hombre que sabe que su meta se encuentra alzando los ojos: en el cielo.

En pos de su verdadero destino, el burgués no halla sosiego y llega un momento en que se menosprecia a sí mismo. Es la única condición humana capaz de tal desprendimiento. Mientras los otros individuos se envanecen de sus nombres, de sus hechos, los burgueses nos posponemos, nos relegamos a una absurda posición secundaria.

Debemos los burgueses abandonar este extraño sentimiento

que nos lleva a considerar a hombres de inferiores condiciones como más aptos para ordenar el mundo, error que nos ha llevado a hacer peligrar, más que la vida, la posibilidad del libre albedrío, imprescindible para ganar el alma.

Cuando hoy, coyotes y osos, herejes brutales de todas las castas y cataduras, parece que se despedazan, nosotros, los burgueses del mundo, sea cual sea el resultado de la contienda, seremos sus víctimas, pues los bárbaros no pueden existir sin esclavizarnos. En verdad, su única razón de ser es el destrozarnos. Es que somos la obra de Dios que ansían destruir en su triste ceguera.

Es imprescindible que los burgueses tomemos de una vez por todas el lugar que nos corresponde en el mundo. Analicemos nuestro estado y veremos que mientras aristócratas y proletarios no titubean en autoenaltecerse y exigir para sí la conducción del mundo, los mejores, que somos nosotros, no hacemos otra cosa que achicarnos, que relegarnos, permitiendo la destrucción y el derramamiento de sangre, pues es muy cierto que lleva a los más terribles desastres todo cuanto es obrado sobre la falsedad y el error. Así no habrá paz hasta que el hombre completo se proclame el arquetipo y los otros guíen sus esfuerzos en querer igualarse a tal patrón.

Mientras la "dorada medianía" del burgués no sea el fin inmediato del hombre, de todo hombre, no puede haber paz, y la humanidad, dirigida por personas de condiciones incompletas, seguirá destruyéndose a sí misma sin grandeza y sin salvación posible.

En todas partes y a todas horas se buscan soluciones para la paz del mundo y en todas partes y a todas horas se oye la palabra revolución, y siempre a la "revolución" se la nombra contra la burguesía.

Herejes comunistas, luteranos y filisteos de todas clases, coinciden en hacer desaparecer a los dueños del tiempo libre, a la única condición positiva. Para ello hablan de revolución, ol-

vidan que la condición burguesa es la única revolucionaria, con pequeñas y accidentales excepciones (Masaniello y Espartaco. Este último no fué revolucionario, fué un gladiador sindicalista que se excedió en sus peticiones).

Revolución es dar un paso de un sistema a otro, paso doloroso que quien lo ha dado siempre ha sido el burgués en generosa defensa de los humillados y de los humildes, impelido por un misterioso sentido de solidaridad humana, por un impulso vital, heroico, que ningún otro animal de la escala zoológica posee.

De la burguesía salieron jefes para todas las revoluciones, jefes que no tenían necesidad inmediata de rebelarse, que podrían haber vivido, prósperos y tranquilos, bajo los regímenes que destruyeron, y que marcharon al sacrificio o a la victoria por derechos, por reivindicaciones que no les incumbían a ellos directamente.

Es la única condición generosa. Supera la lucha por las más mínimas necesidades, supera el egoísmo individual de todo lo que se perpetúa. Es un continuo producir manifestación de su amor humano, deseo de acortar el tiempo de trabajo y alargar el libre, para dar lugar a miles de obras que jerarquizarán al hombre que tiene posibilidades, más allá de alimentarse, reproducirse y morir, que tiene posibilidades de llegar a ser Ángel.

LOS SACRIFICIOS BURGUESES

Toda evolución, toda revolución que ha dado verdadero progreso a la humanidad, ha sido esencialmente burguesa. No es jactancia, es nuestra condición una bendición divina, una afortunada conjunción de elementos y de fuerzas para rendir el máximo de energía.

Frente a las otras inferiores condiciones, los burgueses lu-

chamos para hacerlas desaparecer, pues es un absurdo que el género humano tenga apartadas y uncidas al trabajo vil, a millones y millones de cabezas, capaces de concebir las cosas más bellas y útiles para el bien común. Por eso han sido siempre los burgueses los que han concebido revoluciones en busca de justicia.

¡Extraña generosidad!: nosotros mismos nos desprestigiamos en procura de la equiparación. Que perdonen los jóvenes adictos a la difunta Tercera Internacional. Reclamo en este momento para mi clase a todos los directores de la suya: Lenin, Trotzki, Stalin, como así también Marat, Robespierre y Cromwell. Todos han sido burgueses, son burgueses y serán burgueses. No en vano Marx nos respetaba tanto, aunque heréticamente errara al considerar que éramos valores terminados.

Cuando la revolución está hecha, pueden, excepcionalmente, brotar dirigentes de otra condición, pero exclusivamente por haber sido aburguesados por nuestro sacrificio. Todas las revoluciones son actos burgueses de equiparación social. Y aquí emerge el más grave error dialéctico, nivelador de nuestra clase: por falta de un concepto sencillo del accidente que representamos, nos convertimos en nuestros propios detractores. Es el error de raciocinio por el cual se ha impedido durante siglos la transformación del mundo.

Es el demonio que ha intervenido, impidiendo con el triunfo total del catolicismo burgués la diferenciación por almas, no por oficios, clases o coeficientes de fortuna.

Los herejes son fervorosos en postular que no existen otras diferencias entre los hombres que las económicas, y, sin embargo, plantean la revolución como una lucha de clases, no como una rectificación de cuentas donde se equipara justamente el debe y el haber. Por demoníaco error dialéctico trátase de aristocratizar o proletarizar a los burgueses, en vez de aburguesar al mundo.

Si todo el problema fuera económico, la única clase que po-

dría dirigir la economía sería la nuestra, porque es la única creadora.

Es necesario hacer comprender esto. Que el burgués adquiera un sentido justo de su propio valor, porque el ignorarlo ha hecho fracasar o ha malbaratado movimientos sociales que habrían deparado las más grandes y felices mudanzas en la vida de los pueblos y de los hombres.

Nuestros errores burgueses son por falta de sentido doctrinario, y no lo tenemos porque el demonio, aprovechando nuestra generosidad ilimitada, influye sobre nosotros llevándonos a avergonzarnos de nuestros dones y a entregar a incapaces ensoberbecidos la dirección del mundo.

La ficción de las clases gravita sobre la piadosa condición burguesa que pensando que su posición es injusta, delega en otros el estructurar el mundo, siendo así que esa misión es exclusivamente suya y al burgués le compete imponer a todos su mediano patrón.

En todas las oportunidades históricas de crisis, somos nosotros mismos, los burgueses, los que llamamos a quienes menos valen, a que decidan. Los chanchos burgueses, obedeciendo las consignas proletarias, siempre hemos dado un paso atrás y por eso se han desvirtuado todos los esfuerzos revolucionarios.

Así fracasó en Inglaterra la república de Cromwell, porque la burguesía desconocía su derecho y llamó a la oligarquía otra vez al poder. Así la Revolución Francesa se precipita en sangre y pide a la nobleza que gobierne. Así Kerensky, en Rusia, abandona su partido en manos proletarias. Así, por la generosidad de la condición burguesa y por el desconocimiento de su propio valer, los hombres mejores no son los que gobiernan, sino los otros, los incompletos, los incapaces.

LA LEY DE OFERTA Y DEMANDA Y LA CONDICIÓN BURGUESA

Si podemos aceptar una ley económica como exacta, ella es la de la "oferta y la demanda".

La oferta de cualquier cosa, cuando mayor es, más la desvaloriza y, a la inversa, la demanda de algo, le aumenta el valor.

El hombre en la condición burguesa está en plena posibilidad de producir ideas. Es el único capaz de crear, y lo hace sin límites, sin restricciones; sus ofertas de ideas abarrotan la tierra.

Mentalmente no puede dejar de producir, no sabe cruzarse de brazos; con su múltiple y permanente creación ha abaratado su propia producción. No concibe el detenerse, pese a todas las gabelas con que se lo grava.

Cuando más inconvenientes se le oponen, más agudeza usa para sobrepasarlos, más y más aumenta su ingenio. Abrumado de obligaciones insiste el burgués en multiplicarlas.

Este fenómeno lo observamos en la burguesía industrial, que crea más y más sin amilanarse, convirtiendo los obstáculos en estímulos, y con esto se desvaloriza de tal manera que los Estados por ella enriquecidos, sobre ella acumulan las máximas obligaciones. Sus productos son menospreciados como toda mercancía que abarrota una plaza, y la misma suerte que los productos corren los productores. Pero más aún que la burguesía industrial, la burguesía intelectual pierde valor por exceso de producción. Mientras que los jornaleros, los que sólo son mano de obra, los que como en una noria no alzan jamás los ojos de su trabajo, aquellos a quienes les falta el "elam" multiproductor, se supervalorizan por contraste, y retráense en sus obligaciones al menor escollo; peor aún, ante la menor mejora extraordinaria.

El trabajo servil depende de la desbordante imaginación burguesa que de continuo sobrepasa toda posibilidad de realiza-

ción. Por ello siempre faltarán brazos, y éstos, abusando de la ley de la oferta y la demanda, desprecian a los verdaderos reyes de la creación.

Ésta quizá sea la razón de nuestra autodesvalorización: nuestro exceso de grandeza, tanto que no se da importancia al pensamiento, al libre juego de ingenio, a la creación múltiple de nuestra condición.

La solución sería una restricción al ingenio, pero no podemos dejar de darlo, y mientras las condiciones inferiores son capaces de restringirse, de ocultar sus fuerzas, la nuestra —abierta, generosa, torrencial— no es tomada en cuenta más que para ser esquilmada, porque se presume, y se acierta, que los burgueses jamás se convertirán en factores negativos.

Por su abundancia de ingenio, la condición burguesa no puede ser idealista, no puede ceñirse a un cartabón. Es que es una cosa viva, en perpetua ebullición, no un estamento rígido, muerto, como las otras, cuyos individuos buscan sucedáneos a su incapacidad y adoptan rígidas figuras abstractas, "ideales" que remedan malamente las maravillosas creaciones del talento que les falta. De ahí el conservadorismo de los aristócratas y la rutina de los trabajadores.

La herética división del hombre en clases jamás penetró del todo en la condición burguesa. Mientras el error penetró en otros, mientras unos se llamaron proletarios y otros aristócratas, el burgués, sin sentirse lo uno ni lo otro, trató de ocultar su condición. Es que al hombre en plena capacidad toda medida le queda angosta, su vitalidad le impide limitarse; no acepta agremiaciones, es demasiado fuerte para defenderse y por lo mismo no ataca (el ataque no es más que expresión de defensiva debilidad).

Sin llegar a declararnos clase, es necesario que tengamos conciencia cierta de nuestra condición de arquetípicos hombres y como tales apartemos de nuestro camino a quienes, sin mérito, intentan desviarnos, subrogarnos, suplantarnos.

Sepa el hombre que es el hombre y aparte de sí las bárbaras deformaciones.

SEGUNDA CONDICIÓN

Donde concurren trabajo y alimentación, faltando tiempo libre

La segunda condición es aquella que teniendo cubiertas sus necesidades biológicas, ocupa todo su tiempo en el trabajo, careciendo de "tiempo libre". No quiere decir que todas las horas del día las dedique el hombre de esta condición a agotadora tarea; basta con que el hábito del trabajo lo lleve por deformación a cargar con sus problemas profesionales hasta fuera del período obligado, cegando en él el espíritu de inovación. Los que están en este caso no nos sirven para nada. No importa que sean proletarios o sean ricos industriales; su tiempo está regido, no pueden afrontar la creación que es el fin del hombre. Aquí, "democráticamente", se unen multimillonarios, obreros y empleados, cegados a todo lo que dignifica al hombre, no importa la causa. De nada sirven para el alma, sea que la incapacitación venga de la propia voluntad, sea que venga de la ajena, o de ciertas circunstancias. Nada pueden tener de espontánea creación, no tienen tiempo.

La parte no pudiente de esta condición tiene una sospechosa similitud con el proletariado, pero no es exclusiva de ellos.

Pueden rebatirnos, afirmando que estos huérfanos de tiempo no lo son por su voluntad, sino que están condenados a ese padecimiento por un defecto de educación. Es posible. El proletario o el rico magnate monorrítmico no son clase, y serlo no sería un mérito. Son un desgraciado accidente, que, como todos

los accidentes, puede ser remediado individualmente, de acuerdo a la capacidad de cada cual; el que no tiene excusa es aquel que, no precisándolo, trabaja sin descanso, o consume su descanso con el único fin de reponerse para volver a trabajar.

De cualquier manera, sea debida la condición a accidente o a propio gusto, se sea obrero o rico, industrial u hortera, no tiene importancia. Humanamente los banáusicos no sirven para nada; encadenados a su trabajo como asnos a la noria, nada dan para la creación.

Esta segunda condición ignora que no sólo de pan vive el hombre. ¿Qué aberración mental nos ha llevado a darle un lugar de honor, de primacía, de privilegio? ¿Cómo es posible que los abrumados industriales o los "mano-de-obra" monomaníacos, sean hoy día la flor y nata del género y se disputen el mundo, considerando al burgués su súbdito, su vasallo?

La explicación es mística. La valorización de los inferiores es obra de las herejías. Ambos, proletarios simbolizados por Rusia y magnates simbolizados por U. S. A., Alemania o Inglaterra, son los herejes que, por gravitación del trabajo honrador, de la negación del libre albedrío, han tomado por asalto el mundo y el mando.

MI AMIGO MARIO, "EL ESCLAVO"

Lo conocí en la barra de Belgrano. Era uno de los tantos muchachos que jugaba al futbol y encendía petardos fuera de la época de festejos públicos en que se permitían. Era gordito y alegre. Nadie podía imaginar su triste destino. De haberlo él sabido, su pulso no hubiera sido tan firme cuando rompía faroles a pedradas, con buena puntería, aunque no tanta como la de los Elizalde.

Cuando a los muchos años volví a encontrarlo, el gordo petiso de otros tiempos se había convertido en un espigado caballero. De su pelo indómito quedaban pocas muestras, de su jovialidad no quedaba nada.

Pudimos conversar en la antesala de Miguel Miranda, entonces superministro de las finanzas argentinas, que jamás atendía a horario. Con fugaz alegría, Mario rememoró nombres y hechos heroicos. Pero no tenía tiempo para nada. Presidía la cadena de industrias más poderosa del país. La colocación de sus ganancias era un problema superior al de mantener en marcha la gigantesca rueda que él creía dirigir, cuando en verdad el dirigido era él. Hasta los almuerzos tenía dispuestos para tratar en ellos asuntos de sus industrias.

¡Pobre Mario! Nunca lo encontré ni lo encontraré pescando en absurdas y solitarias playas como al negro Benguria, feliz con sus anzuelos, los ojos ávidos de la obra de Dios; ni tampoco en los paseos populares como al petiso Mirre, mostrando alegremente a sus hijos todo lo que se puede mostrar con un mediano pasar y un gran corazón. Tampoco lo hallaré, como hallo con harta frecuencia, al gallego Benigno González, libando a Baco y mirando o tocando mujeres, según la permisión. ¡Pobre amigo! ¡Pobre Mario! Sus salarios gigantes no le permiten ganar las tardes libres, las horas de vagabundeo que diferencian a un hombre de un esclavo. ¡Pobre Mario, amigo mío!

Ya que nombré a mi amigo Miguel Miranda, recuerdo una de sus contestaciones llenas de sabiduría.

Como le estaba reconocido, creía yo que nada mejor podía hacer por él que convencerlo de que abandonara su vida insípida de ministro atareado.

Era un caso distinto al de Mario. Don Miguel es capaz de cualquier cosa. Se alegra con sus nietos y puede pasarse horas jugando a la escoba con su esposa, pero sin lograr zafarse de su viciosa energía.

Firme en mi propósito, con celo apostólico, periódicamente

lo visitaba para exponer mis razones. ¿Por qué seguía? Era rico, inteligente, y no sólo eso, estaba agotando su salud. Los servicios que había prestado al país ya eran suficientes y estaba en tiempo de retirarse.

Miranda me dijo:

—Vos podés pasar días y días sin trabajar, pues has aprendido cosas que te llenan la vida. Tuviste un padre que te educó, que te dió libros y te hizo viajar. Yo debí trabajar desde chico, fuí obrero antes de ser industrial, y fuí huelguista antes de ser patrón, pero no pude nunca aprender a no hacer nada. Y hoy es tarde para ello; debo seguir aferrado a mis fábricas.

Don Miguel tenía razón, si bien no para su caso personal.

Trabajar es fácil y cualquiera puede hacerlo. No trabajar es lo complicado, pues exige decisión, energía, preparación, sacrificio e imaginación.

TERCERA CONDICIÓN

Donde no habiendo trabajo hay alimentación y tiempo libre

A la condición de tiempo ilimitado, de alimentación sin correlación con el esfuerzo, la llamaremos "deportiva". El hombre que cuenta con estas tres dimensiones tiene un sospechoso parecido con los que común e indebidamente se abrogan el título de aristócratas, pero no es exclusiva de ellos, sino que lo comparten con vagabundos, crotos, bichicomes y poligrillos.

Su situación deficitaria frente a la condición burguesa es producida por su falta absoluta de trabajo, lo que les hace ignorar el ritmo de la creación.

De no ser por dicha pérdida de ritmo que sigue a la falta de trabajo, esta condición sería la ideal por poseer el mayor margen posible de "tiempo libre". Pero es muy difícil saber llenar dignamente el tiempo si no se llevan las normas de pequeñas mínimas obligaciones, que, cuando faltan, nos conducen a desvalorizar el factor tiempo, que deja de ser libre para ser ocioso.

La libertad se valora más cuando antes no se la ha tenido, y las cadenas cercanas recuerdan la diferencia y dan gran impulso para aprovechar sus dones. Nadie puede llamarse libre si no sabe qué es no serlo. Como no conoce el valor del agua quien no ha tenido nunca sed. Por tanto, en esta tercera condición, la cantidad de tiempo ilimitado no es libre. Accidental y excepcionalmente, pueden actuar los individuos con la capacidad llena del burgués.

Para valorar el cielo debemos dar un paso por la tierra y de la misma manera la valorización del tiempo libre exige el haber sentido el tiempo obligado.

Por ignorar el trabajo obligado pierden los deportistas la medida de las cosas que realizan, su producción no es hechura del amor y sí, a lo sumo, del entusiasmo.

Esta condición, en la necesidad de gastar energías, tiende a hacerlo física y estérilmente, buscando el brillo, no la belleza; el récord, no el resultado útil.

En la condición "deportiva" se agrupan vagabundos, aristócratas y adinerados por herencia de segunda generación. Todos ellos ignorantes de las normas creadoras; por lo tanto, sin capacidad de aprovechar el tiempo.

La clase deportivo-aristocrática es hipnóticamente deslumbradora para la completa condición burguesa, de tal manera que abdica a favor de los aristócratas de todas sus prerrogativas, entregándoles la dirección de todo movimiento por ella iniciado. Tenemos el clásico ejemplo en la revolución inglesa, donde el hijo de Cromwell llama a los nobles a gobernar el reino.

Esta condición dentro del grupo aristocrático suple su de-

bilidad con vínculos de solidaridad extrema entre sus individuos. Su desprecio al burgués es característico.

CUARTA CONDICIÓN

□ ● △

Sin trabajo, con alimentación, sin tiempo libre

Los de esta condición están neutralizados para toda acción mental o física. Son presos por la ley o por la costumbre. Estos últimos más esclavizados, pues ellos mismos son su propio sempiterno guardián.

La energía que pueden poseer es gastada estérilmente; jamás hablan de ideas; sólo de cosas.

En esta condición están comprendidos los enfermos internados, los incapaces por enfermedad o edad, los prisioneros. No gravitan de ninguna manera ni en pro ni en contra de nada.

Aquí equiparamos a los presos, enfermos y niños de pecho, y los colocamos, críticamente, en la misma alforja.

QUINTA CONDICIÓN

O

Aglutina las cuatro fórmulas sin alimentación suficiente

Por no poseer alimentación suficiente el hombre está fuera de toda utilidad social. No puede ser responsable de sus actos. De esta condición somos responsables los que, poseyendo plenitud creadora, hemos delegado, sin embargo, en hombres inferiores la solución de los problemas políticos y económicos.

Son el producto de regímenes desgraciados, que hay que corregir, pues es grave pecado dejar que otro hombre se malogre y lo es más todavía el impedir, de alguna manera, que se desate y salga de su inferior condición para ascender al primer plano de las posibilidades de autorrealización.

Nada importa si el hambreado trabaja o no. Nada importa tampoco su tiempo, que no corre para quien no puede poner su máquina en movimiento.

No planteamos en este libro el problema de la justicia, sino de quien debe distribuirla, y no se arribará a ningún buen resultado mientras no rijan los destinos de la tierra quienes en verdad están en felices condiciones para ello.

La responsabilidad ante Dios por la suerte de estas criaturas no es de ellas; es de los otros, de los que pueden ayudarlos a levantarse sobre su hambre y su ignorancia de Dios. La existencia de estos seres y el problema de su redención es asunto exclusivo del hombre completo, de nadie más que de él.

La quinta condición es una constante acusación a nuestro egoísmo. En ella no existe ni puede existir la posibilidad del libre albedrío, con lo que queda sentado que los individuos de tan desgraciada condición no son responsables de su incapacidad, sino quienes, pudiendo, no se ocupan en ayudar a sus hermanos a superarse.

SEGUNDA GRAN HEREJÍA MARXISTA

La burguesía como fenómeno reciente

> *"La moderna sociedad burguesa se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal".*
> *"De los siervos de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades y estos villanos fueron el germen del cual brotaron los primeros elementos de la burguesía".*
>
> MANIFIESTO COMUNISTA.

En estos dos inocentes párrafos del manifiesto, Marx-Engels enuncian su segunda gran herejía.

Es común oír decir y repetir: "La burguesía nace de la lucha contra el feudalismo". Nadie se ha tomado el trabajo de desmentirlo y por desidia se acepta esa proposición, dando de tal manera a nuestra herejía contemporánea una base histórica al parecer irrefutable como no tuvieron las anteriores.

Las premisas transcriptas del manifiesto son falsas y el aceptarlas ha producido funestas consecuencias.

Si fueran verdaderas, habría que aceptar entonces que la condición burguesa es un fenómeno reciente y de corta vida. Pero si demostramos que son falsas, si comprobamos que la burguesía ha existido siempre que hubo hombres civilizados, entonces, pese a la barbarie que nos acecha de continuo para destruirnos, el hombre tendrá fuerza moral para resistir sus ataques. Por saber que su condición es la única verdaderamente humana, superior, eterna.

Marx-Engels omiten maliciosamente señalar los orígenes del feudalismo, el cual, a la inversa de su afirmación, nace de la burguesía, siendo ésta madre y no hija rebelde de aquél.

Afortunadamente, los hechos que dan nacimiento y expli-

can al feudalismo son demasiado conocidos para que se pueda aceptar la excusa de ignorancia.

El feudalismo nació en Francia, en París, el año 732, a más decir en el campo de Marte: en forma solemne, el mayordomo de palacio Carlos Martell distribuyó tierras de la Iglesia y de la realeza entre señores, cuya condición se identifica plenamente con la burguesía. Señores que habían demostrado su capacidad de lucha en Poitiers, mientras la aristocracia holgazana merovingia, con sus reyes, cuyos nombres no vale la pena recordar, preparaba su propia extinción.

Los monarcas merovingios habían perdido su condición burguesa. La inacción les había incapacitado. No intento moralizar, pero a estos enmohecidos aristócratas les faltaban las pequeñas obligaciones que aquilatan la acción y espolean la imaginación. No poseían las condiciones burguesas de sus antepasados, como la terrible Fredegunda, que entre sus mil combinaciones para asegurar el poder, entre asesinato y asesinato, encontraba todavía lugar para quejarse ante su marido Chilperico, porque de la despensa le habían robado unos jamones.

Estos crueles reyes, mientras fueron burgueses, mientras entre crímenes e intrigas atendían obligacions caseras, tuvieron energía para gobernar. La perdieron cuando se disminuyeron a la condición deportiva y debieron ser sustituídos por necesidad ante el peligro externo, representado por sajones e islamitas.

El feudalismo nació de la burguesía, de la clase media, de los hombres que sin ser siervos no poseían los atributos de la abúlica realeza merovingia, los hombres con trabajo, con alimentación y tiempo libre.

A cambio de su fidelidad feudal se les entregó tierras y por ellas aceptaron obligaciones, adaptadas a su energía burguesa. No fué, pues, un regalo que se les hizo, máxime que la tierra les fué entregada en forma precaria. Carlos Martell creó con su gesto genial una nueva clase dirigente, extraída, como siempre, de la enérgica e imaginativa primera condición.

Estos sucesos son un ejemplo perfecto. Una revolución si quiere mantenerse debe procurar antes que nada una estabilidad económica a sus jerarcas y esta estabilidad se debe dar como una gracia, según hizo el abuelo de Carlomagno, o como tolerancia a los negociados y peculados, según vemos en la historia del mundo en cualquier época.

Decae un grupo dirigente. De la burguesía, el eterno vivero de verdaderos hombres, se extrae otro grupo y se lo mantiene hasta que perdida su capacidad es sustituído por nuevas generaciones burguesas.

El feudalismo, por cinco siglos, fué una solución, asegurando un mínimo de protección y orden. Luego, olvidando su origen antiaristocrático, los feudales se constituyeron en castas privilegiadas, engreídas y excluyentes, y tan corrompidas como lo fueran las antiguas cepas aristocráticas a las cuales sustituyeron. Y duraron hasta que otra vez los burgueses de la reserva retomaron las riendas de su destino y crearon otra nueva nobleza, otros "novitas", como decían los romanos.

La prueba de que fueron burgueses los primeros señores feudales es su medianía económica, que, permitiéndoles vivir en sus granjas, no les daba, empero, lo posible para mantener un caballo. Martell los enriqueció, pero los comprometió . . . La entrega de feudos, en efecto, imponía como condición mantener uno o varios caballos para poder oponer una caballería franca a la musulmana.

Igualmente en la España musulmana surge el feudalismo de la burguesía guerrera y activa, representada por los sirios de Balch afincados por el genio del Vali Abul Yatar. En la España católica tenemos, a su vez, la creación de la Castilla feudal por los burgueses guerreros, acaudillados por el ilustre Fernán González en el siglo X y por el Cid Campeador en el siglo XI.

El feudalismo en Francia y en las dos Españas fué una medida extrema; el burgués rompe sus normas de prescindencia

y acepta tomar el secundario papel de gobernante, hostigado por los peligros externos que amenazaban su libertad y su Fe.

El más superficial estudio de la vida privada de los pueblos que crean el feudalismo nos reflejan su condición burguesa. A este respecto es particularmente develadora la escena de la ceremonia de un casamiento del medioevo feudal francés de la primera época. La novia, antes de abandonar el hogar paterno, debía dar de comer por vez postrera a las aves del gallinero y acariciar a los bueyes, como simbólica despedida de los quehaceres de la casa.

Los primitivos feudales no pertenecían ni a la condición servil, sin imaginación ni empuje, abrumada por su falta de tiempo, ni a los decadentes merovingios abrumados de tiempo vacío, ocioso.

A los burgueses francos no se les dió feudos para oponerlos sólo a los musulmanes, pues en la Francia de Carlos Martell éstos no eran más enemigos ni más infieles que los sajones, bávaros, alemanes o frisones, sino para acabar con los grandes señores terratenientes, como el Duque de Aquitania, aristócrata bárbaro y esforzado.

Carlomagno confirma la costumbre, decretando que pueden darse feudos a cualesquiera hombres libres, y esta norma es mantenida por sus sucesores. Por mala conducta, por impiedad, se rompía el feudo y se degradaba al agraciado, volviéndolo a su condición anterior. Joinville, el cronista contemporáneo y amigo de San Luis, nos habla de la expulsión con confiscación de armas y caballo, de un guerrero que no cumplía sus obligaciones de novita, y su devolución a la condición servil.

Con la capciosa interpretación histórica marxista del feudalismo pasa lo mismo que con la de la actual revolución rusa, que nadie recuerda que es una revolución realizada por burgueses.

El manifiesto comunista, en su herética pravedad tiene nostalgias del mal feudalismo de la última época y se ciega en su odio por el hombre burgués. Dice: "Dondequiera que se instau-

ró, echó por tierra a todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas, desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el dinero contante y sonante, que no tiene entrañas".

Al redactar este párrafo declamativo y cursi, olvida Marx que cualquiera puede llegar a poseer dinero, pero no cualquiera puede ser miembro de una institución feudal e idílica.

El feudalismo a que alude el manifiesto no es, pues, el auténtico feudalismo de origen burgués, constituído por señores regionales conveedores de sus vasallos y conocidos por éstos.

El marxismo alude en todo caso al feudalismo no burgués, el de las secas leyes sin rostro, el aristocrático de las horas de su decadencia.

Marx y Engels insisten en convertir al burgués en un fenómeno reciente, aún a costa de enaltecer a los señores de horca y cuchillo. Lo deben hacer, pues en ello afirman uno de los puntales de su herejía, el que el "burgués", si es un accidente político de corta data, es lógico y razonable que pueda desaparecer prontamente.

Con esta falsedad lograron hacernos perder la Fe en nuestra grandeza, en nuestra eternidad. Para hacer dudar de que el burgués sea el hombre mismo, lo convierten en un accidente transitorio. De todas las herejías expuestas, ésta es quizás la de más graves consecuencias.

Hoy, que hace falta movilizar las fuerzas de Dios para oponerlas a las fuerzas enemigas del hombre, es necesario que la burguesía pierda su "complejo de inferioridad" y que ocupe el sitio que le corresponde, a igual que lo hizo cuando de su seno brotó el feudalismo como oponente, contra la herejía musulmana, contra la incapacidad merovingia, contra la barbarie sajona.

La burguesía hace 1300 años salvó al mundo; hoy también le toca hacerlo, sustituyendo a otras condiciones dirigentes de-

cadentes, al parecer poderosas, pero en realidad débiles e incapaces.

Nietzche, el profeta sin Dios, sintió la decadencia de los especializados en dirigir el mundo y dijo: "Hace falta una nueva nobleza adversaria de todo lo plebeyo y despótico, una nobleza que escriba de nuevo la palabra noble sobre tablas nuevas". Esta nobleza es la burguesía, no bien recupere la noción de su grandeza, no bien pierda el deslumbramiento por el falso brillo de los aristócratas y de los acaudalados magnates que manejan los trusts y cartels internacionales, no bien abandone la falsa piedad que la lleva a denigrarse por enaltecer al más débil.

El superhombre a la germánica ha fracasado, porque el verdadero superhombre no usa coraza sobre el pecho, sino un fino chaleco sobre un tiernamente combado abdomen.

El nuevo superhombre, el adversario del proletariado plebeyo, del despótico dirigente, no es más que el mediano burgués católico [1].

---

1 Corrigiendo estas páginas me siento invadido del suave orgullo de ser campeón de la causa burguesa.

TERCERA GRAN HEREJÍA MARXISTA

Quiebra del sistema municipal

"Cuan pesada era para los municipios romanos la ruda defensa de su libertad. Cada año veían bajar de los Alpes las cabalgatas de bandidos alemanes, terribles enemigos, aliados más peligrosos todavía".

ELISEO RECLUS.

OTRA gran trampa herética del manifiesto de Marx-Engels estriba en la negación del régimen municipal.

Enrostran los socialistas a la burguesía el haber formado con la comuna "una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses".

He aquí una de sus más grandes contradicciones. Si la burguesía es la creadora de las comunas, mal pudieron éstas haber nacido de la lucha de los burgueses contra el feudalismo, como se repite sin análisis alguno. Pues lo cierto es que ha habido comunas desde que hubo hombres civilizados y las habrá mientras subsista la civilización.

En efecto, la burguesía crea la comuna, pero no desde que luchó contra los privilegios feudales, sino que lo hizo miles de años antes, en Atenas, en Roma, en todas partes donde el hombre llegó a la plenitud.

En Marx no hay nada porque sí. Sabía que el hombre precisa, para culminar, del régimen municipal, en el cual son protegidas sus grandes aptitudes, su vocación.

Burgués, hombre, civilización, municipio, son una sola cosa.

No es un juego etimológico encontrar el parentesco:

Burgo: del griego πυργεσασ, torres construídas en los

límites del país, en defensa de los bárbaros. Burguesía, burgués: perteneciente al burgo.

Civilización: perteneciente a la ciudad, y ésta del latín "civites", población grande de burgueses.

Civil: propio de la ciudad.

Los vocablos burgués y civil son conceptos paralelos y lo mismo han sido paralelamente menospreciados, en oposición a cualquier otra condición humana que se deseara enaltecer. Así se llamó, despectivamente, burgués y civil a quien no fuera noble, militar o religioso.

El burgués nació con el primer hombre que se afincó con voluntad libre para crear una civilización y defenderla.

Dentro de la ciudad, en contacto con otros hombres, creó el camino que lo llevaría a Dios.

El régimen municipal es el lógico corolario de toda ciudad de hombres independientes; en él se realiza el único verdadero gobierno, aquel en que los gobernados conocen la cara del que manda, y éste, a su vez, los ínfimos problemas de sus gobernados.

Sin régimen municipal no hay libertad posible, ni hay propiamente gobierno. Los problemas locales no pueden ser resueltos desde lejos. Sin municipio el hombre pierde el control de las pequeñas libertades que son las únicas que en realidad se sienten.

La autonomía municipal es esencial. El anhelo de mantener y fiscalizar las pequeñas libertades, la atención inmediata de las pequeñas necesidades que afectan directamente al ciudadano, todo eso es más que un derecho, es una obligación, un deber, una función. Una función ineludible de la cual dependen todas las posibilidades de realización del hombre. Habrá sin duda muchos ciudadanos, la enorme mayoría de ellos, que por falta de conocimientos o de visión no están en condiciones de plantearse siquiera los reales problemas de la nación; no así si se trata de los asuntos cotidianos, sencillos, que se vinculan directamente al vivir del hombre y de la familia. La higiene de los mercados, el

precio de la leche, el abasto de carne, el servicio de alumbrado, el suministro de agua potable, etc., son de vital importancia para la ciudad. El régimen municipal asegura la familia, el techo, la mesa, el granero, la vid, el establo, protege en fin el sencillo hogar del sencillo burgués. Quien no ejerce estos pequeños derechos-deberes del ciudadano, por menosprecio, es tan traidor como el que más.

Vengan en buena hora los sistemas políticos que se quiera si son para garantir la vida burguesa. No importa cuáles sean, con tal que le aseguren al ciudadano tiempo libre y municipio.

El odio antimunicipal es común en los herejes. El municipio es esencial para el desarrollo del hombre católico. Así fueron destruídos los municipios en la Alemania nazi y en la Rusia marxista, del mismo modo que los bárbaros godos lo destrozaron en el imperio romano e iniciaron la Edad Media, que no fué más que un período de lucha tendiente a recuperar las libertades comunales.

LOS DOS IMPOSTORES

El manifiesto comunista, en su mayor parte, es un justiciero elogio a la condición burguesa. Como todas las herejías intenta dar sensación amistosa. Ni Arrio, ni Huss, ni Lutero, confiesan ser demoledores. Ellos, como Marx, se presentan constructores.

Este último le reconoce a la burguesía mil y una virtudes. Acepta que todo progreso humano se le debe y luego, con elegantes palabras, le comunica que debe morir. Dice: " . . .y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas; estos hombres son los obreros, los proletarios".

El marxismo no es doctrina política, ni económica. No es más que una herejía remozada y como tal debe tratársela. Engañados por la influencia herética hemos llegado a creer que el problema del hombre es un problema político y que de la organización jurídica depende su felicidad. Olvidamos que el hombre es ante todo un alma debida a Dios y que si su moral falla, si pierde la fe, si por desidia o por soberbia abandona el camino de Dios, de nada le valdrá organizar los Estados de una o de otra manera.

Hoy los pueblos de Dios, temerosos de la herejía comunista, transan con la protestante, tan peligrosa, tan cruel, tan deshumanizadora como la otra. Olvidan los católicos su misión di-

vinal, que es el cuidado de su alma, que es la perfección mística para llegar a ser puentes con Dios. La consigna para los católicos tiene que ser, en la actualidad, no transar. Transar es vender a Cristo, y lo mismo es que sean treinta dineros, treinta rublos o treinta dólares.

LA HEREJÍA DE LA IGUALDAD

Pocos términos hay tan mal interpretados y tan mal usados como la palabra igualdad. Los hombres somos iguales cuando somos iguales, pero en verdad somos todos tan diferentes los unos de los otros como pueden serlo nuestro ingenio y nuestras condiciones.

El concepto totalitario de igualitarismo indiscriminado apareció en Roma con Caracalla y Severo, emperadores africanos, provincianos resentidos contra la grandeza romana. Ambos, para saldar sus celos, no encontraron mejor expediente que dar el honor de la ciudadanía a todos los habitantes del Imperio.

Roma entonces se vió invadida por seres de rostro innoble y tupida cabellera, que gozaban de todo con ánimo de propietarios, creyendo que por solo efecto de los decretos de ciudadanía, eran iguales a los que habían creado la grandeza del país con su cultura, con sus esfuerzos. Creían estos nuevos ciudadanos que a las funciones públicas no se llegaba por mérito, sino por suerte y para medro.

Aquí comenzó la decadencia del Imperio. Los creadores, los señores, fueron avasallados por la turba, por el número. Por culpa de Caracalla y de Septimio Severo se levanta contra el individuo la abstracción colectiva del pueblo, y pueblo ya no

era el denominativo de los aptos, sino la denominación general de todos, valiendo la cantidad, la masa. Así murió el hombre y nació el pueblo.

A la herética idea de la igualdad le debemos la destrucción de Roma; y de ahí se sigue otra herejía, la de creerse aptos para regir a Roma sin preparación previa, sin haber ganado tal honor.

La igualdad por coacción es esclavitud para el grande, que deberá inclinarse para equipararse con el pequeño. Pues el pequeño, por decreto, jamás acrecerá su volumen.

La jerarquización por méritos es la única manera de igualar a quienes realmente son iguales.

Del herético concepto igualitario emergen todas las dictaduras. Tanto César, como Napoleón III, como Hitler, son productos de plebiscitos ciegos.

Los hombres valorados convertidos en números, buscan la solución de sus problemas en un caudillo. La libertad sólo se conoció en las repúblicas reaccionarias y conservadoras, mientras que las democracias desembocan plebiscitariamente en cesarismos desenfrenados.

Capítulo XI

ARTES HERÉTICAS COMO ARMAS DEL DIABLO

Artes heréticas como armas del diablo. Arte y herejía

GRAN parte del mundo ha dejado de creer en brujas y brujos, y se considera como un acto bárbaro la cruel represión de las hechicerías de los siglos pasados, que llegó a horrores indescriptibles en la Alemania de Lutero, en la Inglaterra cismática y en las primitivas colonias norteamericanas.

Las mismas hechiceras afirmaban pactos demoníacos, vuelos, aquelarres. Creían reales todos los productos de su histeria. Fueron padres jesuitas los primeros que comprendieron que en su mayoría eran enfermas y no socias del Demonio, y entonces se acabó la persecución y el martirio de enfermos inocentes. Pero los verdaderos brujos agentes del Diablo existen también hoy y actúan ya no con filtros ni encantos, ni en orgías infernales, sino en forma más directa y peligrosa y muchas veces logran desviarnos de nuestro camino.

Son brujos, pues logran con causas naturales provocar efectos extraordinarios. Porque poseen un lenguaje oscuro y esotérico. Porque actúan en cenáculos restringidos. Porque hacen mal al débil y le apartan de la sencilla perfección de Dios. Los brujos se han ocultado en las artes. Con su atracción, su energía, con la seguridad que exponen sus errores, encantan a quienes no poseen fuerzas para contrarrestarlos.

Todo oficio, todo arte, todo acto está ligado dentro del hombre con el solo fin de perfeccionar su alma, de elevarla, a comprender y hacer comprender más y más la obra del Creador. Todo es piedra angular de la compleja fábrica que es nuestra alma. Si una falla, se resiente toda la estructura. Quebrar la ar-

monía católica se logra no solamente atacando sus dogmas, sino corrompiendo sus artes.

El catolicismo no es únicamente el místico Vaticano, sino también sus artes, herederas de Grecia y Roma.

Las artes católicas tienen por fin lograr la comprensión del Universo. Perpetuadas y perfeccionadas por siglos hacen resaltar la eterna inquietud humana grecolatina. Los herejes en plena rebelión contra el hombre intentan quebrar el nexo intersecular, el mensaje milenario que es la fijación de belleza en forma, color y masa, razonamiento, palabra y sonido.

El hombre es la imagen y semejanza de Dios y la deformación de la figura humana es una de las metas del Demonio, que actúa como iconoclasta, arremetiendo contra las imágenes del culto católico.

Por eso los pintores y escultores que quiebran la perfección antropomórfica y que logran ser seguidos, son los hechiceros, los enemigos encubiertos que hoy tiene la Iglesia. La deformación plástica del hombre es una herejía peligrosísima. Lleva a hacer perder el respeto que un atropomorfo debe a otro por amor a la imagen de Dios que en cada uno se repite. Por eso las exterminaciones en masa, las masacres heréticas, son apoyadas por las torturadas artes heréticas.

Picasso cae en sus deformaciones geniales, no por ser genio, sino por ser hereje. Es el gran brujo plástico. Una verdadera punta de lanza de los bárbaros iconoclastas clavada en París.

Las artes plásticas son desviadas de su papel de mensajeras, de su misión de descubrir la belleza de lo existente, para hacer olvidar la perfecta realización que es el hombre.

Su influencia infernal está en los estudios de todos los artistas débiles, desviados de su obra.

La Reforma, la enemiga del Renacimiento, no triunfó con Lutero. Triunfa con los "ismos". Con ellos logra en plenos medios católicos un triunfo iconoclasta concebible tan sólo por la sinuosidad, y lo sorpresivo y alevoso de su ataque.

LA HEREJÍA EN LA ARQUITECTURA FUNCIONAL

La arquitectura hoy día se precia de ser funcional y se considera mejor técnico el capaz de concentrar la mayor cantidad de elementos útiles en el menor espacio.

Se han dejado de crear muros eternos, verdaderos mensajes para las generaciones a venir. Los edificios son muros blanqueados como los soñó Calvino. La imaginación ha sido sometida a la razón, los adornos son considerados inútiles. Las catedrales góticas han llegado a ser inconcebibles y se las analiza como monstruos. Esta pravedad fué originada en el infame Sócrates (texto de Xenofonte) que negó valor a lo bello si no era útil. Sócrates fué el primer utilitarista, el primer fomentador de lo práctico contra lo bello, el primer arquitecto funcional.

En la guerra sin cuartel por el reino de Dios en que nos hemos enrolado no podemos menos que descubrir el enemigo en la arquitectura racionalista en completa agresión contra la plástica católica. La herejía ha elevado edificios gigantes, ejemplo de cemento de almas sin matices, de utilitarismo sin exuberancia. En su contra debemos defender las concepciones clásicas, las casas con buhardillas, con rincones absurdos donde podamos olvidar cosas y encontrar silencio y soledad.

Nada sería su error si no fuera que quiebra la continuidad grecolatina, rompe el sentido de eternidad con que debe crear el hombre, que al negar el pasado, que al apartar la obra de generaciones, que al despreciar lo que los demás han hecho como peldaños para que sobre ellos sigan otros ascendiendo a la reconquista del cielo perdido, niegan su propia posibilidad de eternidad.

Lecorbussier no puede ser católico. No he logrado informes sobre su fe, pero su fe no puede ser la nuestra. En él culmina el racionalismo herético yanqui-germano y por él culminan crí-

menes peores que las matanzas en masa, que sólo destruyen cuerpos y no almas. Intenta matar con el funcionalismo, los siglos de reflexión que culminan con construcciones innecesarias como una columnia griega, una ojiva gótica o una mansarda francesa.

¿Cómo es posible que lleguemos a aceptar como hogar un cubil aireado donde no falte ni sobre nada? ¿Donde esté lo necesario para el cuerpo y donde falten todos los accidentes superfluos que son los que llenan nuestra imaginación, que forman nuestros recuerdos?

Horroriza el pensar en una generación a la que le falten los recuerdos que nos traen los patios, las buhardillas, los rincones absurdos, la chimenea que ahuma y que por un éxito paterno logra buen tiraje.

Los herejes ignoran las huellas que dejan una puerta tallada, una aldaba de bronce.

La arquitectura funcional no tiene asidero para que sobre ella pueda nadie detenerse a perder tiempo a imaginar cosas locas. Sobre sus paredes lisas resbala el hombre y sólo puede lanzarse a la acción. Nada lo detiene, no hay en ella follaje donde se ocultan frutos.

Nuestra recuperación católica no puede dejar ángulo alguno sin remover, no puede olvidar que el enemigo, que la herejía se oculta en todas partes. Así el funcionalismo, demostración de la común aspiración colectiva mata al individualismo, puntal del mundo católico.

No nos dejemos engañar por las herejías arquitectónicas, que a cambio de una comodidad objetiva nos privan del goce individual de las construcciones católicas.

Con el mito del confort, desprecian todo lujo, que no es riqueza, sino valorización de algo inútil para la vida animal.

Luchemos contra los cubiles racionales estandarizados.

Capítulo XII

ARMAS DE LA BURGUESÍA, ARMAS DE DIOS

"La recia intolerancia española fué rebuscada en las entrañas del pueblo por los Reyes Católicos, después de extinguida toda influencia del Islam; entonces fué útil para proclamar la cohesión nacional que dió éxitos exteriores; si bien ahora la arrastramos para desunirnos en lucha interior, funestamente retardatoria".

RAMÓN MENÉNDEZ Y PIDAL.
(La España del Cid).

¡PEDRO GUARDA TU ESPADA!

"Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada morirán".

SAN MATEO (26-52).

CUANDO los soldados romanos fueron a prender a Cristo, Pedro desenvainó su espada para defender con sangre la libertad del Hombre-Dios, y de un mandoble cortó la oreja a uno de los esbirros.

A los aceros romanos quiso oponer su acero, pero Jesús le ordenó envainarlo.

A las armas romanas no debía oponérseles iguales armas. A la fuerza de los guerreros, Cristo ordenó oponer Fe, Caridad, Esperanza.

No es posible usar contra el enemigo los mismos elementos que él esgrime. Inexplicablemente los católicos lo olvidan sin comprender la gravedad de esgrimir dogmas marxistas tales como "materialismo histórico", "luchas de clases", "burguesías" como clase reciente, para defender su fe. Esta indiscriminación representa para nosotros una derrota, pues parece significar que

tan carente de razón es nuestra doctrina que para defenderla debemos acudir a las ideas de nuestros enemigos. Esta torpe entrega a prácticas ajenas es lo que demora nuestro triunfo, que se logrará cuando comprendamos y les hagamos comprender que somos distintos y por qué somos distintos.

Con una torpe imitación de los herejes, remedando sus industrias, su permanente apuro, su aplicación a los negocios, casi podemos llegar a parecernos totalmente a ellos, a equipararnosles completamente. Si así fuera habría el Demonio triunfado, sugiriendo a Pedro usar la espada.

Si para luchar contra herejes hacemos nuestros sus errores, significa que los reconocemos como valores supremos. Debemos entonces munirnos de armas propias y no tomar su espada por el filo.

A sus armas opondremos las nuestras, que no son material sino sutiles, íntimas, ya que están en el alma inmortal.

No tenemos tiempo que perder. Aprovechemos el momento en que los herejes se despedacen entre ellos para recuperar nuestra independencia. Librémosnos, mientras disputan, pues si esperamos a que se defina su contienda y si llega a haber un vencedor, será nuestro verdugo, si es que no se unen contra nosotros para aniquilarnos.

Como primera medida agresiva no nos ocupemos de fortificar nuestros cuerpos, ¡no es ese su objetivo! Pongamos nuestras almas fuera del alcance del demonio.

Recordemos que Pedro al cumplir la orden de envainar su espada, derrotó a todas las cohortes romanas, a los bárbaros, a la fuerza multiplicada en mil formas.

Envainemos las armas comunes a los herejes y avancemos con las que nos presta la Fe de Dios.

Jeremías fué el primer hombre que comprendió la neta superioridad de la moral sobre la fuerza. Y ha tenido la desgracia de que su tesis se comprobara.

Lo imagino ensangrentado, deshecho, lapidado por su pueblo, el cual gracias a las ideas del profeta iba a sobrevivir a todos los desastres imaginables.

A igual que Cristo, murió por quienes salvaba.

Los versículos 14 a 19 del exordio de sus profecías podrían servir de prólogo a este libro, dado que el motivo que me llevó a escribirlo es el mismo que lo movió a él a profetizar. Mi ambición ha sido sólo modernizar su tesis, actualizar sus argumentos y confiar serenamente en su triunfo y en el mío, sin temor al tiempo ni a las derrotas accidentales.

Jeremías profetiza la derrota del pueblo de Dios, sus causas y sus remedios y la fórmula de la reconquista. Convencido de la superioridad material de los bárbaros y del peligro que importaba su influencia para el Pueblo elegido, sabe que no valen los transitorios triunfos contra las armas enemigas, sino que lo verdaderamente importante es el triunfo sobre uno mismo.

Transcribo su profecía, donde expone el lugar geográfico desde donde los bárbaros se lanzan a esquilmarnos y a apartarnos de Dios.

"14) Entonces me dijo el Señor: Esto te indica que del Norte se difundirán los males sobre todos los habitantes de la tierra esta. 15) Porque he aquí que yo convocaré todos los pueblos de los reinos del Norte, dice el Señor; y vendrán, y cada uno de ellos pondrá su pabellón a la entrada de las puertas de Jerusalén, y alrededor de todos sus muros, y en todas las ciudades de Judá. 16) Y yo trataré de castigar con ellos toda la malicia de aquellos que me abandonaron y ofrecieron libaciones a dioses extranjeros, y adoraron a los ídolos, obra de sus manos.

17) Ahora, pues, ponte haldas en cinta, y anda luego, y predícales todas las cosas que te mando: no te detengas por temor de ellos; porque yo haré que no temas su presencia. 18) Puesto que en este día te constituyo como una ciudad fuerte, y como una columna de hierro y un muro de bronce contra toda la tierra ésta; contra los reyes de Judá y sus príncipes y sacerdotes y la gente del país. 19) Los cuales te harán guerra; mas no prevalecerán: pues contigo estoy yo, dice el Señor, para librarte".

La situación geográfica de los grandes centros heréticos al norte de Europa, Asia y América es notoria. Como también es notorio que la Iglesia Católica profundiza sus raíces en las tierras donde el sol es fuerte y crece fácil la vid.

Hoy día (1952) los herejes luchan entre ellos en grupos aparentemente antagónicos, aunque dista mucha locura presuponer que no pueden llegar a ponerse de acuerdo. Ya el jefe de la Iglesia Anglicana, el Dean de Canterbury, en su libro "El poder soviético", ha dejado sentadas las bases de un total entendimiento.

En tiempo de Jeremías, al fragor de la lucha entre asirios y egipcios, los pobres reyes de Judá creyeron que al apoyarse en uno era librarse del otro. No querían creer que cualesquiera de los dos que triunfara caería sobre Jerusalén.

Los reyes fueron ciegos al ignorar que ni Asiria ni Egipto luchaban por la gloria de Dios ni del hombre, sino por el hambre del poder, y eso jamás habían de respetar a quien ambicionara, sobre todas las cosas, la elevación del alma.

Antaño, asirios y egipcios, hogaño herejes —luteranos y marxistas. ¿Qué tienen que ver sus ambiciones con los pueblos de Dios? "*. . .Y yo trataré con ellos de castigar toda la malicia de aquellos que me abandonaron y ofrecieron libaciones a dioses extranjeros, y adoraron a los ídolos, obra de sus manos . . .*" (J. 1.16).

Los católicos hemos caído en este pecado, el pecado de la perpetua admiración a las industrias heréticas, a su dinero, a sus

heladeras, a sus chirimbolos plásticos, a sus motores, a su fuerza, olvidando que los nietos de los asirios, a igual que sus abuelos, crean máquinas porque no saben hacer otra cosa. Jeremías enumera uno a uno los errores del pueblo de Dios, que son nuestros errores. Mientras asirios y egipcios luchaban en Corea, Stalingrado o el Alamein, Israel dedicaba su tiempo a las operaciones de acaparamiento, de agio, sin comprender que, fuera cual fuera el resultado de la lucha entre herejes, la próxima víctima es el pueblo de Dios.

La tesis de Jeremías es clara y terminante. La felicidad de los pueblos depende de que sigan el camino de Dios (J. 7.21) y el apartarse de él es la peor de las catástrofes. No se apartan tan sólo por caer en el error, sino por imitar las industrias de los herejes.

Jeremías profetiza la destrucción de los pueblos, la decadencia de quienes estuvieron con Dios y luego lo abandonaron. Describe las violaciones de la ley y llora las ruinas que seguirán y la prosperidad, sobre ella, de los impíos.

Parecería que Jeremías viera la ruina católica, las catastróficas transacciones que culminan en Westfalia y nuestra actual situación. Pero también da las soluciones. No se preocupa de crear armas de hierro para contrarrestar al hierro, y las murallas de las ciudades le son indiferentes, pues sabe que lo inmortal del pueblo, lo que sobrevivirá no será cemento, ni piedra, ni metal, sino el alma. Por eso asegura —y la historia del mundo le da la razón— que un pueblo con Fe, con unidad moral, no precisa ni ciudad ni gobierno. Sobrevivirá a las invasiones y al más largo de los cautiverios.

A primera vista parece un "colaboracionista". En nada alienta a su corrompido pueblo que lucha con Sedecías por su independencia. Todo lo contrario, lo sume en un clima de terror, de derrotismo. Pero Jeremías no creía que fuera derrota caer aniquilado por las armas y la industria, porque despreciaba a ambas. El profeta sólo creía en el alma, más allá de los avatares del

mundo, más allá de la muerte, creía en el alma vencedora de toda derrota terrenal. El tiempo le dió la razón. El pueblo de Israel, fortificado por las enseñanzas de Jeremías, no se contaminó con los bárbaros dominadores; con despectiva indiferencia esperó el caer de los muros de Babilonia, y cientos de años después continúa existiendo como pueblo, cuando egipcios y asirios son meras curiosidades arqueológicas.

¿Cuál es la fuerza de Jeremías? ¿Cuál la fuente de la sabiduría que le permitía vaticinar el fin de potencias que parecían inquebrantables?

Sus principios son simples y de actualidad. Primero: su antiestatismo, su desprecio a quienes detentan el poder creyendo que mandan, ignorando ser meros depositarios. Segundo: su individualismo, su fe en el hombre aislado, responsable por sí mismo. Creyendo sólo en Dios, dice: "Maldito sea el hombre que confía en otro hombre y se apoya en brazo de carne y aparta del Señor su corazón".

Y Jeremías esboza su prédica, que siglos más tarde perfeccionaría Gustavo Cochin, comentado por Meaux en su "Génesis de las Revoluciones" y por Guillermo Ferrero en su genial libro "El Poder". Todos los poderes son ficciones, no existe más que el hombre, y cuando éste se corrompe de nada vale el mejor de los gobiernos. Así también, si el pueblo es de hombres no importa quien detente el poder, pues éste jamás podrá avasallar al hombre.

Supo Jeremías las angustias que agotan al poder y lo débil que es ante la opinión. Cuanto más fuerte parece, más débil suele ser. Parecería que quien quiere imponer sus ideas por la fuerza, es porque duda de ellas. Jeremías, ante el fracaso del reino, vuelve al hombre, al hombre de opinión, aglutinado en pueblo en torno a fórmulas religiosas.

Desprecia, pues, el poder, el mando político como accidente secundario. A igual que cualquier burgués murmurador que

da ideas, que ridiculiza, que juzga, no le interesa mucho el obrar, pues obrar es una acción inferior.

Jeremías descubre quién es el dueño del poder. No el rey, no el sátrapa, no el pueblo, sino el hombre. No el jefe, sino el pequeño, el charlatán, el murmurador, y a éste le entrega en sagrada custodia su mensaje.

Iluminados por el Dios de Jeremías, los pueblos latinos nos gobernamos, pese a ello, mal. Mejor dicho, somos violentamente murmuradores, por lo que no poseemos estabilidad política, sino a través de dictaduras. Este al perecer defecto es nuestra mayor virtud. Es tener la seguridad de que la ficción del Estado es falsa, y que lo único auténtico es el hombre. No creemos en la ley, sino en el hombre. No creemos en el mando, sino en quien lo detenta. Despreciamos el orden. Sólo amamos a caudillos, a simples mortales, a quienes obligamos a una perpetua demagogia para no cambiarlos. Y esta falta de seriedad jurídica se la debemos a la Iglesia que fomenta el individualismo y ha impedido hasta hoy que caigamos en una estatización total, como casi todos los pueblos herejes del mundo.

Jeremías conocía el verdadero valor del pensamiento, la fuerza de la unidad moral. Él puso la opinión sobre el mando; él descubrió que el poder sin la opinión no hace por sí mismo una nación, pero que una nación sin poder constituído lo mismo subsiste si hay opiniones.

La experiencia judía de Jeremías es similar a la de los griegos, los cuales, dominados políticamente por Roma, colonizaron sin embargo a Roma para su cultura y lograron sobrevivirla; a la de los chinos, dominados por pueblos militarmente más fuertes que ellos, pero a los cuales les impusieron su cultura; y a la de los hombres católicos que pudieron, empero, derrumbar a la poderosa Roma pagana.

No importa que vengan los asirios si no olvidamos nuestro divino destino. Lo peligroso es que aunque nos mantengamos

jurídicamente independientes, caigamos en la indiscriminada admiración de sus fábricas, de sus leyes, de sus costumbres.

La opresión herética, su fuerza, su poder, sólo pueden ser contrarrestados con la unión de los pueblos ofendidos y ésta sólo puede hacerse en torno al único elemento aglutinante común: el catolicismo. Tanto que quien no sea católico por Fe, lo debiera ser por política. Las agresiones políticas de los bárbaros, sus exacciones económicas, se basan en la desunión que ellos mismos provocan entre los pueblos de Dios. De ahí que nuestra salvaguarda dependa del que sepamos aprovechar el único nexo común, que es la Santa Madre Iglesia. Para ello debemos ver en todos los actos sociales, políticos, conómico, como una guerra religiosa y así debemos afrontarlos.

El plan de guerra es sencillo, es de Jeremías; se reduce a no tratar con herejes, sea cual sea su matiz.

No imitarlos.

Despreciar sus obras y sus instituciones.

Reducirnos a vivir dentro de nuestras posibilidades, rechazando todas sus seductoras creaciones.

No pensar que somos mejores ni peores, sino saber que somos totalmente distintos.

Propender a su conversión, como única solución de todos los problemas universales que son exclusivamente místicos, aunque parecieran no serlo, pues lo que está en juego en el hombre es su alma, que vale más que todo lo corpóreo.

El estado de gentilidad es menos oprobioso que el herético. Por eso, más piadoso y urgente es propender a la conversión de Alemania, U. R. S. S., Inglaterra y U. S. A., que de los indígenas africanos o de los selvícolas del Brasil.

Recordar que no caerán los bárbaros con nuestra fuerza, sino con la de sus propios pecados. Apartémonos de ellos para que no nos contaminen, arrastrándonos en su caída.

LOS TURISTAS INDOLENTES

Para los herejes, los católicos somos unos turistas indolentes y despreocupados; no nos consideran dueños de nada. Así como los turistas deben resignarse de antemano a ser esquilmados por los baratilleros del país que visitan a cambio de conocer la mayor cantidad de cosas en el menor tiempo posible, así los que con el fin de comprender por la obra la grandeza de Dios, miramos y admiramos el mundo sin considerarnos otra cosa que visitantes o turistas estudiosos, a lo sumo. Este sentimiento, que es tan típico del católico latino, nos permite tolerar con despectiva paciencia a los candorosos habitantes "ad eternum" de la tierra que aprovechando nuestro gozo de enriquecer el alma medran con lo que creen nuestros descuidos.

Sí. El hereje mercader cree enriquecerse a costa de nuestra desidia, pero ¿son las suyas riquezas que valga la pena disputar?

La herejía lleva a sus hijos a un ingente progreso material, frente al cual los países católicos estamos en franca inferioridad material. Por supuesto, estos industriosos y calibánicos filisteos pretenden nada menos que cotizar como valores eternos, sus obras ficticias, olvidando que toda máquina se herrumbra. No así el hombre.

Nuestro mayor error es el querer imitarlos y no oponer a su herejía el arma secreta e invencible de nuestra profunda y tenaz vida espiritual.

Recuperándonos del deslumbramiento que producen sus progresos, sus estruendosas ciudades, sus motores a chorro, sus mecanizadas guaridas, los herejes tendrán que depender jerárquicamente de nosotros y terminar por edificarse ellos mismos en nuestra Fe Católica

Pero hay que limpiar de ésta la admiración por las maravillas industriales, por los portentos de la técnica; hay que desechar la fascinación del oro y del poder; hay que simplificar

las costumbres; hay, en fin, que despreciar la taumaturgia que los modernos infieles han heredado de los persas y egipcios.

No nos dejemos deslumbrar como inocentes salvajes con cuentas de colores. No aceptemos los abalarios con que se nos quiere comprar el alma o aceptémoslos como tributo de bárbaros a hombres que llegaremos a ser como los ángeles.

UN ARMA SECRETA

La murmuración

> *Los herejes con su violencia engendran la violencia que los ha de destruir.*
> *A su fuerza, opondremos nuestra fe, nuestra razón, nuestra palabra, que son elementos de nuestro triunfo.*
>
> LEÓN UREY.

Es difícil hallar un jefe de Estado que no se perturbe con las murmuraciones. Cuanto más poderoso sea, cuanto mayor sea la fuerza en que se apoye, más vulnerable será a los rumores. ¿Es que en los inmedibles espacios del alma las brisas tronchan al acero?

Guillermo Ferrero, en su póstuma obra "El Poder", señala este fenómeno como prueba de la debilidad de los gobiernos, de todos los gobiernos. Años antes, el genial y malogrado Augusto Cochin ya había descubierto, estudiando las génesis de las revoluciones en general y de la revolución francesa en especial, que las murmuraciones, los rumores, son los factores que verdaderamente derrumban a los gobiernos. Cochin, con más clara visión que Ferrero, ve en las perturbaciones que provocan un debilitamiento del poder un arma de temibles alcances cuando es orgánicamente dirigida. Creía que la estabilidad de un gobierno fincaba en detener los rumores de cualquier manera.

El Conde Galeazzo Ciano señala en sus memorias que el caos de la guerra mundial se produjo a causa de las reacciones que en Mussolini provocaron las informaciones de algunos periodistas extranjeros "de prosa irresponsable y carentes de todo valor".

Ciano, con el pulso firme y el bel decir de un señor del Renacimiento, pocas horas antes de morir fusilado, apunta su observación, concordante con las de Ferrero. Ve en las reacciones de su suegro una debilidad de carácter.

Pero Mussolini tenía razón. Él sabía. Y lo sabía por ser —fuera del sistema político que encarnó— el único jefe de Estado de la última contienda con humana grandeza. Personalmente, en cuanto hombre, actuó como hubieran actuado los grandes griegos en la pequeña Grecia. Él, que fué maestro de murmuradores, que llegó al gobierno vestido de civil, que de todos los dictadores fué el único que intentó formar una nación después de demostrar saber formar una familia burguesa, él tuvo la clave en sus manos; tenía razón al irritarse con sus detractores que escribían en las letrinas de Roma, al preocuparse por los rumores, y la tienen todos los jefes que ponen atención a lo que se chismea, a la pequeña opinión, pues de los rumores se levantan los huracanes barredores.

Erró Ferrero al creer que un jefe de Estado con sólo permanecer indiferente, seguro, destroza a quien lo denigra.

Erró Ciano en su aristócrata desdén por los chismes callejeros.

Erró Cochin sabiendo la peligrosidad de los murmuradores opositores al creer que se los puede amordazar.

Sólo Mussolini no erró, pero fracasó en su intento de desviarlos con un gigantesco y latino "bluff".

Sabía Mussolini que el Imperio Bizantino duró mil años porque sus autócratas tuvieron la habilidad de hacer hablar al pueblo de caballos y de circo. Pero no vió que a su imitación nacía y crecía un monstruo, que no se conformaba con defender

lo suyo como los italianos, sino que en verdad deseaba lo ajeno. Y creía en lo que decía.

Todos erraron al no comprender que quien gobierna al mundo no es quien ejerce el mando, sino el que lanza sus ideas en charlas en los cafés, aquel que hace chistes aviesos a los cuales no se puede cercar porque atacan con algo intangible.

El poder es un torpe esclavo a los pies del que piensa. Pero el que piensa no lo puede ejercer por sí mismo. La función pública es un trabajo servil para la mente burguesa que desde su medianía opina sin saber, opina sobre todo hasta que acierta con una fórmula exacta que aglutina voluntades y lleva a los hombres a la convicción de que el que manda no merece hacerlo.

Esta es el arma que ha logrado que el latino sea ingobernable. Y así como al "poder" inmediato se lo destroza murmurando, así también al poder de los herejes lo destrozaremos sin violencia, sin guerra, con nuestra firme y mística razón.

Hay que llegar a las inteligencias católicas, no con grandes publicaciones que para nada sirven, sino con meros mecanismos, las fórmulas antiheréticas más simples, de modo tal que puedan repetirse en su esencia fuere cual fuere el ornamento que se le quiera adjudicar.

No los batiremos con artillería, sino con palabras que les impedirán mover las suyas, o que permitirán cuando las muevan a no temerlas, con lo que se las neutralizará.

Todas las armas del mundo no nos bastarán si se pierde la alegría de usarlas. Gracias a esto los grandes imperios son tarde o temprano despeñados de su soberbia.

Nada puede vencer a un pequeño ejército con responsabilidad ante el mundo.

Los héroes de las Termópilas lo fueron porque consideraban menos dolorosas las flechas de los persas que la despectiva opinión que de ellos pudieran tener. Así sus hechos heroicos no estaban impelidos por un frío e inhumano valor, sino por

una cobardía extrema ante lo que dirían sus amigos, sus vecinos, y lo que se dijera en el Ágora o en el Pireo.

El temor al murmurador no representa debilidad en los gobernantes, como afirman Ciano-Ferrero. Al revés, esto es fuerza, fuerza y tanta, que la locura del mando no les hace perder la noción del valor de una pequeña opinión. No es miedo, es respeto al ingenio.

Así la inestabilidad política latina no es vicio sino mérito. Como lo es el del caudillo que alzado en sitial no olvida el valor de quien cuchichea y se preocupa de lo que dicen cocineras y maestras.

Estas murmuraciones son elementos católicos, pues las conspiraciones ordenadas de los herejes que representan oponer fuerza contra fuerza no son de resultados definitivos.

Los únicos vencedores absolutos son los que esgrimen pensamientos que de ser buenos se fortalecen con el tiempo. Un lindo ejemplo nos lo da el poeta chino Ling Po, que hace mil años gastaba su tiempo buscando el elixir de la inmortalidad, sin saber que ya lo había logrado, no cuando trabajaba en serio, sino cuando alegremente borracho en las sobremesas interminables, garabateaba versos en los abanicos de los amigos. En estos versos se reía de su gobierno, del poder, del mando, y estos inofensivos pasatiempos preocupaban hasta el llanto al mismo Emperador y a sus omnímodos ministros, que gastaban sus horas analizando sus versos inmortales, buscando dónde y cómo —encubierta o desembozadamente— los atacaba, dónde con sutileza oriental los ridiculizaba. Sabían que por siglos se iban a perpetuar sus diatribas y esas rimas, esos pensamientos, hoy, a diez siglos de su muerte, les llenan de ignominia. ¿Quién fué el verdadero vencedor, el poeta muerto en el destierro, donde pasó todas las inimaginables necesidades, pero sin dejar un segundo de levantar inmortales calumnias, o los poderosos dueños del poder, de la fortuna y la muerte?

UN PLAN DE BATALLA

"América Latina no será nuestra mientras Buenos Aires no sea protestante".

TEODORO ROOSEVELT.

La humanidad no anda bien; afortunadamente, sabemos cuál es el enemigo que la pierde: el Demonio y sus representantes.

Los ensayos políticos y económicos que se inician para encauzar el mundo van con sus fracasos aumentando la zozobra; parecería que esto no tiene arreglo, y así es, y así será, pues de nada valen las más perfectas instituciones si quien debe ponerlas en marcha posee un alma cargada de herejías.

No existen problemas políticos; sólo son morales, y su solución está en las almas, no en los mercados.

Planificando nuestra defensa y nuestra ofensiva, como primera medida abandonemos a los herejes a su suerte; dejemos que se destruyan entre ellos; los católicos nada tenemos que ver en sus litigios; no nos interesan sus ardores, pues no son las suyas guerras divinales como fueron y son las nuestras, que sólo buscan el triunfo de Dios, sino que son las defensas de sus mercados, la disputa por las materias primas, el deseo de someter otros hombres a sus monstruosas construcciones políticas.

El peligro de la hora en que vivimos nos obliga a abandonar todo circunloquio para nombrar a nuestros enemigos: son las potencias heréticas que quieren unirnos a sus problemas. U. R. S. S., Inglaterra, U. S. A., Alemania. Serán peligros para nuestras almas, hasta que los católicos rijan sus destinos, y comprendiendo recién nuestros problemas podamos llegar unidos a una justa armonía universal.

Deben desaparecer como potencias herejes, y para su logro, si insisten en su contumacia, todo medio es lícito para aniquilarlas como a tales.

Como su preponderancia se logró con nuestra desunión, la primera medida es el amalgamar nuestras fuerzas, y para lograrlo el único aglutinante posible es el catolicismo.

No buscamos una santa alianza para cambiar nuestra situación de explotados por la de explotadores. Nada de eso. Deseamos crear una barrera defensiva que nos permita una pacífica vuelta a Dios.

Los actos a realizar son de una extraordinaria sencillez:

Primero: Eludir sus sistemas tratando de reducir todo problema político o económico a su fundamental esencia religiosa, es decir, primordialmente clasificar todo acto en los únicos campos posible, católicos o herejes. Así bajo este rótulo, colocaremos indiscriminadamente a rusos comunistas, yanquis metodistas, ingleses anglicanos y alemanes luteranos, y a sus exacciones sólo las consideraremos lógicas secuelas de su herética pravedad.

Apartaremos de nuestro trato a todo hereje y daremos trato preferencial y fraternal a todo católico.

Con la sola enunciación de este plan se crearía un bloque, una nueva posición, una tercera posición frente a las fuerzas que amenazan entregrar el mundo a la destrucción. Estaría formado por Latinoamérica, España, Portugal, Francia, Austria, Hungría, Italia, Rumania, Irlanda, Polonia, etc., y poseería apoyos entre las nobles minorías católicas en tierras de infieles, en Alemania, U. S. A., U. R. S. S. e Inglaterra.

No hay que comprar ni vender nada a los no católicos.

Hay que remover el dormido instinto religioso de nuestras masas, que no comprenderán los complicados argumentos de una tercera posición política, pero sí aceptarán esta simple proclamación mística.

Procedimiento. — Debemos mantener alejado al clero de nuestra política, pues debemos evitar que aprovechando la larga preparación anticlerical de que hemos sido víctimas se ataque a nuestra religión amalgamadora.

El clero no debe apartarse de su tarea específica, tan alta,

tan santa, que cualquier acción aparte de la suya es en menoscabo de su dignidad.

Los herejes para apoyar su política demoníaca, para facilitar sus logros venales, crearon sociedades internacionales secretas, para darse mutua protección, y aprovechando el respeto que produce lo esotérico, socavaron los cimientos religiosos, únicos aglutinantes de nuestro mundo.

De esta manera nacieron las distintas ramas de la masonería remozadas periódicamente, hoy actuando como rotarianos, leones, y cuanta sociedad inventan día a día para hacernos olvidar a los que poseemos la divina gracia, de que los países católicos son los dueños de las materias primas imprescindibles para la economía de los herejes. Debemos tomar conocimiento de ello y saber que sus productos manufacturados son un servicio tributario con que parásitos de nuestras riquezas pagan su derecho a vivir.

Así, para contrarrestar su fuerza, crearemos logias antiheréticas, para informar a las minorías dirigentes de nuestro fin.

Por medio de estas logias propenderemos a fomentar la gran reacción, facilitando la creación de opinión por medio de publicaciones, de conferencias, de correspondencia particular y personal, pero el principal vehículo de divulgación de nuestros principios, será el Santo vehículo de la Misa.

La Iglesia único vínculo de unión, custodia de nuestros conceptos de vida, debe utilizarse, y al hacerlo se la fortifica, pues, se la reconoce viva, activa y capaz.

La Iglesia es la sangre del mundo y circulan en ella nuestras ideas, nuestros mensajes.

Un falso respeto ha llevado al mundo católico a ir relegando a su gran vocero a una máquina de casar, bautizar y dar funerales, olvidando que los rogativas por todas las cosas de nuestra vida diaria tienen en sus altares un medio de propagación superior a todas las agencias noticiosas heréticas.

Por ejemplo, ante las matanzas de obreros católicos en las mi-

nas de estaño de Bolivia, en todas las iglesias del mundo por medio de la organización de logias, se mandarían decir misas "para que Dios ilumine a los herejes que controlando la economía de las minas de estaño del mundo y pensando sólo en su dinero han llevado al martirio a miles de católicos", o sino para que Dios ayude a convertir a los herejes que aprisionan al católico Puerto Rico, o para que la católica Polonia se libere del yugo hereje oriental.

O haríamos rogativos por el alma de los diecinueve mexicanos quemados vivos por los guardias fronterizos de Texas y que fueron uno de los motivos del justo odio del general Don Francisco Villa contra los yanquis. (Con el pretexto de desinfectar a los braceros que iban a levantar sus cosechas, los baldeaban con nafta, y consideraron glorioso echarles un fósforo, en el patio donde desnudos y empapados esperaban sus ropas).

Rogaremos para la conversión de los herejes, miembros del directorio de la United Fruit Company, que masacraron miles de campesinos colombianos en las bananeras de Santa Marta.

Rogaremos por el alma de los periodistas yanquis que sugirieron en Maracaibo liquidar a metralla a los indios motilones de la Guajira por el pecado de vivir sobre tierras de petróleo.

O por el alma del senador Ponz, de Puerto Rico, que apoyó el proyecto de capar (esterilizar) a hombres y mujeres de su país para sofocar la sana natalidad de los católicos que preocupa a los maltusianos yanquis.

Capítulo XIII

YAPAS AL MARGEN

FEDERICO NIETZCHE EL CATOLICO INCONSCIENTE

En mi escritorio tengo una bella copia de bronce de la estatua de Voltaire, realizada por Houdón; un grabado de Federico Nietzche y una litografía de San Ignacio de Loyola. Aunque parezcan tan opuestos, los tres son guías dentro de mi catolicismo. Los tres amantes del Padre. San Ignacio: sumiso; Voltaire: pícaro y celoso del amor del Hijo con celos luciferianos que es común constatar, pero cuyos actos analizados fuera de la pasión que despiertan, son las de un católico alegre y burlón, seguro de la bondad de Dios; y luego Federico Nietzche, el supremo angustiado, el mártir de un ambiente herético, el que cegado por celos no supo ver la solución que soñaba, la solución católica.

Confieso sin rubor que mi catolicismo se nutrió en Nietzche. Y esto no es un juego, es la realidad. Reclamo para el anticristo alemán, un lugar en la Iglesia y creo que Dios, en su infinita misericordia descubrió en su alma lo que yo atisbé y no le negará la gloria católica a que está destinado.

La gran tragedia de Nietzche fué haber nacido en ambiente herético. Su padre era pastor y entre fríos luteranos creció quien aspiraba a la alegre policromía de nuestras Iglesias. El Cristo contra el cual blasfemaba, no era nuestro Cristo, era el falso de las iglesias protestantes, el frío, el sin tolerancia, sin caridad, sin belleza, sin música, sin colores y sin perdón.

Y Nietzche, angustiado, por orgullo alemán, por amor a su padre terreno, no se atrevió a ser católico. Pero únicamente fué feliz lejos de su cuna, en la Italia de imágines y capillas. En Génova, lo llamaban el "Piccolo santo" y pudo haberlo sido, si no se lo impidiera el haber confundido catolicismo con cristianismo.

Le comprendo, pues yo también sufrí tal angustia. Amaba la belleza: amaba a Dios y a su creación, pero ignoraba que la Iglesia Romana le esperaba para darle todo lo que pudieron concebir reunidas, Grecia, Roma y Jerusalem.

Cuando Nietzche reacciona contra la barbarie alemana, contra el frío luteranismo, confunde herejía con ortodoxia y en su ceguera no discrimina al castigar.

¡Pobre Nietzche, que no supo que era católico!

Amaba a los judíos y es el patrono de los antisemitas, despreciaba el frío prusianismo y es la meta de ellos. Amó la libertad y el Demonio le deslumbró con los ideales y se esclavizó a ellos. Siendo individualista, por celos con Dios, amó el Estado. ¡Todo él fué un fracaso!

La clave de su dolor, de la tergiversación de su pensamiento es una. No odiaba al Cristo nuestro, lo celaba, lo celaba por amor al Padre, lo celaba por no conocerlo, por haberlo tratado en la máscara de Cristo que siguen los herejes. Y tan no es cierto que cuando encontró paz en la locura, ésta descubrió su secreta y única ambición: la imitación de Cristo. Y así su grito de lunático para quien comprende, no es dolor, sino prueba de redención. Nietzche gritaba: ¡Soy el crucificado! ¡Soy el crucificado! El presunto enemigo de Cristo, en su locura, creía identificarse con Él.

Cuando su razón poderosa se quebró, afloró su verdadera ambición. Deseaba ser como Cristo ¡cómo nuestro Cristo! Su feliz locura quizás fué sólo un éxtasis, éxtasis de ceguera como la que sufrió Pablo en el camino de Damasco.

¿Quién lo volteó de su soberbia? ¿Quién le cegó la razón?

¿Quién al volver a hablar le dejó tan sólo exponer la voz de su reacción, quién sino el perseguido con quien en su último momento se identificó?

¡Qué diferente hubiera sido la vida de mi tierno Federico, naciendo en ambiente católico! No hubiera tenido que luchar sin freno para dejar correr sus ansias de belleza. No tendría que haberlas buscado entre paganos, pues en la Iglesia nuestra se supera a los paganos.

Y entonces, el super-hombre no hubiera sido expuesto como un mito impreciso. Él lo vió en su locura, era el crucificado, era el puente entre el hombre y la eternidad, era el Cristo de Roma que le tendió su mano.

Sé que su locura no fué tal, pues sé que yo también perdería interés por todo lo terreno si Él que siempre vive me mostrara un segundo su rostro.

Leamos a Nietzche, pero donde escribe cristiano leamos hereje y donde escribe paganos leamos católicos y comprenderemos la angustia de un católico en tierra de infieles.

MARGINALIAS

Einstein, con su concepción de la relatividad del tiempo, aclara la doctrina del cuerpo místico de Cristo y su agonía permanente. Aún los judíos son el pueblo de Dios.

* * *

El verdadero modesto pide disculpa por no ser depravado. El católico que cae ante una tentación demuestra modestia en su

debilidad, no cayendo en la soberbia de los rígidos luteranos que jamás se equivocan.

* * *

Amar a Dios sin abandonar nuestras manías, nuestras locuras, amarlo como hombre. Ya llegará el día en que sin cuerpo perfeccionaremos nuestra pasión.

* * *

Diferencia entre caballero y patán:

El caballero, antes de tener fortuna ya la tiene gastada.

El patán primero hace el dinero y luego recién lo gasta, sin belleza ni plan. Así el católico antes de tener el cielo, imagina sus goces.

Antes de liberarnos del cuerpo debemos saber el uso que daremos a nuestra alma, adonde iremos, qué indagaremos. Los caballeros de Dios antes de tenerlo ansían el Paraíso y planifican sus bienes y sus dones.

* * *

Me avergüenzo. Sólo con Dios actúo como un frío comerciante: jamás le fié nada. Todo su amor me lo da al contado y a crédito yo le doy el mío.

* * *

Si Dios está en todas partes, también está en la Iglesia Católica. Si no está en ninguna, no hay más bella ficción que la que nos da Roma.

* * *

Satán logró que sus acólitos coparan la era mecanicista y lo que, si hubiera estado en manos católicas, hubiera sido una fuente de comunes goces en la disminución proporcional del trabajo, en manos de herejes se convierte en desenfrenos creadores, en crisis de superproducción, en defensa de mercados y como única solu-

ción de sus locuras, en guerras de destrucción para frenar la producción.

* * *

La gallina calienta a sus polluelos, pero a su vez es por ellos calentada.

* * *

El Demonio trata de trabar la imaginación. Por eso sitia a quien la tiene con sus artimañas. A mí me anubila el trabajo y el fumar, pero de vez en cuando me dejo sorprender y acepto un cigarro.

* * *

Según los marxistas evolucionistas, el hombre es sólo un mono ennoblecido por el trabajo. Según nosotros, los católicos creacionistas, el hombre es sólo un ángel degenerado por el trabajo.

* * *

Ríete de tu prójimo como de ti mismo.

* * *

Siempr eludí las citas eruditas. Me repugnaba complicar a terceros en mis actos. Muy grandes deben ser los crímenes que arrastro en este libro, pues busco cómplices haciendo citas eruditas que no siempre interesan.

* * *

Dijo Ibsen: "El hombre solitario es el más fuerte". (Frase bella y falsa).

* * *

El árbol que más alto crece, es el que angustiado busca la luz, entre la penumbra que le dan sus vecinos.

* * *

Quien más alto sube, más sólo está.

* * *

La última cena de "Nuestro Señor" es el mayor elogio de la sobremesa. Charlar después de comer es virtud, es el símbolo de que se come para vivir, pero no para acumular energías para el trabajo.

* * *

Erótica Pecunia.

Nada hay más inhumano y cruel que la concepción del mundo sin dinero. Si la hubiera, los deformes, los tontos serían apartados de todo goce.

Toulouse Lautreec sin su dinero, por más genial pintor que haya sido, por ser enano y contrahecho hubiese muerto virgen.

Sólo un mundo capitalista permite que el tonto y el deforme lleguen a sentirse amados.

No importa que sea por dinero. Algo es algo. Fuera como fuera pueden llegar a sentir el calor de una caricia.

¡Qué importa que sea venal! Si no fuera por venalidad cruelmente les sería negado todo. Como al gran Beethoven que genial y pobre, jamás fué amado por mujer alguna.

* * *

Atila fué rehén de los romanos. Teodorico de los bizantinos. Ambos, en su cautiverio dorado conocieron las debilidades de sus enemigos. Quiera Dios que también sirvan de algo mis días pasados entre herejes.

* * *

Las industrias heréticas han logrado tal velocidad en los transportes, que podemos asegurar que a velocidades vertiginosas van a ninguna parte.

* * *

En U. S. A. han logrado con sus sistemas de calefacción enfermarse de calor en invierno y con su refrigeración helarse de frío en verano.

* * *

"Por lo poco que nos niega el hombre, olvidamos lo mucho que Dios nos da".

* * *

Quien no ha sido gusano no sabrá lo bueno que es ser mariposa.

* * *

El hombre de talento sabe que en su alma inmortal no pasan los años por lo cual no envejece jamás, pues en vez de perder la juventud, la va cambiando de sitio.

* * *

Uno de los grandes placeres del vino, es el intentar, periódicamente, abandonarlo. Durante los días de abstemio sentimos el orgullo del estoico, la santidad del asceta.

Y luego, al volver a su compañía, gozamos burlándonos de los secos hidrólicos y vitaminizantes puritanos.

* * *

Quien bebe vino no debe temer caer en el ridículo perdiendo su mesura. Sería soberbia.

Quien bebe y cae, que lo haga alegremente como prueba de humildad.

El católico que bebe, no debe temer caer, pues alguien siempre lo levantará.

El católico no debe temer ser ridículo a los ojos de su prójimo. Pues Dios es el único que puede medir y juzgar.

* * *

Para llegar a Santo no hay que buscar la santidad, pues este método nos puede llevar a la soberbia. Basta con huir del Demonio. Apartándonos de él hemos de caer en el bien sin vanidad ni orgullo.

Esta fórmula nos sirve a los que conocemos el pecado más que la virtud, a los que estamos más cerca del error que de la santidad y, pese a ello, aspiramos a ser apóstoles del Cristo.

* * *

"Y éste es un final natural y un salir de una vida mortal para entrar en una inmortal, como me sucederá a mí; y estoy seguro que moriré cantando mis oraciones". — *Luigi Cornaro.*

* * *

No me preocupo por la comida, pues el pan nuestro de cada día, nos lo da Dios y se lo recuerdo cotidianamente en el Padre Nuestro. En cuanto al alquiler de mi casa tampoco me preocupa y calculo que mi casero será hombre de Fe, pues realiza el milagro de que más o menos está siempre al día en los alquileres.

* * *

Temo trabajar, pues si lo hago me desola pensar que Dios crea que dudo de su providencia.

* * *

Carlyle no fué maricón de puro haragán, pues tenía todo lo necesario para serlo. Su mujer murió virgen.

* * *

En una vida dedicada a la contemplación y al ingenio, cuando de vez en cuando preciso algo que se obtiene con dinero, salgo a buscarlo y lo encuentro. Pero si me dedico a una vida

de dinero, ¿quién me puede asegurar que cuando necesite ingenio o contemplación salga a buscarla y la encuentre?

* * *

Hallé la libertad. Me avergüenzo del tiempo que perdí buscándola en unión o en oposición de otros hombres. Perdí años en estériles esfuerzos, hasta que descubrí que no era posible mientras mi voluntad dependiera de otra y también mientras otra voluntad dependiera de la mía. Pues tan obligado está el siervo como el amo. Tan ligado a las riendas está el caballo como el jinete.

Hallé la libertad en el único lugar posible —donde nadie puede estorbarla en su desarrollo—, dentro de mí mismo. Y contemplando el único panorama sin obstáculos, Dios.

Soy tan libre que no preciso apartar mis antiguas cadenas. Ya no pesan.

No intento romper los lazos que me sujetaban, pues el acto de quebrar engendra ya otra servidumbre.

Hay que ignorar nuestras prisiones externas, hay que hacerlas desaparecer con nuestra indiferencia.

* * *

Ningún libro tiene fin, y todos son inconclusos, pues la última palabra no es del hombre sino de Dios. Así, el autor jamás puede imaginar reacciones que motivará la obra que él puso a andar, ni el fin que tendrá, ni lo que se interpretará de sus palabras.

* * *

No importa qué sistema político sea; sólo que respete nuestro derecho a equivocarnos, que nos permita usar de nuestro tiempo libre a nuestro gusto.

* * *

El trabajador no tiene derechos, sino horarios; los derechos son atributos del que no trabaja.

* * *

Quiero tiempo y paz para crear algo que demuela a los dos impostores. Tiempo y paz.

* * *

Todas las herejías fueron localistas aun contra la voluntad de sus creadores (Calvino), o con plena conciencia de ellos (Lutero y Huss).

* * *

Descartes con su método transformó el mundo. Sólo las mujeres no se han acogido a sus beneficios.

* * *

El héroe no es la afirmación del hombre, es la negación. Es el entronizamiento de uno a costa del ludibrio de todos.

* * *

Fácil es concebir lo milagroso. Lo que creo imposible aún para la más poderosa mente, es el concebir algo que directa o indirectamente no dependa de un milagro.

* * *

Cristo vino a salvar al hombre, no a la humanidad. Vino a salvarlo, no a reformarlo.

* * *

Hay muchos sueltos, pero pocos libres.

* * *

La verdad puede decirse en un párrafo y ocultarse en un volumen.

* * *

La tolerancia, para ser virtud, debe comenzar con uno mismo.

Se debe ser amplio con los errores propios para comprender los ajenos.

No alcanza con tolerar al pecador, sino comprenderlo. Si no se lo comprende y se lo tolera se cae en el pecado de la indiferencia.

* * *

¡Dejé de fumar! ¡Cómo me molesta la virtuosa fuerza de voluntad!

* * *

No confundir respeto con apatía.
No confundir limosna con peaje.
No confundir indiferencia con tolerancia.

* * *

Cultura: es un pretexto alemán para matar judíos; un pretexto judío para matar árabes; un pretexto árabe para matar armenios; un pretexto armenio para matar rusos, y un pretexto ruso para matar alemanes.

* * *

Nuestros ignorantes críticos, cuando desean eximirse de opinar, descartan la obra colocada bajo su criterio con el dictamen excluyente de "es un enfoque personal".

¿Cómo se puede pensar si no es con enfoques personales?

* * *

La solución de la angustia del mundo no es política, ni económica, ni social: sólo religiosa.

Dios se aparta del hombre por una sola razón, porque éste adora a los Baales, a los dioses obras de sus manos.

Hoy el mundo lo dirigen los hombres que adoran sobre todas las cosas a sus industrias, obras de sus manos.

* * *

Así como un médico debe aprender —previo a todo conocimiento— no asquearse ante las llagas, las infecciones, las monstruosidades, el católico militante no debe espantarse ante el pecado, pues para combatir el mal, antes que nada hay que conocerlo.

* * *

Volviendo a Dios, se arreglará todo por añadidura.

* * *

No soy esclavo del catolicismo, soy su cómplice.

Paulov y Pasteur

Paulov, el sabio fisiólogo ruso, mató decenas de millares de perros tratando de llegar a la conclusión de la inexistencia del alma, a quien sustituía con los reflejos condicionados. Consideraba que los crueles medios que utilizaba estaban justificados por los fines que propendía.

Sus conocidas experiencias son cortarles el estómago, tráqueas, separarles la cabeza del cuerpo, herirlos repetidas veces, de modo tal que la repetición del acto provocara tal o cual re-

flejo condicionado, tal o cual reflejo "predestinado" a reaccionar de tal o cual manera. Así sus hechos llenan millares de protocolos en espaciosas oficinas cedidas por su impío Estado. Sus ayudantes fueron seleccionados entre los más brillantes estudiosos de la U.R.S.S.

Pasteur impidió con su vacuna antirrábica la exterminación de los perros del mundo, que hubiera sido la solución extrema contra un temible mal.

Paulov y Pasteur. Dos civilizaciones. El primero buscando matar el alma mató millares de perros de ojitos brillantes, nariz fría y rabos movedizos. El segundo, buscando salvar a los perros encontró el alma del hombre.

Dos fórmulas, dos concepciones, dos guías en nuestra vida, pues hoy un mundo se escuda tras la tierra, ciencia del católico Pasteur y otro tras Paulov, el mataperros.

* * *

Tierna reacción.

No somos iguales; la igualdad es ofensiva. Tiernamente llamaremos hijos a los inferiores, hermanos a los semejantes y padres a los superiores.

El mayor peligro del sexo es que es igualitario.

Aunque lo usemos hagamos distracción de él, no lo nombremos, no lo recordemos. El patán del vecino creerá ser nuestro igual. He aquí el peligro de la lascivia.

El Demonio y el Canto

Analizando la letra de las canciones populares contemporáneas, el rubor ante el triunfo demoníaco que representa debe arrebolar nuestras mejillas.

Cantan amores incompletos, insatisfacciones, adulterios y otros problemas sexuales de categoría mínima Problemas de adolescentes, pero no de hombres.

¡Qué diferencia con los cantos medievales, o con los de la Grecia heroica! Los motivos eran dioses o actos propios de hombres grandes.

Es que los hombres no habían caído tanto como para que a gritos se atrevan a confesar como hoy lo hacen, su incapacidad para resolver ellos mismos los ínfimos problemas de la reproducción.

Dios nos dió la razón y la palabra, pero el diablo se apropió de la sintaxis. He aquí el origen de tanto escritor católico incomprensible.

Rastros Demoníacos en las nietas de Eva

Cuando un hombre ama, gusta creer que la mujer objeto de su pasión es distinta a todas las demás, ¡es diferente!

Cuando una mujer ama gusta encontrar parecidos en su galán con héroes, cantantes o histriones. Con este intento antiindividualista cumple consignas anatómicas. Hace desaparecer al hombre como unidad pensante capaz de afrontar el libre albedrío. De ser por ellas todos seríamos confeccionados con un mediano patrón. Poseeríamos iguales figuras, iguales peinados e iguales estaturas.

Antes de creer y buscar a Cristo en el bautismo, la Fe se me allegaba por instantes. Por momentos creí, pero luego la duda me insistía: Cristo es tan sólo un hombre, Cristo es una ficción, Cristo no ha existido nunca; la muerte es muerte y de las maldades de la tierra jamás habría que rendir cuenta.

En estos momentos de incredulidad, de fracaso en la desesperante búsqueda de Dios, fué cuando comencé a amar a la Iglesia Católica y al clero. No era cristiano y me sentía católico, no creía en Dios, pero sí en sus sacerdotes. Y no fué locura ni paradoja, sino la más lógica de las posiciones.

Si nada fuera cierto, si tan sólo fuéramos unos animales un poco más evolucionados, qué acción más loable que la de esos miles de hombres que sobre una ficción sobre la nada habían creado una institución de Fe, de Esperanza, de Caridad, que sabiendo que todo era falso, durante dos mil años, con una piadosa mentira habían dado al hombre una ilusión que le permitía dejar de ser una fiera.

No comprendo cómo los librepensadores, que ocultan la gravedad de su estado a un enfermo incurable y que creen hacer un mérito al mentirle por evitarle el terror del final, no son furiosamente clericalistas, ya que la Iglesia haría lo mismo al mantener en un amoroso engaño a una humanidad podrida que inexorablemente debe morir. Así los ateos, los que no creen en Dios, deben amar a la Iglesia de Roma sobre todas las cosas, por el engaño de amor que estaría realizando.

Ahora las cosas han cambiado. No busqué a Dios infructuosamente. Lo encontré, lo conozco y lo trato. Al hacerlo, mi concepto sobre el clero cambió. No eran unos santos que piadosamente nos engañaban para justificarnos vivir, ¡eran los custodios de la verdad! ¡Qué grave situación! Cuando supe que todo era cierto, fuí anticlerical. ¡Ya no era una ficción! Eran

los hombres de Dios. Entonces, en los momentos que entrenaba mi catolicismo les perdí el amor porque todos me parecían poco para elevar en la hostia el cuerpo de Jesús.

Pero enseguida comprendí que los errores del clero, sus debilidades, sus caídas, eran una de las pruebas de la divinidad de la Iglesia: que nadie, ni nosotros mismos, somos capaces de destruir, y que la sabiduría de Dios se develaba más y más cuando sus ministros eran seres humanos iguales a nosotros, pudiendo ellos entonces comprender nuestras caídas, nuestros errores.

Y volví a amarlos como antes, como cuando les creía fuertes farsantes bienintencionados, en vez de débiles sostenedores de la verdad.

COLOFÓN

He terminado el libro, sea en alabanza y gloria de Cristo y María.

Si en algo sirve este trabajo sea para bien del alma del lector, para el ensalzamiento de la Iglesia Católica.

Si de algo sirve, debo agradecer a quienes me ayudaron, en especial a: Hugo Walter Reilly, que no solamente leyó los originales, sino que marcó lo oscuro con paciencia digna de un maestro de escuela; a Rafael Conde, que leyendo, aconsejó y fué escuchado al quitar una serie de anécdotas y cuentos que había intercalado en el texto con intención de aclarar el sentido y aliviar la lectura, pero que en verdad confundían; a Carlos Montenegro, por nuestra comunidad cultural, por su profundo conocimiento de las exacciones heréticas en América, y por ser él quien creyó que mi táctica polémica era original y afortunada al enfrentar al marxismo fuera del campo de la dialéctica, lo que me dió tesón para afrontar esta obra; a Alejandro Orfila, en cuya casa de Mendoza prácticamente terminé el libro; a Cecilio Benítez de Castro, que con molesto ánimo de maestro me coaccionó a escribir y a corregir sin darme el descanso que él no gusta tomarse; a Jorge Farías Goméz, último lector de los originales, espolvoreador, de puntos y comas, paciente enderezador de frases maltrechas; al Padre Hugo de Achával S. J., mi confesor, gracias a quien logré intimar más

con mi mejor amigo; y, sobre todo, a mi mejor amigo, a Dios, por la intromisión pasiva que tiene en este libro, que es por buscarle y halagarle. Y por sus obras, el sol, las nubes, el calor y el frío, y en especial por el verde de las plantas y sus múltiples y cromáticas mutaciones. Sobre todo en las hojas de un árbol de la Plaza San Martín, que desde verdes se hacen amarillas y luego rojas y más tarde pardas. Y por el agua en lluvia, en mar, arroyo o lago y hasta de vez en cuando en vaso. Y por todo lo que veo y por lo que intuyo. Y sobre ésto, por mis sentidos, que me permiten papilar su obra de tal manera y con tanto gusto que es un verdadero milagro el que llegue a producir algo, pues son titánicos los esfuerzos necesarios para no entregarse a la total contemplación de sus cosas.

FINITO LIBRO SIT LAUS ET GLORIA CRISTO ET MARIA

INDICE

Pág.

Prólogo, por Ramón Carrillo 7
Dedicatoria umbral 13

Cap. I — EL ÁNGEL
Introducción 15
Mi vocación de Ángel 20
La angustia de no estar en ninguna parte 24

Cap. II — EL HOMBRE
El mono insaciable 29

Cap. III — EL DEMONIO
El Demonio no es un pobre diablo 36
El demonio, sus trajes y la teoría multicolor 43
El Diablo y la moda 46
La inútil búsqueda de la otra Eva 51

Cap. IV — NORMAS DEMONÍACAS
La ley de Pigmalión y Galatea 52
Un vencido: Conan Doyle 53
Un vencedor: William Shakespeare 55
La pigmalionización de la razón 56
Ideas e ideales 58
Mi padre, yo y los ideales 62
La pigmalionización de la palabra 66

Cap. V — EPÍTOME DE LA GUERRA ÚNICA
Hombre contra bárbaro 68

Cap. VI — LAS HUESTES DEL DEMONIO

Las herejías 81

Cap. VII — PRE-HEREJES Y PRE-CATÓLICOS

Sócrates, el pre-heresiarca 87
Alejandro Magno, el gran pre-hereje 98
El Xantipismo, una característica herética 102
Castidad y frigidez 105

Cap. VIII — LAS HEREJÍAS

Arrio, el humanizador de Cristo 108
Juan de Huss y la herejía de la torre de Babel 115
Lutero y la herejía del trabajo honrador 119
Banausia y antibanausia 128

Cap. IX — EL TRIUNFO DE SATÁN

De Witenberg a Westfalia 133
La experiencia de Wetsfalia: no promiscuar 137

Cap. X — EL MARXISMO, HEREJÍA DEL SIGLO XX

Razonamiento católico y dialéctica marxista 140
Marx, heredero de Lutero 140
Primera gran herejía marxista: "las clases" 142
Interpretación social sin división de clases 146
Elementos para fijar las condiciones sociales 148
Tiempo libre y "libre albedrío" 149
Trabajo 150
Alimentación: El pan 152
El Vino 153

LA VIÑA Y EL GRANO 155
Las condiciones sociales 158
Primera condición 161

Los sacrificios burgueses 164
La ley de oferta y demanda y la condición burguesa 167
Segunda condición 169
Mi amigo Mario "el esclavo" 170
Tercera condición 172
Cuarta condición 174
Quinta condición 174
Segunda gran herejía marxista 176
La burguesía como fenómeno reciente 176
Tercera gran herejía marxista 182
Quiebra del sistema municipal 182
Los dos impostores 185
La herejía de la igualdad 186

Cap. XI — ARTES HERÉTICAS COMO ARMAS DEL DIABLO

Arte y herejía 188
La herejía de la arquitectura funcional 190

Cap. XII — ARMAS DE LA BURGUESÍA, ARMAS DE DIOS

Pedro, guarda tu espada 192
Jeremías, el estratego de Dios 194
Los turistas indolentes 200
Un arma secreta: la murmuración 201
Un plan de batalla 205

YAPAS AL MARGEN

Federico Nietzche, el católico inconsciente 209
Marginalias 211
Colofón 225

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 24 DE JULIO DE 1952,
EN LA CASA IMPRESORA DE
D. FRANCISCO A. COLOMBO,
HORTIGUERA 552, Bs. Aires.

167

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01129 8413

INFORMATION CONSERVATION, INC.